

The background of the cover features a soft, golden-toned illustration of a person sitting and reading an open book. Above the person's head is a decorative crest or coat of arms with symmetrical, fan-like elements. The overall aesthetic is that of an antique or historical manuscript.

Menéndez y Pelayo

Las cien mejores  
poesías líricas de la  
lengua castellana

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **LAS CIEN MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE LA LENGUA CASTELLANA**

**MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO**

**1970**

**FUENTE: BIBLIOTECA DIGITAL HISPÁNICA DE LA BNE**

Tal vez ninguna antología poética ha sido tan difundida en nuestros países como *Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana* de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quintaesencia, quizá, de su monumental *Antología de poetas líricos castellanos*, editada en trece volúmenes entre 1890 y 1908.

El conocimiento profundo y extenso que tenía Menéndez y Pelayo de la historia y de las letras españolas, y también su buen gusto, autorizan desde luego su ya clásica selección. Sin embargo, ¿quién puede decir en última instancia cuáles son las cien mejores poesías de una lengua? En la selección tienen que intervenir forzosamente la inclinación hacia ciertos cánones de la época y el personal gusto del autor, frenado por la limitación del número: 100 poesías.

Toda antología es siempre un muestrario, un ramillete donde unas flores resplandecen más que otras, pues no todos los tiempos tienen el mismo aliento. En ésta que reimprimimos ahora, el muestrario va del siglo XV al XIX, sin contar al Modernismo. Se imponía ya hacer otra antología que abarcara desde 1900 hasta la fecha, donde figuraran tan excelsos poetas como Rubén Darío, Valle Inclán, García Lorca, López Velarde. Esta tarea la hemos cumplido al incluirse poetas contemporáneos en *Ocho siglos de poesía en lengua española* de Francisco Montes de Oca<sup>1</sup>, antología digna, creemos, de completar la magnífica de Menéndez y Pelayo.

LOS EDITORES.

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

Comprende este tomo cien poesías líricas escogidas entre lo mejor de la literatura española antigua y moderna, excluyendo los autores vivos. No se nos oculta la dificultad de esta selección en que tanta parte puede tener el gusto individual, ni presumimos tanto del nuestro que estemos seguros de haber logrado constantemente el acierto. Hemos procurado, sin embargo, no omitir ninguna de las poesías ya consagradas por la universal admiración, ni dar entrada a ninguna que no tenga a nuestros ojos mérito positivo, aunque no siempre llegue a la absoluta perfección formal. Hay en algunas de estas composiciones rasgos de mal gusto propios de una época o escuela determinada, pero hubiera sido temeridad borrarlos porque la integridad de los textos es la primera obligación que la crítica impone al colector de toda antología por diminuta y popular que sea.

Hemos prescindido de las poesías anteriores al siglo XV porque exigirían un comentario filológico inoportuno en la ocasión presente. Las pocas que insertamos del siglo XV son de belleza indudable y fácil lectura para todo el mundo. El mayor espacio de nuestra colección va dedicado naturalmente a la edad de oro de nuestra lírica (siglo XVI y principios del XVII). Se notarán en ella omisiones que nos duelen mucho, pero que eran inevitables dentro de los estrechos límites impuestos a nuestro plan: «spatiis exclusus iniquis». Nada hemos puesto de Castillejo, de Acuña, de Valbuena, de Jáuregui y otros preclaros ingenios, y hemos tenido que reducir a muy pocas muestras el tesoro poético de Góngora, de Lope de Vega y de Quevedo.

Nuestra tarea era relativamente fácil tratándose del siglo XVIII, el más prosaico de nuestra historia literaria, pero se tornaba difícilísima respecto de la opulenta producción poética del siglo XIX, que sin ser superior a la antigua como lo ha sido en Francia y en otras partes, ha continuado con nuevo espíritu la tradición de las formas líricas, las ha remozado a veces merced al impulso genial de los poetas y al contacto con extrañas

literaturas, y ofrece buen número de obras ya sancionadas por el común aplauso. En esta parte más que en ninguna solicitamos y esperamos indulgencia.

Aunque se titulan «líricos» los poemas de esta colección, no ha de entenderse esta palabra en sentido tan riguroso que excluya algunas narraciones poéticas breves en que se entremezcla lo épico con lo lírico. Esta salvedad, que a todas las literaturas alcanza, tiene más propio lugar en la castellana, que siempre ha conservado rastros de su origen épico. Por eso incluimos algunos romances antiguos, de los de tono más lírico, y un par de leyendas de los dos grandes poetas románticos Zorrilla y el Duque de Rivas.

El orden en que van colocadas las poesías no siempre es estrictamente cronológico, porque se ha atendido a la sucesión de escuelas y formas artísticas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

# MARQUES DE SANTILLANA

## 1. SERRANILLA

Moça tan fermosa  
Non vi en la frontera,  
Como una vaquera  
De la Finojosa.

Faciendo la vía  
Del Calatraveño  
A Sancta María,  
Vencido del sueño  
Por tierra fragosa  
Perdí la carrera,  
Do vi la vaquera  
De la Finojosa.

En un verde prado  
De rosas e flores,  
Guardando ganado  
Con otros pastores,  
La vi tan graciosa  
Que apenas creyera  
Que fuese vaquera  
De la Finojosa.

Non creo las rosas  
De la primavera  
Sean tan fermosas  
Nin de tal manera,  
Fablando sin glosa,  
Si antes sopiera

D' aquella vaquera  
De la Finojosa.  
Non tanto mirara  
Su mucha beldat,  
Porque me dexara  
En mi libertat.  
Mas dix: «Donosa  
(Por saber quién era)  
¿Dónde es la vaquera  
*De la Finojosa? . . .*»  
Bien como riendo,  
Dixo: «Bien vengades;  
Que ya bien entiendo  
Lo que demandades:  
Non es desseosa  
De amar, nin lo espera,  
Aquessa vaquera  
*De la Finojosa*».

## JORGE MANRIQUE

### 2. A LA MUERTE DEL MAESTRE DE SANTIAGO DON RODRIGO MANRIQUE, SU PADRE

RECUERDE el alma dormida,  
Avive el seso y despierte  
Contemplando  
Cómo se pasa la vida,  
Cómo se viene la muerte  
Tan callando;  
Cuán presto se va el placer,

Cómo después de acordado  
Da dolor,  
Cómo a nuestro parescer  
Cualquiera tiempo pasado  
Fue mejor.

Y pues vemos lo presente  
Cómo en un punto s'es ido  
E acabado.  
Si juzgamos sabiamente,  
Daremos lo non venido  
Por pasado.  
Non se engañe nadie, no,  
Pensando que ha de durar  
Lo que espera  
Más que duró lo que vio,  
Porque todo ha de pasar  
Por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos  
Que van a dar en la mar,  
Que es el morir;  
Allí van los señoríos  
Derechos a se acabar  
E consumir;  
Allí los ríos caudales,  
Allí los otros medianos  
E más chicos;  
allegados, son iguales  
Los que viven por sus manos  
E los ricos.

## INVOCACIÓN

Dexo las invocaciones  
De los famosos poetas  
Y oradores;  
Non curo de sus ficciones,  
Que traen yerbas secretas  
Sus sabores.  
A aquél solo me encomiendo,  
Aquél sólo invoco yo  
De verdad,  
Que en este mundo viviendo,  
El mundo non conoció  
Su deidad.

Este mundo es el camino  
Para el otro, qu'es morada  
Sin pesar;  
Mas cumple tener buen tino  
Para andar esta jornada  
Sin errar  
Partimos cuando nascemos,  
Andamos mientras vivimos,  
Y llegamos  
Al tiempo que fenecemos;  
Así que cuando morimos  
Descansamos

Este mundo bueno fue  
Si bien usásemos d'él  
Como debemos,  
Porque, segund nuestra fe,  
Es para ganar aquel  
Que atendemos.  
Y aún el Hijo de Dios,  
Para sobirnos al cielo.

Descendió  
A nacer acá entre nos.  
Y a vivir en este suelo  
Do murió.

Ved de cuán poco valor  
Son las cosas tras que andamos  
Y corremos;  
Que en este mundo traidor  
Aun primero que muramos  
Las perdemos:  
D'ellas deshace la edad,  
D'ellas casos desastrados  
Que acaescen,  
D'ellas, por su calidad.  
En los más altos estados  
Desfallescén.

Decidme: la hermosura,  
La gentil frescura y tez  
De la cara,  
La color e la blancura,  
Cuando viene la vejez  
¿Cuál se para?  
Las mañas e ligereza  
E la fuerza corporal  
De juventud,  
Todo se toma graveza  
Cuando llega el arrabal  
De senectud.

Pues la sangre de los godos,  
El linaje e la nobleza  
Tan crescida,

¡Por cuántas vías e modos  
Se pierde su grand alteza  
En esta vida!

¡Unos por poco valer,  
por cuán baxos e abatidos  
Que los tienen!

¡Otros que por no tener,  
Con oficios non debidos  
Se mantienen!

Los estados e riqueza  
Que nos dexan a deshora  
¿Quién lo duda?  
Non les pidamos firmeza  
Pues que son d'una señora  
Que se muda.  
Que bienes son de fortuna  
Que revuelve con su rueda  
Presurosa,  
La cual non puede ser una,  
Ni ser estable ni queda  
En una cosa.

Pero digo que acompañen  
E lleguen hasta la huesa  
Con su dueño;  
Por eso non nos engañen,  
Pues se va la vida apriesa  
Como un sueño:  
E los deleites d'acá  
Son en que nos deleitamos  
Temporales,  
E los tormentos d'allá  
Que por ellos esperamos,

Eternales.

Los placeres e dulzores  
D'esta vida trabajada  
Que tenemos,  
¿Qué son sino corredores,  
E la muerte la celada  
En que caemos?  
No mirando a nuestro daño  
Corremos a rienda suelta  
Sin parar;  
Desde vemos el engaño  
E queremos dar la vuelta  
No hay lugar.

Si fuese en nuestro poder  
Tornar la cara fermosa  
Corporal,  
Como podemos hacer  
El alma tan gloriosa  
Angelical,  
¿Qué diligencia tan viva  
Tuviéramos cada hora,  
E tan presta,  
En componer la cativa,  
Dexándonos la señora  
Descompuesta!

Esos reyes poderosos  
Que vemos por escripturas  
Ya pasadas,  
Con casos tristes, llorosos,  
Fueron sus buenas venturas  
Trastornadas;

Así que no hay cosa fuerte;  
Que a Papas y Emperadores  
E Perlados  
Así los trata la muerte  
Como a los pobres pastores  
De ganados.

Dexemos a los Troyanos,  
Que sus males non los vimos,  
Ni sus glorias;  
Dexemos a los Romanos,  
Aunque oímos o leímos  
Sus hestorias.  
Non curemos de saber  
Lo d'aquel siglo pasado  
Qué fue d'ello;  
Vengamos a lo d'ayer,  
Que también es olvidado  
Como aquello.

¿Qué se hizo el Rey Don Joan?  
Los Infantes de Aragón  
¿Qué se hicieron?  
¿Qué fue de tanto galán,  
Que fue de tanta invención  
Que truxeron?  
Las justas e los torneos,  
Paramentos, bordaduras  
E cimeras,  
¿Fueron sino devaneos?  
¿Qué fueron sino verduras  
De las eras?

¿Qué se hicieron las damas,

Sus tocados, sus vestidos,  
Sus olores?  
¿Qué se hicieron las llamas  
De los fuegos encendidos  
De amadores?  
¿Qué se hizo aquel trovar,  
Las músicas acordadas  
Que tañían?  
¿Qué se hizo aquel danzar  
Aquellas ropas chapadas  
Que traían?

Pues el otro su heredero,  
Don Enrique ¡qué poderes  
Alcanzaba!  
¡Cuán blando, cuán alagüero  
El mundo con sus placeres  
Se le daba!

Mas verás cuán enemigo,  
Cuán contrario, cuán crüel  
Se le mostró,  
Habiéndole sido amigo,  
¡Cuán poco duró con él  
Lo que le dio!

Las dádivas desmedidas,  
Los edificios reales  
Llenos d'oro  
Las baxillas tan febridas,  
Los enriques e reales  
Del tesoro;  
Los jaeces, los caballos  
De su gente e atavíos

Tan sobrados,  
¿Dónde iremos a buscarlos?  
¿Que fueron sino rocíos  
De los prados?

Pues su hermano el inocente,  
Qu'en su vida sucesor  
Se llamó,  
¡Qué corte tan excelente  
Tuvo e cuánto gran señor  
Le siguió!  
Mas como fuese mortal,  
Metióle la muerte luego  
En su fragua.  
¡Oh jüicio divinal!  
Cuando más ardía el fuego  
Echaste agua.

Pues aquel gran Condestable  
Maestre que conoscimos  
Tan privado,  
Non cumple que d'él se hable,  
Sino sólo que le vimos  
Degollado.  
Sus infinitos tesoros,  
Sus villas e sus lugares,  
Su mandar,  
¿Qué le fueron sino lloros?  
¿Qué fueron sino pesares  
Al dexar?

E los otros dos hermanos,  
Maestres tan prosperados  
Como reyes,

C'a los grandes e medianos  
Traxeron tan sojuzgados  
A sus leyes;  
Aquella prosperidad  
Que tan alta fue subida  
Y ensalzada,  
¿Qué fue sino claridad  
Que cuando más encendida  
Fue amatada?

Tantos Duques excellentes,  
Tantos Marqueses e Condes  
E Barones  
Como vimos tan potentes,  
Di, muerte, ¿dó los escondes  
E traspones?  
Y sus muy claras hazañas  
Que hicieron en las guerras  
Y en las paces.  
Cuando tú, cruda, t'ensañas,  
Con tu fuerza los atieras  
E desfases

Las huestes innumerables.  
Los pendones, estandartes  
E banderas.  
Los castillos impugnables,  
Los muros e balüartes  
E barreras,  
La cava honda chapada,  
O cualquier otro reparo  
¿Qué aprovecha?  
Cuando tú vienes airada  
Todo lo pasas de claro

Con tu flecha.

Aquel de buenos abrigo,  
Amado por virtuoso  
De la gente,  
El Maestre Don Rodrigo  
Manrique, tanto famoso  
E tan valiente,  
Sus grandes hechos e claros  
Non cumple que los alabe,  
Pues los vieron,  
Ni los quiero hacer caros,  
Pues qu'el mundo todo sabe  
Cuáles fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!  
¡Qué señor para criados  
E parientes!  
¡Qué enemigo d'enemigos!  
¡Qué Maestre de esforzados  
E valientes!  
¡Qué seso para discretos!  
¡Qué gracia para donosos!  
¡Qué razón!  
¡Cuán benigno a los sujetos!  
¡A los bravos e dañosos  
Qué león!

En ventura Octaviano;  
Julio César en vencer  
E batallar;  
En la virtud, Africano;  
Aníbal en el saber  
E trabajar:

En la bondad un Trajano;  
Tito en liberalidad  
Con alegría;  
En su brazo, un Aureliano;  
Marco Tulio en la verdad  
Que prometía.

Antonio Pío en clemencia;  
Marco Aurelio en igualdad  
Del semblante:  
Adriano en la elocuencia;  
Teodosio en humanidad  
E buen talante.  
Aurelio Alexandre fue  
En disciplina e rigor  
De la guerra;  
Un Constantino en la fe;  
Camilo en el grand amor  
De su tierra.

Non dexó grandes tesoros,  
Ni alcanzó muchas riquezas  
Ni baxillas,  
Mas hizo guerra a los moros,  
Ganando sus fortalezas  
E sus villas;  
Y en las lides que venció  
Caballeros y caballos  
Se prendieron,  
Y en este oficio ganó  
Las rentas e los vasallos  
Que le dieron.

Pues por su honra y estado

En otros tiempos pasados  
¿Cómo se hubo?  
Quedando desamparado,  
Con hermanos e criados  
Se sostuvo.  
Después que fechos famosos  
Hizo en esta dicha guerra  
Que hacía,  
Hizo tratos tan honrosos.  
Que le dieron muy más tierra  
Que tenía.

Estas sus viejas hestorias  
Que con su brazo pintó  
En juventud,  
Con otras nuevas victorias  
Agora las renovó  
En senectud.  
Por su grand habilidad,  
Por méritos e ancianía  
Bien gastada  
Alcançó la dignidad  
De la gran caballería  
Del Espada.

E sus villas e sus tierras  
Ocupadas de tiranos  
Las halló,  
Mas por cercos e por guerras  
E por fuerza de sus manos  
Las cobró.  
Pues nuestro Rey natural,  
Si de las obras que obró  
Fue servido,

Dígalo el de Portugal,  
Y en Castilla quien siguió  
Su partido.

Después de puesta la vida  
Tantas veces por su ley  
Al tablero;  
Después de tan bien servida  
La corona de su Rey  
Verdadero;  
Después de tanta hazaña  
A que non puede bastar  
Cuenta cierta,  
En la su villa d'Ocaña  
Vino la muerte a llamar  
A su puerta.

### (HABLA LA MUERTE)

Diciendo: «Buen caballero,  
Dexad el mundo engañoso  
E su halago;  
Vuestro coraron de acero  
Muestre su esfuerzo famoso  
En este trago;  
E pues de vida e salud  
Fecistes tan poca cuenta  
Por la fama,  
Esfuércese la virtud  
Para sufrir esta afrenta  
Que vos llama.

»No se os haga tan amarga  
La batalla temerosa  
Qu'esperáis,  
Pues otra vida más larga  
De fama tan gloriosa  
Acá dexáis:  
Aunque esta vida d'honor  
Tampoco no es eternal  
Ni verdadera.  
Mas con todo es muy mejor  
Que la otra temporal  
Perecedera.

»El vivir qu'es perdurable  
Non se gana con estados  
Mundanales,  
Ni con vida delectable  
En que moran los pecados  
Infernales;  
Mas los buenos religiosos  
Gánanlo con oraciones  
E con lloros;  
Los caballeros famosos  
Con trabajos e aflicciones  
Contra moros.

»E pues vos, claro varón,  
Tanta sangre derramastes  
De paganos,  
Esperad el galardón  
Que en este mundo ganastes  
Por las manos;  
E con esta confianza  
E con la fe tan entera

Que tenéis,  
Partid con buena esperanza  
Que'estotra vida tercera  
Ganaréis.»

## (RESPONDE EL MAESTRE)

«Non gastemos tiempo ya  
En esta vida mezquina  
Por tal modo,  
Que mi voluntad está  
Conforme con la divina  
Para todo;  
E consiento en mi morir  
Con voluntad placentera,  
Clara e pura,  
Que querer hombre vivir  
Cuando Dios quiere que muera  
Es locura.»

## ORACION

Tú que por nuestra maldad  
Tomaste forma servil  
E baxo nombre;  
Tú que en tu divinidad  
Juntaste cosa tan vil  
Como el hombre;  
Tú que tan grandes tormentos  
Sofriste sin resistencia  
En tu persona,

Non por mis merescimientos,  
Mas por tu sola clemencia  
Me perdona.

## CABO

Así con tal entender  
Todos sentidos humanos  
Conservados,  
Cercado de su mujer,  
E de sus hijos e hermanos  
E criados,  
Dio el alma a quien se la dio,  
(El cual la ponga en el cielo  
Y en su gloria),  
Que aunque la vida perdió,  
Nos dexó harto consuelo  
Su memoria.

## ROMANCES VIEJOS

### 3. ROMANCE DE ABENÁMAR

—¡ABENÁMAR, Abenámar,  
moro de la morería,  
el día que tú naciste  
grandes señales había!  
Estaba la mar en calma,  
la luna estaba crecida:  
moro que en tal signo nace,

no debe decir mentira.—  
Allí respondiera el moro,  
bien oiréis lo que decía:  
—Yo te la diré, señor,  
aunque me cueste la vida  
porque soy hijo de un moro  
y una cristiana cautiva;  
siendo yo niño y muchacho  
mi madre me lo decía:  
que mentira no dijese,  
que era grande villanía;  
por tanto pregunta, rey,  
que la verdad te diría.  
—Yo te agradezco, Abenámar  
aquesa tu cortesía.  
¿Qué castillos son aquéllos?  
¡Altos son y relucían!  
—El Alhambra era, señor,  
y la otra la mezquita;  
los otros los Alixares,  
labrados a maravilla.  
El moro que los labraba  
cien doblas ganaba al día,  
y el día que no los labra  
otras tantas se perdía.  
El otro es Generalife,  
huerta que par no tenía;  
el otro Torres Bermejas,  
castillo de gran valía.—  
Allí habló el rey don Juan,  
bien oiréis lo que decía:  
—Si tú quisieses, Granada,  
contigo me casaría;  
daréte en arras y dote

a Córdoba y a Sevilla.  
—Casada soy, rey don Juan,  
casada soy, que no viuda;  
el moro que a mí me tiene  
muy grande bien me quería.

#### 4. ROMANCE DEL REY MORO QUE PERDIÓ ALHAMA

PASEÁBASE el rey moro  
por la ciudad de Granada,  
desde la puerta de Elvira  
hasta la de Vivarrambla.  
«¡Ay de mi Alhama!»  
Cartas le fueron venidas  
que Alhama era ganada:  
las cartas echó en el fuego,  
y al mensajero matara.  
«¡Ay de mi Alhama!»  
Descabalga de una muía,  
y en un caballo cabalga;  
por el Zacatín arriba  
subido se había al Alhambra.  
«¡Ay de mi Alhama!»  
Como en el Alhambra estuvo,  
al mismo punto mandaba  
que se toquen sus trompetas,  
sus añafles de plata.  
«¡Ay de mi Alhama!»  
Y que las cajas de guerra  
aprieta toquen al arma,  
porque lo oigan sus moros,  
los de la Vega y Granada.  
«¡Ay de mi Alhama!»

Los moros que el son oyeron  
que al sangriento Marte llama,  
uno a uno y dos a dos  
juntado se ha gran batalla.

«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un moro viejo,  
de esta manera hablara:

— ¿Para que nos llamas, rey,  
para qué es esta llamada?—

«¡Ay de mi Alhama!»

— Habéis de saber, amigos,  
una nueva desdichada:  
que cristianos de braveza  
ya nos han ganado Alhama.

«¡Ay de mi Alhama!»

Allí habló un alfaquí  
de barba crecida y cana:

— ¡Bien se te emplea, buen rey,  
buen rey, bien se te empleara!

«¡Ay de mi Alhama!»

Mataste los Bencerrajes,  
qu'eran la flor de Granada;  
cogiste los tornadizos  
de Córdoba la nombrada.

«¡Ay de mi Alhama!»

Por eso mereces, rey,  
una pena muy doblada:  
que te pierdas tú y el reino,  
y aquí se pierda Granada.—

«¡Ay de mi Alhama!»

## 5. ROMANCE DE ROSA FRESCA

—ROSA fresca, rosa fresca,  
tan garrida y con amor,  
cuando vos tuve en mis brazos,  
no vos supe servir, no;  
y agora que os serviría  
no vos puedo haber, no.

—Vuestra fue la culpa, amigo,  
vuestra fue, que mía no;  
enviátesme una carta  
con un vuestro servidor,  
y en lugar de recaudar  
él dijera otra razón:  
que érades casado, amigo,  
allá en tierras de León;  
que tenéis mujer hermosa  
y hijos como una flor.

—Quien os lo dijo, señora,  
no vos dijo verdad, no;  
que yo nunca entré en Castilla  
ni allá en tierras de León,  
sino cuando era pequeño,  
que no sabía de amor.

## 6. ROMANCE DE FONTEFRIDA

FONTE-FRIDA, Fonte-frida,  
Fonte-frida y con amor,  
do todas las avecicas  
van tomar consolación,  
sino es la tortolica  
que está viuda y con dolor.  
Por allí fuera a pasar  
el traidor de ruseñor:

las palabras que le dice  
llenas son de traición:  
— Si tú quisieses, señora,  
yo sería tu servidor.  
— Vete de ahí, enemigo,  
malo, falso, engañador,  
que ni poso en ramo verde,  
ni en prado que tenga flor;  
que si el agua hallo clara,  
turbia la bebía yo;  
que no quiero haber marido,  
porque hijos no haya, no:  
no quiero placer con ellos,  
ni menos consolación.  
¡Déjame, triste enemigo,  
malo, falso, mal traidor,  
que no quiero ser tu amiga,  
ni casar contigo, no.

## 7. ROMANCE DE BLANCA-NIÑA

BLANCA sois, señora mía,  
más que no el rayo del sol:  
¿si la dormiré esta noche  
desarmado y sin pavor?  
que siete años había, siete,  
que no me desarmo, no.  
Más negras tengo mis carnes  
que un tiznado carbón.  
— Dormilda, señor, dormilda,  
desarmado sin temor,  
que el conde es ido a la caza  
a los montes de León.

—Rabia le mate los perros,  
y águilas el su halcón,  
y del monte hasta su casa  
a él le arrastre el morón.—  
Ellos en aquesto estando  
su marido que llegó:  
—¿Qué hacéis, la Blanca-niña,  
hija de padre traidor?  
—Señor, peino mis cabellos,  
péinolos con gran dolor,  
que me dejéis a mi sola  
y a los montes os vais vos.  
—Esa palabra, la niña,  
no era sino traición:  
¿cúyo es aquel caballo  
que allá bajo relinchó?  
—Señor, era de mi padre,  
y envióslo para vos.  
—¿Cuyas son aquellas armas  
que están en el corredor?  
—Señor, eran de mi hermano,  
y hoy os las envió.  
—¿Cuya es aquella lanza,  
desde aquí la veo yo?  
—Tomalda, conde, tomalda,  
matadme con ella vos,  
que aquesta muerte, buen conde,  
bien os la merezco yo.

## 8. ROMANCE DEL CONDE ARNALDOS

¡QUIÉN hubiese tal ventura  
sobre las aguas del mar,

como hubo el conde Arnaldos  
la mañana de San Juan!  
Con un falcón en la mano  
la caza iba a cazar,  
vio venir una galera  
que a tierra quiere llegar.  
Las velas traía de seda,  
la ejercía de un cendal,  
marinero que la manda  
diciendo viene un cantar  
que la mar ponía en calma,  
los vientos hace amainar,  
los peces que andan nel hondo  
arriba los hace andar,  
las aves que andan volando  
nel mástil la faz posar.  
—Galera, la mi galera,  
Dios te me guarde de mal.  
De los peligros del mundo  
sobre aguas de la mar,  
de las fustas de los moros,  
que andaban a saltar—.   
Allí habló el conde Arnaldos,  
bien oiréis lo que dirá:  
—Por Dios te ruego, marinero,  
dígasme ora ese cantar.—  
Respondióle el marinero,  
tal respuesta le fue a dar:  
—Yo no digo esta canción  
sino a quien conmigo va.

## 9. ROMANCE DE LA HIJA DEL REY DE FRANCIA

DE Francia partió la niña,  
de Francia la bien guarnida:  
íbese para París,  
do padre y madre tenía.  
Errado lleva el camino,  
errada lleva la guía:  
arrimárase a un roble  
por esperar compañía.  
Vio venir un caballero  
que a París lleva la guía.  
La niña desde que lo vido  
de esta suerte le decía:  
— Si te place, caballero,  
llévesme en tu compañía.  
— Pláceme, dijo, señora,  
pláceme, dijo, mi vida.—  
Apeóse del caballo  
por hacelle cortesía;  
puso la niña en las ancas  
y él subiérase en la silla.  
En medio él del camino  
de amores la requería.  
La niña desde que lo oyera  
díjole con osadía:  
— Tate, tate, caballero,  
no hagáis tal villanía:  
hija soy de un malato  
y de una malatía;  
el hombre que a mí llegase  
malato se tornaría.—  
El caballero con temor  
palabra no respondía.  
A la entrada de París  
la niña se sonreía.

—¿De qué vos reís, señora?  
¿de qué vos reís, mi vida?  
—Ríome del caballero,  
y de su gran cobardía,  
¡tener la niña en el campo  
y catarle cortesía! —  
Caballero con vergüenza  
estas palabras decía:  
—Vuelta, vuelta, mi señora,  
que una cosa se me olvida.—  
La niña como discreta  
dijo: —Yo no volvería,  
ni persona, aunque volviese,  
en mi cuerpo tocaría:  
hija soy del rey de Francia  
y de la reina Constantina,  
el hombre que a mí llegase  
muy caro le costaría.

## 10. ROMANCE DE DOÑA ALDA

EN París está doña Alda  
la esposa de don Roldán,  
trescientas damas con ella  
para bien la acompañar:  
todas visten un vestido,  
todas calzan un calzar,  
todas comen a una mesa,  
todas comían de un pan,  
sino era sola doña Alda,  
que era la mayoral.  
Las ciento hilaban oro,  
las ciento tejen cendal,

las ciento instrumentos tañen,  
para doña Alda holgar.

Al son de los instrumentos  
doña Alda adormido se ha:  
ensoñado había un sueño,  
un sueño de gran pesar.

Recordó despavorida  
y con un pavor muy grand,  
los gritos daba tan grandes  
que se oían en la ciudad.

Allí hablaron sus doncellas,  
bien oiréis lo que dirán:

—¿Qué es aquesto, mi señora?  
¿quién es el que os hizo mal?

—Un sueño soñé, doncellas,  
que me ha dado gran pesar;  
que me veía en un monte  
en un desierto lugar:

de so los montes muy altos  
un azor vide volar,  
tras dél viene una aguililla  
que lo ahinca muy mal.

El azor con grande cuita  
metióse so mi brial;  
el águila con grande ira  
de allí lo iba a sacar;  
con las uñas lo despluma,  
con el pico lo deshaz.—

Allí habló su camarera,  
bien oiréis lo que dirá:

—Aquese sueño, señora,  
bien os lo entiendo soltar;  
el azor es vuestro esposo,  
que viene de allen la mar;

el águila sedes vos,  
con la cual ha de casar,  
y aquel monte es la iglesia  
donde os han de velar.  
—Si así es, mi camarera,  
bien te lo entiendo pagar.—  
Otro día de mañana  
cartas de fuera le traen;  
tintas venían de dentro,  
de fuera escritas con sangre,  
que su Roldán era muerto  
en la caza de Roncesvalles.

## GARCILASO DE LA VEGA

### 11. ÉGLOGA PRIMERA

A Don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, virrey de Nápoles

#### SALICIO, NEMOROSO

EL dulce lamentar de dos pastores,  
Salicio juntamente y Nemoroso,  
He de contar, sus quejas imitando;  
Cuyas ovejas al cantar sabroso  
Estaban muy atentas, los amores,  
De pacer olvidadas, escuchando.  
Tú, que ganaste obrando  
Un nombre en todo el mundo,  
Y un grado sin segundo,  
Ahora estés atento, solo y dado  
Al ínclito gobierno del estado

Albano; ahora vuelto a la otra parte,  
Resplandeciente, armado.  
Representando en tierra el fiero Marte;

Ahora de cuidados enojosos  
Y de negocios libre, por ventura  
Andes a caza, el monte fatigando  
En ardiente jinete, que apresura  
El curso tras los ciervos temerosos,  
Que en vano su morir van dilatando;  
Espera, que en tomando  
A ser restituido  
Al ocio ya perdido,  
Luego verás ejercitar mi pluma  
Por la infinita innumerable suma  
De tus virtudes y famosas obras;  
Antes que me consuma,  
Faltando a ti, que a todo el mundo sobras.

En tanto que este tiempo que adivino  
Viene a sacarme de la deuda un día,  
Que se debe a tu fama y a tu gloria;  
Que es deuda general, no solo mía,  
Mas de cualquier ingenio peregrino  
Que celebra lo digno de memoria;  
El árbol de victoria  
Que ciñe estrechamente  
Tu gloriosa frente  
Dé lugar a la hiedra que se planta  
Debajo de tu sombra, y se levanta  
Poco a poco, arrimada a tus loores;  
Y en cuanto esto se canta,  
Escucha tú el cantar de mis pastores.

Saliendo de las ondas encendido,  
Rayaba de los montes el altura  
El sol, cuando Salicio, recostado  
Al pie de una alta haya, en la verdura,  
Por donde un agua clara con sonido  
Atravesaba el fresco y verde prado;  
Él, con canto acordado  
Al rumor que sonaba  
Del agua que pasaba.  
Se quejaba tan dulce y blandamente  
Como si no estuviera de allí ausente  
La que de su dolor culpa tenía;  
Y así, como presente.  
Razonando con ella, le decía:

### SALICIO

— ¡Oh más dura que mármol a mis quejas,  
Y al encendido fuego en que me quemo  
Más helada que nieve, Galatea!  
Estoy muriendo, y aun la vida temo;  
Témola con razón, pues tú me dejas;  
Que no hay, sin ti, el vivir para qué sea.  
Vergüenza he que me vea  
Ninguno en tal estado,  
De ti desamparado,  
Y de mí mismo yo me corro ahora.  
¿De un alma te desdeñas ser señora.  
Donde siempre moraste, no pudiendo  
Della salir un hora?  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
El sol tiende los rayos de su lumbre  
Por montes y por valles, despertando

Las aves y animales y la gente;  
Cuál por el aire claro va volando,  
Cuál por el verde valle o alta cumbre  
Paciendo va segura y libremente,  
Cuál con el sol presente  
Va de nuevo al oficio,  
Y al usado ejercicio  
Do su natura o menester le inclina.  
Siempre está en llanto esta ánima mezquina  
Cuando la sombra el mundo va cubriendo  
O la luz se avecina.

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,  
Sin mostrar un pequeño sentimiento  
De que por ti Salicio triste muera,  
Dejas llevar, desconocida, al viento  
El amor y la fe que ser guardada  
Eternamente sólo a mí debiera?

¡Oh Dios! ¿Por qué siquiera,  
Pues ves desde tu altura

Esta falsa perjura

Causar la muerte de un estrecho amigo,  
No recibe del cielo algún castigo?

Si en pago del amor yo estoy muriendo,  
¿Qué hará el enemigo?

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Por ti el silencio de la selva umbrosa,

Por ti la esquividad y apartamiento

Del solitario monte me agradaba;

Por ti la verde yerba, el fresco viento,

El blanco lirio y colorada rosa

Y dulce primavera deseaba.

¡Ay, cuánto me engañaba!

¡Ay, cuán diferente era

Y cuán de otra manera  
Lo que en tu falso pecho se escondía!  
Bien claro con su voz me lo decía  
La siniestra corneja, repitiendo  
La desventura mía.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
    ¡Cuántas veces, durmiendo en la floresta,  
Reputándolo yo por desvarío,  
Vi mi mal entre sueños, desdichado!  
Soñaba que en el tiempo del estío  
Llevaba, por pasar allí la siesta,  
A beber en el Tajo mi ganado;  
Y después de llegado,  
Sin saber de cuál arte,  
Por desusada parte  
Y por nuevo camino el agua se iba;  
Ardiendo yo con la calor estiva,  
El curso enajenado iba siguiendo  
Del agua fugitiva.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

    Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?  
Tus claros ojos ¿a quién los volviste?  
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?  
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?  
¿Cuál es el cuello que como en cadena  
De tus hermosos brazos anudaste?  
No hay corazón que baste,  
Aunque fuese de piedra.  
Viendo mi amada hiedra,  
De mí arrancada, en otro muro asida,  
Y mi parra en otro olmo entretejida.  
Que no se esté con llanto deshaciendo  
Hasta acabar la vida.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Qué no se esperará de aquí adelante,  
Por difícil que sea y por incierto?  
O ¿qué discordia no será juntada?  
Y juntamente ¿qué tendrá por cierto,  
O qué de hoy más no temerá el amante,  
Siendo a todo materia por ti dada?  
Cuando tú enajenada  
De mí, cuitado, fuiste,  
Notable causa diste  
Y ejemplo a todos cuantos cubre el cielo,  
Que el más seguro tema con recelo  
Perder lo que estuviere poseyendo.  
Salid fuera sin duelo,  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Materia diste al mundo de esperanza  
De alcanzar lo imposible y no pensado,  
Y de hacer juntar lo diferente,  
Dando a quien diste el corazón malvado,  
Quitándolo de mí con tal mudanza  
Que siempre sonará de gente en gente.  
La cordera paciente  
Con el lobo hambriento,  
Hará su ayuntamiento,  
Y con las simples aves sin ruido  
Harán las bravas sierpes ya su nido;  
Que mayor diferencia comprendo  
De ti al que has escogido.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo  
Siempre de nueva leche en el verano  
Y en el invierno abundo; en mi majada  
La manteca y el queso está sobrado;  
De mi cantar pues yo te vi agradada,  
Tanto, que no pudiera el mantüano  
Títiro ser de ti más alabado.

No soy pues, bien mirado.  
Tan disforme ni feo;  
Que aun ahora me veo  
En esta agua que corre clara y pura,  
Y cierto no trocara mi figura  
Con ése que de mí se está riendo;  
Trocara mi ventura.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?  
¿Cómo te fui tan presto aborrecible?  
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?  
Si no tuvieras condición terrible,  
Siempre fuera tenido de ti en precio,  
Y no viera de ti este apartamiento.  
¿No sabes que sin cuento  
Buscan en el estío  
Mis ovejas el frío  
De la sierra de Cuenca, y el gobierno  
Del abrigado Extremo en el invierno?  
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo  
Me estoy en llanto eterno!  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Con mi llorar las piedras enternecen  
Su natural dureza y la quebrantan,  
Los árboles parece que se inclinan,  
Las aves que me escuchan, cuando cantan,  
Con diferente voz se condolecen,  
Y mi morir cantando me adivinan.  
Las fieras que reclinan  
Su cuerpo fatigado,  
Dejan el sosegado  
Sueño por escuchar mi llanto triste.  
Tú sola contra mí te endureciste,  
Los ojos aun siquiera no volviendo

A lo que tú hiciste.  
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.  
Mas ya que a socorrer aquí no vienes,  
No dejes el lugar que tanto amaste;  
Que bien podrás venir de mi segura;  
Yo dejaré el lugar do me dejaste;  
Ven, si por solo esto te detienes.  
Ves aquí un prado lleno de verdura,  
Ves aquí una espesura,  
Ves aquí una agua clara,  
En otro tiempo cara,  
A quien de ti con lágrimas me quejo.  
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,  
Al que todo mi bien quitarme puede;  
Que pues el bien le dejo,  
No es mucho que lugar también le quede.  
Aquí dio fin a su cantar Salicio,  
Y suspirando en el postrero acento,  
Soltó de llanto una profunda vena.  
Queriendo el monte al grave sentimiento  
De aquel dolor en algo ser propicio,  
Con la pesada voz retumba y suena.  
La blanca Filomena,  
Casi como dolida  
Y a compasión movida,  
Dulcemente responde al son lloroso.  
Lo que cantó tras esto Nemoroso  
Decidlo vos, Piérides; que tanto  
No puedo yo ni oso,  
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

—Corrientes aguas, puras, cristalinas;  
Árboles que os estáis mirando en ellas,  
Verde prado de fresca sombra lleno,  
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,  
Hiedra que por los árboles caminas,  
Torciendo el paso por su verde seno;  
Yo me vi tan ajeno  
Del grave mal que siento,  
Que de puro contento  
Con vuestra soledad me recreaba,  
Donde con dulce sueño reposaba,  
Ó con el pensamiento discurría  
Por donde no hallaba  
Sino memorias llenas de alegría;

Y en este mismo valle, donde ahora  
Me entristezco y canso, en el reposo  
Estuve ya contento y descansado.  
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!  
Acuérdome durmiendo aquí algún hora,  
Que despertando, a Elisa vi a mi lado.  
¡Oh miserable hado!  
¡Oh tela delicada  
Antes de tiempo dada  
A los agudos filos de la muerte!  
Más conveniente [fuera aquesta] suerte  
A los cansados años de mi vida,  
Que es más que el hierro fuerte,  
Pues no la ha quebrantado tu partida.

¿Do están ahora aquellos claros ojos  
Que llevaban tras sí como colgada  
Mi alma do quier que ellos se volvían?  
¿Dó está la blanca mano delicada,  
Llena de vencimientos y despojos  
Que de mí mis sentidos le ofrecían?

Los cabellos que vían  
Con gran desprecio el oro,  
Como a menor tesoro.

¿Adonde están? ¿Adónde el blando pecho?  
¿Dó la columna que el dorado techo  
Con presunción graciosa sostenía?  
Aquesto todo ahora ya se encierra,  
Por desventura mía,  
En la fría, desierta y dura tierra.

¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,  
Cuando en aqueste valle al fresco viento  
Andábamos cogiendo tiernas flores,  
Que había de ver con largo apartamiento  
Venir el triste y solitario día  
Que diese amargo fin a mis amores?  
El cielo en mis dolores  
Cargó la mano tanto,  
Que a sempiterno llanto  
Y a triste soledad me ha condenado;  
Y lo que siento más es verme atado  
A la pesada vida y enojosa,  
Solo, desamparado,  
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paxe  
En hartura el ganado ya, ni acude  
El campo al labrador con mano llena.  
No hay bien que en mal no se convierta y mude  
La mala yerba al trigo ahoga, y nace  
En lugar suyo la infelice avena;  
La tierra, que de buena  
Gana nos producía  
Flores con que solía  
Quitar en sólo verlas mil enojos,  
Produce ahora en cambio estos abrojos,

Ya de rigor de espinas intratable;  
Yo hago con mis ojos  
Crecer, lloviendo, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,  
Y en cayendo su rayo se levanta  
La negra oscuridad que el mundo cubre,  
De do viene el temor que nos espanta,  
Y la medrosa forma en que se ofrece  
Aquello que la noche nos encubre,  
Hasta que el sol descubre  
Su luz pura y hermosa;  
Tal es la tenebrosa  
Noche de tu partir, en que he quedado  
De sombra y de temor atormentado,  
Hasta que muerte el tiempo determine  
Que a ver el deseado  
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto  
Quejarse, entre las hojas escondido,  
Del duro labrador, que cautamente  
Le despojó su caro y dulce nido  
De los tiernos hijuelos, entre tanto  
Que del amado ramo estaba ausente,  
Y aquel dolor que siente  
Con diferencia tanta  
Por la dulce garganta  
Despide, y a su canto el aire suena,  
Y la callada noche no refrena  
Su lamentable oficio y sus querellas,  
Trayendo de su pena  
Al cielo por testigo y las estrellas;  
Desta manera suelto ya la rienda  
A mi dolor, y así me quejo en vano  
De la dureza de la muerte airada.

Ella en mi corazón metió la mano,  
Y de allí me llevó mi dulce prenda;  
Que aquel era su nido y su morada.  
¡Ay muerte arrebatada!  
Por ti me estoy quejando  
Al cielo y enojando  
Con importuno llanto al mundo todo:  
Tan desigual dolor no sufre modo.  
No me podrán quitar el dolorido  
Sentir, si ya del todo  
Primero no me quitan el sentido.

Tengo una parte aquí de tus cabellos,  
Elisa, envueltos en un blanco paño,  
Que nunca de mi seno se me apartan;  
Descójolos, y de un dolor tamaño  
Enternecerme siento, que sobre ellos  
Nunca mis ojos de llorar se hartan.  
Sin que de allí se partan,  
Con suspiros calientes.  
Más que la llama ardientes,  
Los enjugo del llanto, y de consuno  
Casi los paso y cuento uno a uno;  
Juntándolos, con un cordón los ato.  
Tras esto el importuno  
Dolor me deja descansar un rato.

Mas luego a la memoria se me ofrece  
Aquella noche tenebrosa, oscura,  
Que tanto aflige esta ánima mezquina  
Con la memoria de mi desventura.  
Verte presente ahora me parece  
En aquel duro trance de Lucina,  
Y aquella voz divina,  
Con cuyo son y acentos  
A los airados vientos

Pudieras amansar, que ahora es muda,  
Me parece que oigo que a la cruda,  
Inexorable diosa demandabas  
En aquel paso ayuda;  
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?  
¿Íbate tanto en perseguir las fieras?  
¿Íbate tanto en un pastor dormido?  
¿Cosa pudo bastar a tal crüeza,  
Que, conmovida a compasión, oído  
A los votos y lágrimas, no dieras  
Por no ver hecha tierra tal belleza,  
O no ver la tristeza  
En que tu Nemoroso  
Queda, que su reposo  
Era seguir tu oficio, persiguiendo  
Las fieras por los montes, y ofreciendo  
A tus sagradas aras los despojos?  
¿Y tú, ingrata, riendo  
Dejas morir mi bien ante los ojos?  
Divina Elisa, pues ahora el cielo  
Con inmortales pies pisas y mides,  
Y su mudanza ves, estando queda,  
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides  
Que se apresure el tiempo en que este velo  
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,  
Y en la tercera rueda  
Contigo mano a mano  
Busquemos otro llano,  
Busquemos otros montes y otros ríos,  
Otros valles floridos y sombríos,  
Donde descanse y siempre pueda verte  
Ante los ojos míos,  
Sin miedo y sobresalto de perderte?—  
Nunca pusieran fin al triste lloro

Los pastores, ni fueran acabadas  
Las canciones que solo el monte oía,  
Si mirando las nubes coloradas,  
Al tramontar del sol bordadas de oro,  
No vieran que era ya pasado el día.  
La sombra se veía  
Venir corriendo apriesa  
Ya por la falda espesa  
Del altísimo monte, y recordando  
Ambos como de sueño, y acabando  
El fugitivo sol, de luz escaso,  
Su ganado llevando.  
Se fueron recogiendo paso a paso.

## 12. A LA FLOR DE GNIDO

SI de mi baja lira  
Tanto pudiese el son, que en un momento  
Aplacase la ira  
Del animoso viento,  
Y la furia del mar y el movimiento;  
Y en ásperas montañas  
Con el süave canto enterneciese  
Las fieras alimañas,  
Los árboles moviese,  
Y al son confusamente los trajese;  
No pienses que cantado  
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,  
El fiero Marte airado,  
A muerte convertido,  
De polvo y sangre y de sudor teñido;  
Ni aquellos capitanes  
En las sublimes ruedas colocados,

Por quien los alemanes  
El fiero cuello atados,  
Y los franceses van domesticados.

Mas solamente aquella  
Fuerza de tu beldad sería cantada,  
Y alguna vez con ella  
También sería notada  
El aspereza de que estás armada;  
Y cómo por ti sola,  
Y por tu gran valor y hermosura,  
Convertida en viola,  
Llora su desventura  
El miserable amante en su figura.

Hablo de aquel cautivo,  
De quien tener se debe más cuidado,  
Que está muriendo vivo,  
Al remo condenado,  
En la concha de Venus amarrado.

Por ti, como solía,  
Del áspero caballo no corrige  
La furia y gallardía,  
Ni con freno le rige.  
Ni con vivas espuelas ya le aflige.

Por ti, con diestra mano  
No revuelve la espada presurosa,  
Y en el dudoso llano  
Huye la polvorosa  
Palestra como sierpe ponzoñosa.

Por ti, su blanda musa,  
En lugar de la cítara sonante,  
Tristes querellas usa,  
Que con llanto abundante  
Hacen bañar el rostro del amante.

Por ti, el mayor amigo

Le es importuno, grave y enojoso;  
Yo puedo ser testigo  
Que ya del peligroso  
Naufragio fui su puerto y su reposo.

Y ahora en tal manera  
Vence el dolor a la razón perdida,  
Que ponzoñosa fiera  
Nunca fue aborrecida  
Tanto como yo dél, ni tan temida.

No fuiste tú engendada  
Ni producida de la dura tierra;  
No debe ser notada  
Que ingratamente yerra  
Quien todo el otro error de sí destierra.

Hágate temerosa  
El caso de Anaxárate, y cobarde,  
Que de ser desdeñosa  
Se arrepintió muy tarde;  
Y así, su alma con su mármol arde.

Estábase alegrando  
Del mal ajeno el pecho empedernido,  
Cuando abajo mirando  
El cuerpo muerto vido  
Del miserable amante, allí tendido.

Y al cuello el lazo atado,  
Con que desenlazó de la cadena  
El corazón cuitado,  
Que con su breve pena  
Compró la eterna punición ajena.

Sintió allí convertirse  
En piedad amorosa el aspereza.  
¡Oh tarde arrepentirse!  
¡Oh última terneza!  
¿Cómo te sucedió mayor dureza?

Los ojos se enclavaron  
En el tendido cuerpo que allí vieron,  
Los huesos se tomaron  
Más duros y crecieron,  
Y en sí toda la carne convirtieron;  
Las entrañas heladas  
Tomaron poco a poco en piedra dura;  
Por las venas cuitadas  
La sangre su figura  
Iba desconociendo y su natura;  
Hasta que finalmente  
En duro mármol vuelta y trasformada,  
Hizo de sí la gente  
No tan maravillada  
Cuanto de aquella ingratitud vengada.  
No quieras tú, señora,  
De Némesis airada las saetas  
Probar, por Dios, ahora;  
Baste que tus perfetas  
Obras y hermosura a los poetas  
Den inmortal materia,  
Sin que también en verso lamentable  
Celebren la miseria  
De algún caso notable  
Que por ti pase triste y miserable.

## GUTIERRE DE CETINA

### 13. MADRIGAL

OJOS claros, serenos,

Si de un dulce mirar sois alabados,  
¿Por qué, si me miráis, miráis airados?  
Si cuando más piadosos,  
Más bellos parecéis a aquel que os mira,  
No me miréis con ira,  
Porque no parezcáis menos hermosos.  
¡Ay tormentos rabiosos!  
Ojos claros, serenos,  
Ya que así me miráis, miradme al menos.

## FRAY LUIS DE LEÓN

### 14. VIDA RETIRADA

¡QUÉ descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido!  
Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspes sustentado.  
No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama  
la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.  
¿Qué presta a mi contento  
si soy del vano dedo señalado,

si en busca de este viento  
ando desalentado  
con ansias vivas y mortal cuidado?

¡Oh campo, oh monte, oh río!  
¡oh secreto seguro deleitoso!  
roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestüoso.

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre quiero;  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértenme las aves  
con su cantar süave no aprendido,  
no los cuidados graves  
de que es siempre seguido  
quien al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas sin testigo  
libre de amor, de celo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto  
que con la primavera,  
de bella flor cubierto,  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa  
de ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar corriendo se apresura.

Y luego sosegada

el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo,  
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea  
y ofrece mil olores al sentido,  
los árboles menea  
con un manso rüido  
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
los que de un flaco leño se confían:  
no es mío ver el lloro  
de los que desconfían  
cuando el cierzo y el ábrego porfían.

La combatida antena  
cruje, y en ciega noche el claro día  
se toma, al cielo suena  
confusa vocería,  
y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla  
mesa de amable paz bien abastada  
me baste, y la vajilla  
de fino oro labrada  
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrasando  
en sed insaciable  
del no durable mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido  
de yedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce acordado  
del plectro sabiamente meneado.

## 15. A DON FRANCISCO DE SALINAS

EL aire se serena  
y viste de hermosura y luz no usada,  
Salinas, cuando suena  
la música extremada  
por vuestra sabia mano gobernada.

A cuyo son divino  
mi alma que en olvido está sumida,  
torna a cobrar el tino,  
y memoria perdida  
de su origen primera esclarecida.

Y como se conoce,  
en suerte y pensamientos se mejora;  
el oro desconoce  
que el vulgo vil adora,  
la belleza caduca engañadora.

Traspasa el aire todo  
hasta llegar a la más alta esfera,  
y oye allí otro modo  
de no perecedera  
música, que es de todas la primera.

Ve cómo el gran Maestro  
a aquesta inmensa cítara aplicado,  
con movimiento diestro  
produce el son sagrado  
con que este eterno templo es sustentado.

Y como está compuesta  
de números concordes, luego envía  
consonante respuesta,  
y entrambas a porfía  
mezclan una dulcísima armonía.

Aquí la alma navega

por un mar de dulzura, y finalmente  
en él así se anega,  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye y siente,  
¡Oh desmayo dichoso!  
¡oh muerte que das vida! ¡oh dulce olvido!  
¡durase en tu reposo  
sin ser restituido  
jamás a aqueste bajo y vil sentido!

A este bien os llamo,  
gloria del Apolíneo sacro coro,  
amigo, a quien amo  
sobre todo tesoro;  
que todo lo demás es triste lloro.

¡Oh! suene de continuo,  
Salinas, vuestro son en mis oídos,  
por quien al bien divino  
despiertan los sentidos,  
quedando a lo demás amortecidos.

## 16. A FELIPE RUIZ DE LA TORRE Y MOTA

¿CUÁNDO será que pueda  
libre de esta prisión volar al cielo,  
Felipe, y en la rueda  
que huye más del suelo,  
contemplar la verdad pura sin velo?

Allí a mi vida junto  
en luz resplandeciente convertido,  
veré distinto y junto  
lo que es y lo que ha sido,  
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo

el divino poder echó el cimiento  
tan a nivel y plomo,  
do estable eterno asiento  
posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales  
columnas do la tierra está fundada,  
las lindes y señales  
con que a la mar airada  
la Providencia tiene aprisionada.

Por qué tiembla la tierra,  
por qué las hondas mares se embravecen,  
dó sale a mover guerra  
el cierzo, y por qué crecen  
las aguas del Océano y decrecen.

De dó manan las fuentes;  
quién ceba, y quién bastece de los ríos  
las perpetuas corrientes;  
de los helados fríos  
veré las causas, y de los estíos.

Las soberanas aguas  
del aire en la región quién las sostiene;  
de los rayos las fraguas;  
dó los tesoros tiene  
de nieve Dios, y el trueno dónde viene.

¿No ves cuando acontece  
turbarse el aire todo en el verano?  
El día se ennegrece,  
sopla el gallego insano,  
y sube hasta el cielo el polvo vano;

Y entre las nubes mueve  
su carro Dios ligero y reluciente,  
horrible son conmueve,  
relumbra fuego ardiente,  
treme la tierra, humíllase la gente.

La lluvia baña el techo,  
envían largos ríos los collados;  
su trabajo deshecho,  
los campos anegados  
miran los labradores espantados.

Y de allí levantado  
veré los movimientos celestiales,  
así el arrebatado  
como los naturales,  
las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas  
veré, y quién las enciende con hermosas  
y eficaces centellas;  
por qué están las dos osas,  
de bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno  
fuente de vida y luz do se mantiene;  
y por qué en el invierno  
tan presuroso viene,  
por qué en las noches largas se detiene.

Veré sin movimiento  
en la más alta esfera las moradas  
del gozo y del contento,  
de oro y luz labradas,  
de espíritus dichosos habitadas.

## 17. NOCHE SERENA

CUANDO contemplo el cielo  
de innumerables luces adornado,  
y miro hacia el suelo  
de noche rodeado,  
en sueño y en olvido sepultado,

El amor y la pena  
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;  
despiden larga vena  
los ojos hechos fuente;  
la lengua dice al fin con voz doliente;

Morada de grandeza,  
templo de claridad y hermosura,  
mi alma que a tu alteza  
nació, ¿qué desventura  
la tiene en esta cárcel baja, oscura?

¿Qué mortal desatino  
de la verdad aleja así el sentido,  
que de tu bien divino  
olvidado, perdido  
sigue la vana sombra, el bien fingido?

El hombre está entregado  
al sueño, de su suerte no cuidando,  
y con paso callado  
el cielo vueltas dando  
las horas del vivir le va hurtando.

¡Ay! despertad, mortales;  
mirad con atención en vuestro daño;  
¿las almas inmortales  
hechas a bien tamaño  
podrán vivir de sombra, y sólo engaño?

¡Ay! levantad los ojos  
a aquesta celestial eterna esfera,  
burlaréis los antojos  
de aquesa lisonjera  
vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¿Es más que un breve punto  
el bajo y torpe suelo, comparado  
a aqueste gran trasunto,  
do vive mejorado

lo que es, lo que será, lo que ha pasado?

Quien mira el gran concierto  
de aquestos resplandores eternos,  
su movimiento cierto,  
sus pasos desiguales,  
y en proporción concorde tan iguales; .

La luna cómo mueve  
la plateada rueda, y va en pos de ella  
la luz do el saber llueve,  
y la graciosa estrella  
de amor la sigue reluciente y bella;

Y cómo otro camino  
prosigue el sanguinoso Marte airado,  
y el Júpiter benino  
de bienes mil cercado  
serena el cielo con su rayo amado;

Rodéase en la cumbre  
Saturno, padre de los siglos de oro,  
tras él la muchedumbre  
del reluciente coro  
su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,  
y precia la bajeza de la tierra,  
y no gime y suspira  
por romper lo que encierra  
el alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento,  
aquí reina la paz: aquí asentado  
en rico y alto asiento  
está el amor sagrado  
de honra y de deleites rodeado.

Inmensa hermosura  
aquí se muestra toda; y resplandece  
clarísima luz pura,

que jamás anochece;  
eterna primavera aquí florece.  
¡Oh campos verdaderos!  
¡oh prados con verdad frescos y amenos!  
¡riquísimos mineros!  
¡Oh deleitosos senos!  
¡repuestos valles de mil bienes llenos!

## 18. MORADA DEL CIELO

ALMA región luciente,  
prado de bienandanza, que ni al hielo  
ni con el rayo ardiente  
falleces, fértil suelo  
productor eterno de consuelo;

De púrpura y de nieve  
florida la cabeza coronado,  
a dulces pastos mueve  
sin honda ni cayado,  
el buen Pastor en ti su ható amado.

Él va, y en pos dichosas  
le siguen sus ovejas, do las pace  
con inmortales rosas,  
con flor que siempre nace,  
y cuanto más se goza más renace.

Ya dentro a la montaña  
del alto bien las guía; ya en la vena  
del gozo fiel las baña,  
y les da mesa llena,  
pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando  
la cumbre toca altísimo subido  
el sol, él sesteando

de su hato ceñido  
con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro,  
y el inmortal dulzor al alma pasa,  
con que envilece el oro,  
y ardiendo se traspasa  
y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son, oh voz! siquiera  
pequeña parte alguna descendiese  
en mi sentido, y fuera  
de sí el alma pusiese  
y toda en ti, oh amor, la convirtiese!

Conocería dónde  
sesteas, dulce Esposo, y desatada  
de esta prisión a donde  
padece, a tu manada  
junta, no ya andará perdida, errada.

## 19. EN LA ASCENSIÓN

¡Y DEJAS, Pastor santo,  
tu grey en este valle hondo, oscuro,  
con soledad y llanto,  
y tú rompiendo el puro  
aire, te vas al inmortal seguro!

¿Los antes bienhadados,  
y los ahora tristes y afligidos,  
a tus pechos criados,  
de Ti desposeídos,  
a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos  
que vieron de tu rostro la hermosura,  
que no les sea enojos?

quien oyó tu dulzura,  
¿qué no tendrá por sordo y desventura?  
Aqueste mar turbado  
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto  
al viento fiero airado?  
estando tú encubierto,  
¿qué norte guiará la nave al puerto?  
¡Ay! nube envidiosa  
aun de este breve gozo ¿qué te quejas?  
¿dó vuelas presurosa?  
¡cuán rica tú te alejas!  
¡cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos dejas!

## 20. IMITACIÓN DE DIVERSOS

VUESTRA tirana exención  
y ese vuestro cuello erguido  
estoy cierto que Cupido  
pondrá en dura sujeción.  
Vivid esquiva y exenta;  
que a mi cuenta  
vos serviréis al amor  
cuando de vuestro dolor  
ninguno quiera hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre  
fuere de nieve esparcida,  
y las dos luces de vida  
recogieren ya su lumbre:  
cuando la ruga enojosa  
en la hermosa  
frente y cara se mostrare,  
y el tiempo que vuela helare  
esa fresca y linda rosa;

Cuando os viéredes perdida,  
os perderéis por querer,  
sentiréis que es padecer  
querer y no ser querida.  
Diréis con dolor, Señora,  
cada hora:

«¡Quién tuviera, ay sin ventura,  
o ahora aquella hermosura  
o antes el amor de ahora!»

A mil gentes que agraviadas  
tenéis con vuestra porfía,  
dejaréis en aquel día  
alegres y bien vengadas.  
Y por mil partes volando  
publicando  
el amor irá este cuento,  
para aviso y escarmiento  
de quien huye de su bando.

¡Ay! por Dios, Señora bella,  
mirad por vos, mientras dura  
esa flor graciosa y pura,  
que el no gozalla es perdella,  
y pues no menos discreta  
y perfeta  
sois que bella y desdeñosa,  
mirad que ninguna cosa  
hay que a amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo  
con ley dulce eternamente,  
¿y pensáis vos ser valiente  
contra él? Acá en el suelo  
da movimiento y viveza  
a belleza  
el amor, y es dulce vida;

y la suerte más valida  
sin él es triste pobreza.

¿Que vale el beber en oro,  
el vestir seda y brocado,  
el techo rico labrado,  
los montones de tesoro?  
¿Y qué vale si a derecho  
os da pecho  
el mundo todo y adora,  
si a la fin dormís, Señora,  
en el solo y frío lecho?

## 21. SONETO

AHORA con la aurora se levanta  
mi luz, ahora coge en rico nudo  
el hermoso cabello, ahora el crudo  
pecho ciñe con oro, y la garganta.

Ahora vuelta al cielo pura y santa  
las manos y ojos bellos alza, y pudo  
dolerse ahora de mi mal agudo;  
ahora incomparable tañe y canta.

Así digo, y del dulce error llevado,  
presente ante mis ojos la imagino,  
y lleno de humildad y amor la adoro.

Mas luego vuelve en sí el engañado  
ánimo, y conociendo el desatino,  
la rienda suelta largamente al lloro.

SAN JUAN DE LA CRUZ

## 22. CÁNTICO ESPIRITUAL. CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

### ESPOSA

¿ADÓNDE te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
Habiéndome herido;  
Salí tras ti clamando, y eras ido.

Pastores, los que fuerdes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura vierdes  
Aquel que yo más quiero  
Decidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores,  
Iré por esos montes y riberas,  
Ni cogeré las flores.  
Ni temeré las fieras,  
Y pasaré los fuertes y fronteras.

¡Oh bosques y espesuras,  
Plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh prado de verduras,  
De flores esmaltado,  
Decid si por vosotros ha pasado!

### RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

Mil gracias derramando  
Pasó por estos sotos con presura,  
Y, yéndolos mirando,  
Con sola su figura

Vestidos los dejó de su hermosura.

## ESPOSA

¡Ay, quién podrá sanarme!  
Acaba de entregarte ya de vero,  
No quieras enviarme  
De hoy más ya mensajero,  
Que no saben decirme lo que quiero.  
Y todos cuantos vagan,  
De ti me van mil gracias refiriendo,  
Y todos más me llagan,  
Y dejáme muriendo  
Un no sé qué que quedan balbuciendo.  
Mas ¿cómo perseveras,  
Oh vida, no viviendo donde vives,  
Y haciendo porque mueras  
Las flechas que recibes,  
De lo que del Amado en ti concibes?  
¿Por qué, pues has llagado  
A aqueste corazón, no le sanaste?  
Y pues me le has robado,  
¿Por qué así lo dejaste,  
Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,  
Pues que ninguno basta a deshacellos,  
Y véante mis ojos,  
Pues eres lumbre de ellos  
Y sólo para ti quiero tenellos.  
Descubre tu presencia,  
Y máteme tu vista y hermosura:  
Mira que la dolencia

De amor, que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.  
    ¡Oh cristalina fuente,  
Si en esos tus semblantes plateados  
Formases de repente  
Los ojos deseados  
Que tengo en mis entrañas dibujados!  
    Apártalos, Amado,  
Que voy de vuelo.

### ESPOSO

Vuélvete, paloma,  
Que el ciervo vulnerado  
Por el otero asoma,  
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

### ESPOSA

Mi amado, las montañas,  
Los valles solitarios nemorosos,  
Las ínsulas extrañas,  
Los ríos sonorosos,  
El silbo de los aires amorosos.  
    La noche sosegada,  
En par de los levantes de la aurora,  
La música callada,  
La soledad sonora,  
La cena, que recrea y enamora.  
    Cazadnos las raposas,  
Que está ya florecida nuestra viña,

En tanto que de rosas  
Hacemos una piña,  
Y no parezca nadie en la montiña.

Detente, Cierzo muerto:  
Ven, Austro, que recuerdas los amores,  
Aspira por mi huerto,  
Y corran tus olores,  
Y pacerá el Amado entre las flores.

Oh ninfas de Judea,  
En tanto que en las flores y rosales  
El ámbar perfumea,  
Morá en los arrabales,  
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Escóndete, Carillo,  
Y mira con tu haz a las montañas,  
Y no quieras decillo;  
Mas mira las compañas  
De la que va por ínsulas extrañas.

## ESPOSO

A las aves ligeras,  
Leones, ciervos, gamos saltadores,  
Montes, valles, riberas,  
Aguas, aires, ardores,  
Y miedos de las noches veladores,  
Por las amenas liras  
Y cantos de sirenas os conjuro  
Que cesen vuestras iras,  
Y no toquéis al muro,  
Porque la Esposa duerma más seguro.

Entrádose ha la Esposa  
En el ameno huerto deseado,

Y a su sabor reposa,  
El cuello reclinado  
Sobre los dulces brazos del Amado.  
    Debajo del manzano  
Allí conmigo fuiste desposada,  
Allí te di la mano,  
Y fuiste reparada  
Donde tu madre fuera violada.

## ESPOSA

Nuestro lecho florido,  
De cuevas de leones enlazado,  
En púrpura teñido,  
De paz edificado.  
De mil escudos de oro coronado.  
    A zaga de tu huella  
Las jóvenes discurren el camino,  
Al toque de centella,  
Al adobado vino.  
Emisiones de bálsamo divino.  
    En la interior bodega  
De mi amado bebí, y cuando salía  
Por toda aquesta vega,  
Ya cosa no sabía  
Y el ganado perdí que antes seguía.  
    Allí me dio su pecho,  
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,  
Y yo le di de hecho  
A mí, sin dejar cosa,  
Allí le prometí de ser su esposa.  
    Mi alma se ha empleado  
Y todo mi caudal en su servicio.

Ya no guardo ganado,  
Ni ya tengo otro oficio:  
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Pues ya si en el ejido  
De hoy más no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido,  
Que andando enamorada  
Me hice perdidiza, y fui ganada.

De flores y esmeraldas  
En las frescas mañanas escogidas,  
Haremos las guirnaldas,  
En tu amor florecidas,  
Y en un cabello mío entretejidas.

En solo aquel cabello  
Que en mi cuello volar consideraste,  
Mirástele en mi cuello,  
Y en él preso quedaste,  
Y en uno de mis ojos te llagaste.

Cuando tú me mirabas,  
Su gracia en mí tus ojos imprimían;  
Por eso me adamabas,  
Y en eso merecían  
Los míos adorar lo que en ti vían.

No quieras despreciarme,  
Que si color moreno en mí hallaste  
Ya bien puedes mirarme,  
Después que me miraste,  
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

## ESPOSO

La blanca palomica  
Al arca con el ramo se ha tornado,

Y ya la tortolica  
Al socio deseado  
En las riberas verdes ha hallado.  
    En soledad vivía,  
Y en soledad ha puesto ya su nido,  
Y en soledad la guía  
A solas su querido,  
También en soledad de amor herido.

## ESPOSA

    Gocémonos, Amado,  
Y vámonos a ver en tu hermosura  
Al monte y al collado,  
Do mana el agua pura;  
Entremos más adentro en la espesura.  
    Y luego a las subidas  
Cavernas de la piedra nos iremos,  
Que están bien escondidas,  
Y allí nos entraremos,  
Y el mosto de granadas gustaremos.  
    Allí me mostrarías  
Aquello que mi alma pretendía,  
Y luego me darías  
Allí tú, vida mía.  
Aquello que me diste el otro día.  
    El aspirar del aire,  
El canto de la dulce Filomena,  
El soto y su donaire,  
En la noche serena  
Con llama que consume y no da pena.  
    Que nadie lo miraba,  
Aminadab tampoco parecía,

Y el cerco sosegaba,  
Y la caballería  
A vista de las aguas descendía.

## ANÓNIMO <sup>2</sup>

### 23. SONETO

No me mueve, mi Dios, para quererte  
El cielo que me tienes prometido,  
Ni me mueve el infierno tan temido  
Para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte  
Clavado en una cruz y escarnecido;  
Muéveme ver tu cuerpo tan herido;  
Muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera,  
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara.  
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera;  
Pues aunque lo que espero no esperara,  
Lo mismo que te quiero te quisiera.

## FRANCISCO DE LA TORRE

### 24. LA CIERVA

DOLIENTE cierva, que el herido lado  
De ponzoñosa y cruda yerba lleno,

Buscas el agua de la fuente pura,  
Con el cansado aliento y con el seno  
Bello de la corriente sangre hinchado,  
Débil y decaída tu hermosura:  
¡Ay! que la mano dura  
Que tu nevado pecho  
Ha puesto en tal estrecho,  
Gozosa va con tu desdicha, cuando  
Cierva mortal, viviendo, estás penando  
Tu desangrado y dulce compañero,  
El regalado y blando  
Pecho pasado del veloz montero;  
    Vuelve cuitada, vuelve al valle, donde  
Queda muerto tu amor, en vano dando  
Términos desdichados a tu suerte.  
Morirás en su seno, reclinando  
La beldad, que la cruda mano esconde  
Delante de la nube de la muerte.  
Que el paso duro y fuerte,  
Ya forzoso y terrible,  
No puede ser posible  
Que le excusen los cielos, permitiendo  
Crudos astros que muera padeciendo  
Las asechanzas de un montero crudo,  
Que te vino siguiendo  
Por los desiertos de este campo mudo.  
    Mas ¡ay! que no dilatas la inclemente  
Muerte, que en tu sangriento pecho llevas,  
Del crudo amor vencido y maltratado;  
Tú con el fatigado aliento pruebas  
A rendir el espíritu doliente  
En la corriente de este valle amado.  
Que el ciervo desangrado,  
Que contigo la vida

Tuvo por bien perdida,  
No fue tan poco de tu amor querido,  
Que habiendo tan cruelmente padecido,  
Quieras vivir sin él, cuando pudieras  
Librar el pecho herido  
De crudas llagas y memorias fieras.

Cuando por la espesura deste prado  
Como tórtolas solas y queridas,  
Solos y acompañados anduvistes;  
Cuando de verde mirto y de floridas  
Violetas, tierno acanto y lauro amado,  
Vuestras frentes bellísimas ceñistes;  
Cuando las horas tristes,  
Ausentes y queridos,  
Con mil mustios bramidos  
Ensondecistes la ribera umbrosa  
Del claro Tajo, rica y venturosa  
Con vuestro bien, con vuestro mal sentida;  
Cuya muerte penosa  
No deja rastro de contenta vida.

Ahora el uno, cuerpo muerto lleno  
De desdén y de espanto, quien solía  
Ser ornamento de la selva umbrosa,  
Tú, quebrantada y mustia, al agonía  
De la muerte rendida, el bello seno  
Agonizando, el alma congojosa;  
Cuya muerte gloriosa,  
En los ojos de aquellos  
Cuyos despojos bellos  
Son victorias del crudo amor furioso,  
Martirio fue de amor, triunfo glorioso  
Con que corona y premia dos amantes  
Que del siempre rabioso  
Trance mortal salieron muy triunfantes.

Canción, fábula un tiempo, y caso ahora  
De una cierva doliente, que la dura  
Flecha del cazador dejó sin vida,  
Errad por la espesura  
Del monte, que de gloria tan perdida  
No hay sino lamentar su desventura.

## GIL POLO

### 25. CANCIÓN

EN el campo venturoso,  
Donde con clara corriente  
Guadalaviar hermoso  
Dejando el suelo abundoso  
Da tributo al mar potente;  
Galatea, desdeñosa  
Del dolor que a Licio daña,  
Iba alegre y bulliciosa  
Por la ribera arenosa  
Que el mar con sus ondas baña,  
Entre la arena cogiendo  
Conchas y piedras pintadas,  
Muchos cantares diciendo  
Con el son del ronco estruendo  
De las ondas alteradas.  
Junto al agua se ponía,  
Y las ondas aguardaba,  
Y en verlas llegar huía;  
Pero a veces no podía  
Y el blanco pie se mojaba.

Licio, al cual en sufrimiento  
Amador ninguno iguala,  
Suspendió allí su tormento  
Mientras miraba el contento  
De su pulida zagala.

Mas cotejando su mal  
Con el gozo que ella había  
El fatigado zagal  
Con voz amarga y mortal  
De esta manera decía:

—Ninfa hermosa, no te vea  
Jugar con el mar horrendo;  
Y aunque más placer te sea,  
Huye del mar, Galatea,  
Como estás de Licio huyendo.

Deja ahora de jugar,  
Que me es dolor importuno:  
No me hagas más penar,  
Que en verte cerca del mar  
Tengo celos de Neptuno.

Causa mi triste cuidado  
Que a mi pensamiento crea:  
Porque ya está averiguado  
Que si no es tu enamorado  
Lo será cuando te vea.

Y está cierto, porque amor  
Sabe desde que me hirió,  
Que para pena mayor  
Me falta un competidor  
Más poderoso que yo.

Deja la seca ribera.  
Do está el alga infructuosa:  
Guarda que no salga afuera  
Alguna marina fiera

Enroscada y escamosa.

Huye ya, y mira que siento  
Por ti dolores sobrados;  
Porque con doble tormento  
Celos me da tu contento  
Y tu peligro cuidados.

En verte regocijada  
Celos me hacen acordar  
De Europa, ninfa preciada,  
Del toro blanco engañada  
En la ribera del mar.

Y el ordinario cuidado  
Hace que piense contino  
De aquel desdeñoso alnado,  
Orilla el mar arrastrado,  
Visto aquel monstruo marino.

Mas no veo en ti temor  
De congoja y pena tanta;  
Que bien sé por mi dolor  
Que a quien no teme al amor  
Ningún peligro le espanta.

Guarte pues de un gran cuidado:  
Que el vengativo Cupido  
Viéndose menospreciado,  
Lo que no hace de grado.  
Suele hacerlo de ofendido.

Ven conmigo al bosque ameno,  
Y al apacible sombrío  
De olorosas flores lleno,  
Do en el día más sereno  
No es enojoso el Estío.

Si el agua te es placentera.  
Hay allí fuente tan bella,  
Que para ser la primera

Entre todas, sólo espera  
Que tú te laves en ella.

En aqueste raso suelo  
A guardar tu hermosa cara  
No basta sombrero o velo;  
Que estando al abierto cielo  
El sol morena te para.

No escuchas dulces concientos,  
Sino el espantoso estruendo  
Con que los bravosos vientos  
Con soberbios movimientos  
Van las aguas revolviendo.

Y tras la fortuna fiera  
Son las vistas más süaves  
Ver llegar a la ribera  
La destrozada madera  
De las anegadas naves.

Ven a la dulce floresta,  
Do natura no fue escasa:  
Donde haciendo alegre fiesta  
La más calorosa siesta  
Con más deleite se pasa.

Huye los soberbios mares;  
Ven, verás cómo cantamos  
Tan deleitosos cantares  
Que los más duros pesares  
Suspendemos y engañamos;

Y aunque quien pasa dolores,  
Amor le fuerza a cantarlos,  
Yo haré que los pastores  
No digan cantos de amores,  
Porque huelgues de escucharlos.

Allí, por bosques y prados,  
Podrás leer todas horas,

En mil robles señalados  
Los nombres más celebrados  
De las ninfas y pastoras.

Mas seráte cosa triste  
Ver tu nombre allí pintado,  
En saber que escrita fuiste  
Por el que siempre tuviste  
De tu memoria borrado.

Y aunque mucho estés airada,  
No creo yo que te asombre  
Tanto el verte allí pintada,  
Como el ver que eres amada  
Del que allí escribió tu nombre.

No ser querida y amar  
Fuera triste displacer;  
Mas ¿qué tormento o pesar  
Te puede, Ninfa, causar  
Ser querida y no querer?

Mas desprecia cuanto quieras  
A tu pastor, Galatea;  
Sólo que en estas riberas  
Cerca de las ondas fieras  
Con mis ojos no te vea.

¿Qué pasatiempo mejor  
Orilla el mar puede hallarse  
Que escuchar el ruiseñor,  
Coger la olorosa flor  
Y en clara fuente lavarse?

Plugiera a Dios que gozaras  
De nuestro campo y ribera,  
Y porque más lo preciaras,  
Ojalá tú lo probaras,  
Antes que yo lo dijera.

Porque cuanto alabo aquí

De su crédito lo quito;  
Pues el contentarme a mí  
Bastará para que a ti  
No te venga en apetito.—

Licio mucho más le hablara,  
Y tenía más que hablalle,  
Si ella no se lo estorbara,  
Que con desdeñosa cara  
Al triste dice que calle.

Volvió a sus juegos la fiera  
Y a sus llantos el pastor,  
Y de la misma manera  
Ella queda en la ribera,  
Y él en su mismo dolor.

## FERNANDO DE HERRERA

### 26. POR LA VICTORIA DE LEPANTO

CANTEMOS al Señor, que en la llanura  
Venció del ancho mar al Trace fiero;  
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,  
Salud y gloria nuestra.  
Tú rompiste las fuerzas y la dura  
Frente de Faraón, feroz guerrero;  
Sus escogidos príncipes cubrieron  
Los abismos del mar, y descendieron,  
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego  
Los tragó, como arista seca el fuego.

El soberbio tirano, confiado  
En el grande aparato de sus naves,

Que de los nuestros la cerviz cautiva  
Y las manos aviva  
Al ministerio injusto de su estado,  
Derribó con los brazos suyos graves  
Los cedros más excelsos de la cima  
Y el árbol que más yerto se sublima,  
Bebiendo ajenas aguas y atrevido  
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos  
Del impio furor suyo; alzó la frente  
Contra tí, Señor Dios, y con semblante  
Y con pecho arrogante,  
Y los armados brazos extendidos,  
Movié el airado cuello aquel potente;  
Cercó su corazón de ardiente saña  
Contra las dos Hesperias, que el mar baña,  
Porque en ti confiadas le resisten  
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:  
«¿No conocen mis iras estas tierras,  
Y de mis padres los ilustres hechos,  
O valieron sus pechos  
Contra ellos con el húngaro medroso,  
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?  
¿Quién las pudo librar? ¿Quién de sus manos  
Pudo salvar los de Austria y los germanos?  
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora  
Guardarlos de mi diestra vencedora?

»Su Roma, temerosa y humillada.  
Los cánticos en lágrimas convierte;  
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan  
Cuando vencidos mueran;  
Francia está con discordia quebrantada,  
Y en España amenaza horrible muerte

Quien honra de la luna las banderas;  
Y aquéllas en la guerra gentes fieras  
Ocupadas están en su defensa,  
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

»Los poderosos pueblos me obedecen,  
Y el cuello con su daño al yugo inclinan,  
Y me dan por salvarse ya la mano  
Y su valor es vano;  
Que sus luces cayendo se oscurecen,  
Sus fuertes a la muerte ya caminan,  
Sus vírgenes están en cautiverio,  
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.  
Del Nilo a Éufrates fértil e Istro frío,  
Cuanto el sol alto mira todo es mío.»

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria  
Usurpe quien su fuerza osado estima,  
Prevaleciendo en vanidad y en ira,  
Este soberbio mira,  
Que tus aras afea en su victoria.  
No dejes que los tuyos así oprima,  
Y en su cuerpo, crüel, las fieras cebe,  
Y en su esparcida sangre el odio pruebe;  
Que hecho ya su oprobio, dice; «¿Dónde  
El Dios de éstos está? ¿De quién se esconde?»

Por la debida gloria de tu nombre,  
Por la justa venganza de tu gente,  
Por aquel de los míseros gemido,  
Vuelve el brazo tendido  
Contra éste, que aborrece ya ser hombre;  
Y las honras que celas tú consiente;  
Y tres y cuatro veces el castigo  
Esfuerza con rigor a tu enemigo,  
Y la injuria a tu nombre cometida  
Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso  
Que tanto odio te tiene; en nuestro estrago  
Juntó el consejo, y contra nos pensaron  
Los que en él se hallaron.

«Venid, dijeron, y en el mar ondoso  
Hagamos de su sangre un grande lago;  
Deshagamos a éstos de la gente,  
Y el nombre de su Cristo juntamente,  
Y dividiendo de ellos los despojos,  
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentoso Egipto  
Los árabes y leves africanos,  
Y los que Grecia junta mal con ellos,  
Con los erguidos cuellos,  
Con gran poder y número infinito;  
Y prometer osaron con sus manos  
Encender nuestros fines y dar muerte  
A nuestra juventud con hierro fuerte,  
Nuestros niños prender y las doncellas,  
Y la gloria manchar y la luz dellas.

Ocuparon del piélago los senos,  
Puesta en silencio y en temor la tierra,  
Y cesaron los nuestros valerosos,  
Y callaron dudosos.  
Hasta que al fiero ardor de sarracenos  
El Señor eligiendo nueva guerra,  
Se opuso el joven de Austria generoso  
Con el claro español y belicoso;  
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva  
Que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,  
Sin recelo los impios esperaban  
A los que tú, Señor, eras escudo;  
Que el corazón desnudo

De pavor, y de amor y fe vestido,  
Con celestial aliento confiaban.  
Sus manos a la guerra compusiste,  
Y sus brazos fortísimos pusiste  
Como el arco acerado, y con la espada  
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos  
Rindiéronse temblando y desmayaron;  
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,  
Como la arista queda  
Al ímpetu del viento, a estos injustos,  
Que mil huyendo de uno se pasmaron.  
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama  
En las espesas cumbres se derrama,  
Tal en tu ira y tempestad seguiste  
Y su faz de ignominia convertiste.

Quebrantaste al crüel dragón, cortando  
Las alas de su cuerpo temerosas  
Y sus brazos terribles no vencidos;  
Que con hondos gemidos  
Se retira a su cueva, do silbando  
Tiembla con sus culebras venenosas,  
Lleno de miedo torpe sus entrañas,  
De tu león temiendo las hazañas;  
Que, saliendo de España, dio un rugido  
Que lo dejó asombrado y aturdido.

Hoy se vieron los ojos humillados  
Del sublime varón y su grandeza,  
Y tú solo. Señor, fuiste exaltado;  
Que tu día es llegado,  
Señor de los ejércitos armados,  
Sobre la alta cerviz y su dureza.  
Sobre derechos cedros y extendidos,  
Sobre empinados montes y crecidos,

Sobre torres y muros, y las naves  
De Tiro, que a los suyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada  
Temerá el fuego y la asta violenta,  
Y el humo subirá a la luz del cielo,  
Y faltos de consuelo,  
Con rostro oscuro y soledad turbada  
Tus enemigos llorarán su afrenta.  
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza  
Egipcia y gloria de su confianza.

Triste que a ella pareces, no temiendo  
A Dios y a tu remedio no atendiendo,

¿Por qué, ingrata, tus hijas adornaste  
En adulterio infame a una impia gente,  
Que deseaba profanar tus frutos,  
Y con ojos enjutos

Sus odiosos pasos imitaste,  
Su aborrecida vida y mal presente?  
Dios vengará sus iras en tu muerte;  
Que llega a tu cerviz con diestra fuerte  
La aguda espada suya; ¿quién, cuitada,  
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,  
Que en tus naves estabas gloriosa,  
Y el término espantabas de la tierra,  
Y si harías guerra.

De temor la cubrías con suspiro,  
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?  
¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?  
Dios, para convertir tu gloria en llanto  
Y derribar tus ínclitos y fuertes  
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar; que es destruida  
Vuestra vana soberbia y pensamiento.

¿Quién ya tendrá de ti lástima alguna,  
Tú, que sigues la luna,  
Asia adúltera, en vicios sumergida?  
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?  
¿Quién rogará por ti? Que a Dios enciende  
Tu ira y la arrogancia que te ofende,  
Y tus viejos delitos y mudanza  
Han vuelto contra ti a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados  
Y de tus pinos ir el mar desnudo,  
Que sus ondas turbaron y llanura,  
Viendo tu muerte oscura,  
Dirán, de tus estragos espantados:  
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?  
El Señor, que mostró su fuerte mano  
Por la fe de su príncipe cristiano  
Y por el nombre santo de su gloria,  
A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;  
Que después de los daños padecidos,  
Después de nuestras culpas y castigo,  
Rompiste al enemigo  
De la antigua soberbia la dureza.  
Adórente, Señor, tus escogidos,  
Confiese cuanto cerca el ancho cielo  
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!  
Y la cerviz rebelde, condenada,  
Perezca en bravas llamas abrasada.

## 27. POR LA PÉRDIDA DEL REY DON SEBASTIÁN

Voz de dolor y canto de gemido  
Y espíritu del miedo, envuelto en ira,

Hagan principio acerbo a la memoria  
De aquel día fatal, aborrecido,  
Que Lusitania mísera suspira,  
Desnuda de valor, falta de gloria;  
Y la llorosa historia  
Asombre con horror funesto y triste  
Desde el áfrico Atlante y seno ardiente  
Hasta do el mar de otro color se viste,  
Y do el límite rojo de oriente  
Y todas sus vencidas gentes fieras  
Ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados  
En sus caballos y en la muchedumbre  
De sus carros, en ti, Libia desierta,  
Y en su vigor y fuerzas engañados,  
No alzaron su esperanza a aquella cumbre  
De eterna luz, mas con soberbia cierta  
Se ofrecieron la incierta  
Victoria, y sin volver a Dios sus ojos,  
Con yerto cuello y corazón ufano  
Sólo atendieron siempre a los despojos!  
Y el Santo de Israel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.

Vino el día cruel, el día lleno  
de indignación, de ira y furor, que puso  
En soledad y en un profundo llanto,  
De gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
El nuevo sol, presagio de mal tanto,  
Y con terrible espanto  
El Señor visitó sobre sus males,  
Para humillar los fuertes arrogantes,  
Y levantó los bárbaros no iguales,

Que con osados pechos y constantes  
No busquen oro, mas con hierro airado  
La ofensa venguen y el error culpado.

Los impíos y robustos, indignados,  
Las ardientes espadas desnudaron  
Sobre la claridad y hermosura  
De tu gloria y valor, y no cansados  
En tu muerte, tu honor todo afearon,  
Mezquina Lusitania sin ventura;  
Y con frente segura  
Rompieron sin temor con fiero estrago  
Tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tomó sangriento lago,  
La llanura con muertos aspereza;  
Cayó en unos vigor, cayó denuedo;  
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,  
Los fuertes, los belígeros varones  
Que conturbaron con furor la tierra,  
Que sacudieron reinos poderosos,  
Que domaron las hórridas naciones,  
Que pusieron desierto en cruda guerra  
Cuanto el mar Indo encierra,  
Y soberbias ciudades destruyeron?  
¿Dó el corazón seguro y la osadía?  
¿Cómo así se acabaron, y perdieron  
Tanto heroico valor en solo un día;  
Y lejos de su patria derribados,  
No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos, cual hermoso  
Cedro del alto Líbano, vestido  
De ramos, hojas, con excelsa alteza;  
Las aguas lo criaron poderoso  
Sobre empinados árboles crecido,

Y se multiplicaron en grandeza  
Sus ramos con belleza;  
Y extendiendo su sombra, se anidaron  
Las aves que sustenta el grande cielo,  
Y en sus hojas las fieras engendraron,  
E hizo a mucha gente umbroso velo;  
No igualó en celsitud y en hermosura  
Jamás árbol alguno a su figura.

    Pero elevóse con su verde cima,  
Y sublimó la presunción su pecho,  
Desvanecido todo y confiado.  
Haciendo de su alteza sólo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho,  
A los impios y ajenos entregado,  
Por la raíz cortado;  
Que opreso de los montes arrojados,  
Sin ramos y sin hojas y desnudo.  
Huyeron dél los hombres, espantados.  
Que su sombra tuvieron por escudo;  
En su ruina y ramos cuantas fueron  
Las aves y las fieras se pusieron.

    Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
Murió el vencido reino lusitano,  
Y se acabó su generosa gloria.  
No estés alegre y de ufanía llena;  
Porque tu temerosa y flaca mano  
Hubo sin esperanza tal victoria,  
Indigna de memoria;  
Que si el justo dolor mueve a venganza  
Alguna vez el español coraje.  
Despedazada con aguda lanza,  
Compensará muriendo el hecho ultraje;  
Y Luco amedrentado, al mar inmenso  
Pagará de africana sangre el censo.

## JUAN DE ARGUIJO

### 28. AL GUADALQUIVIR, EN UNA AVENIDA

Tú, a quien ofrece el apartado polo,  
Hasta donde su nombre se dilata,  
Preciosos dones de luciente plata,  
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;  
    Para cuya corona, como a solo  
Rey de los ríos, entreteje y ata  
Palas su oliva con la rama ingrata  
Que contempla en tus márgenes Apolo;  
    Claro Guadalquivir, si impetuoso  
Con crespas ondas y mayor corriente  
Cubrieres nuestros campos mal seguros,  
    De la mejor ciudad, por quien famoso  
Alzas igual al mar la altiva frente,  
Respetas humilde los antiguos muros.

### 29. LA TEMPESTAD Y LA CALMA

Yo vi del rojo sol la luz serena  
Turbarse, y que en un punto desaparece  
Su alegre faz, y en torno se oscurece  
El cielo con tiniebla de horror llena.  
    El Austro proceloso airado suena,  
Crece su furia, y la tormenta crece,  
Y en los hombros de Atlante se estremece  
El alto Olimpo y con espanto truena;  
    Mas luego vi romperse el negro velo  
Deshecho en agua, y a su luz primera

Restituirse alegre el claro día,  
Y de nuevo esplendor ornado el cielo  
Miré, y dije: ¿Quién sabe si le espera  
Igual mudanza a la fortuna mía?

### 30. LA AVARICIA

CASTIGA el cielo a Tántalo inhumano,  
Que en impia mesa su rigor provoca,  
Medir queriendo en competencia loca  
Saber divino con engaño humano.

Agua en las aguas busca, y con la mano  
El árbol fugitivo casi toca;  
Huye el copioso Erídano a su boca,  
Y en vez de fruta toca el aire vano.

Tú, que espantado de su pena, admiras  
Que el cercano manjar en largo ayuno  
Al gusto falte y a la vida sobre,

¿Cómo de muchos Tántalos no miras  
Ejemplo igual? Y si codicias uno,  
Mira el avaro, en sus riquezas pobre.

### 31. SONETO

EN segura pobreza vive Eumelo  
Con dulce libertad, y le mantienen  
Las simples aves, que engañadas vienen  
A los lazos y liga sin recelo.

Por mejor suerte no importuna al cielo,  
Ni se muestra envidioso a la que tienen  
Los que con ansia de subir sostienen

En flacas alas el incierto vuelo.  
Muerte tras luengos años no le espanta,  
Ni la recibe con indigna queja.  
Mas con sosiego grato y faz amiga.  
Al fin, muriendo con pobreza tanta,  
Ricos juzga sus hijos, pues les deja  
La libertad, las aves y la liga.

## BALTASAR DEL ALCÁZAR

### 32. UNA CENA

EN Jaén, donde resido,  
Vive don Lope de Sosa,  
Y diréte, Inés, la cosa  
Más brava de él que has oído.

Terna este caballero  
Un criado portugués. . .  
Pero cenemos, Inés,  
Si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta,  
Lo que se ha de cenar junto,  
Las tazas del vino a punto,  
Falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,  
Y échole la bendición;  
Yo tengo por devoción  
De santiguar lo que bebo.

Franco fue, Inés, este toque;  
Pero arrójame la bota,  
Vale un florín cada gota

De aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya. .. de la del Castillo;  
Diez y seis vale el cuartillo:  
No tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor, que es mina  
La taberna de Alcocer;  
Grande consuelo es tener  
La taberna por vecina.

Si es o no invención moderna,  
Vive Dios que no lo sé,  
Pero delicada fue  
La invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
Pido vino de lo nuevo,  
Mídenlo, dánmelo, bebo,  
Págolo y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
No es menester alaballo;  
Sólo una falta le hallo,  
Que con la priesa se acaba.

La ensalada y salpicón  
Hizo fin: ¿qué viene ahora?  
La morcilla, ¡oh gran señora,  
Digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!  
¡Qué través y enjundia tiene!  
Paréceme, Inés, que viene  
Para que demos en ella.

Pues sus, encójase y entre,  
Que es algo estrecho el camino.  
No echas agua. Inés, al vino;  
No se escandalice el vientre.

Echa de lo tras añejo,

Porque con más gusto comas;  
Dios te guarde, que así tomas,  
Como sabia, mi consejo.

Mas di, ¿no adoras y precias  
La morcilla ilustre y rica?  
¡Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
Y asada por esas manos,  
Hechas a cebar lechones.

El corazon me revienta  
De placer; no sé de ti.  
¿Cómo te va? Yo por mí  
Sospecho que estás contenta.

Alegre estoy, vive Dios;  
Mas oye un punto sutil:  
¿No pusiste allí un candil?  
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles;  
Ya sé lo que puede ser:  
Con este negro beber  
Se acrecientan los candiles.

Probemos lo del pichel,  
Alto licor celestial;  
No es el aloquillo tal.  
Ni tiene que ver con él.  
¡Qué suavidad! ¡qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡qué color!  
¡Todo con tanta fineza!

Mas el queso sale a plaza,  
La moradilla va entrando,  
Y ambos vienen preguntando

Por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,  
El de Pinto no le iguala;  
Pues la aceituna no es mala,  
Bien puede bogar su remo.

Haz pues, Inés, lo que sueles,  
Daca de la bota llena  
Seis tragos; hecha es la cena,  
Levántense los manteles.

Ya que, Inés, hemos cenado  
Tan bien y con tanto gusto,  
Parece que será justo  
Volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
Que el portugués cayó enfermo. ..  
Las once dan, yo me duermo;  
Quédese para mañana.

## FRANCISCO DE RIOJA

### 33. A LA ROSA

PURA, encendida rosa,  
Émula de la llama  
Que sale con el día,  
¿Cómo naces tan llena de alegría  
Si sabes que la edad que te da el cielo  
Es apenas un breve y veloz vuelo?  
Y no valdrán las puntas de tu rama  
Ni tu púrpura hermosa  
A detener un punto

La ejecución del hado presurosa.  
El mismo cerco alado,  
Que estoy viendo riente,  
Ya temo amortiguado,  
Presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu crespo seno  
Te dio Amor de sus alas blandas plumas,  
Y oro de su cabello dio a tu frente.  
¡Oh fiel imagen suya peregrina!  
Bañóte en su color sangre divina  
De la deidad que dieron las espumas;  
Y esto, purpúrea flor, y esto ¿no pudo  
Hacer menos violento el rayo agudo?  
Róbate en una hora,  
Róbate licencioso su ardimiento,  
El color y el aliento;  
Tiendes aun no las alas abrasadas,  
Y ya vuelan al suelo desmayadas.  
Tan cerca, tan unida  
Está al morir tu vida,  
Que dudo si en sus lágrimas la aurora  
Mustia tu nacimiento o muerte llora.

## RODRIGO CARO

### 34. A LAS RUINAS DE ITÁLICA

ESTOS, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa;  
Aquí de Cipión la vencedora

Colonia fue; por tierra derribado  
Yace el temido honor de la espantosa  
Muralla, y lastimosa  
Reliquia es solamente  
De su invencible gente.  
Solo quedan memorias funerales  
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;  
Este llano fue plaza, allí fue templo;  
De todo apenas quedan las señales.  
Del gimnasio y las termas regaladas  
Leves vuelan cenizas desdichadas;  
Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,  
Impío honor de los dioses, cuya afrenta  
Publica el amarillo jaramago,  
Ya reducido a trágico teatro,  
¡Oh fábula del tiempo! representa  
Cuánta fue su grandeza y es su estrago.  
¿Cómo en el cerco vago  
De su desierta arena  
El gran pueblo no suena?  
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
Todo desapareció, cambió la suerte  
Voces alegres en silencio mudo;  
Mas aun el tiempo da en estos despojos  
Espectáculos fieros a los ojos,  
Y miran tan confuso lo presente  
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
Gran padre de la patria, honor de España,  
Pío, felice, triunfador Trajano,  
Ante quien muda se postró la tierra

Que ve del sol la cuna y la que baña  
El mar, también vencido, gaditano.  
Aquí de Elio Adriano,  
De Teodosio divino,  
De Silio peregrino  
Rodaron de marfil y oro las cunas.  
Aquí ya de laurel, ya de jazmines  
Coronados los vieron los jardines,  
Que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada  
¡Ay! yace de lagartos vil morada;  
Casas, jardines, Césares murieron,  
Y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
La vista en luengas calles destruidas;  
Mira mármoles y arcos destrozados,  
Mira estatuas soberbias que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas,  
Y ya en alto silencio sepultados  
Sus dueños celebrados.  
Así a Troya figuro,  
Así a su antiguo muro,  
Y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,  
¡Oh patria de los dioses y los reyes!  
Y a ti, a quien no valieron justas leyes,  
Fábrica de Minerva, sabia Atenas,  
Emulación ayer de las edades,  
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,  
Que no os respetó el hado, no la muerte,  
¡Ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama  
En buscar al dolor nuevo argumento?  
Basta ejemplo menor, basta el presente,  
Que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,

Aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento;  
Tal genio o religión fuerza la mente  
De la vecina gente,  
Que refiere admirada  
Que en la noche callada  
Una voz triste se oye, que, llorando  
*Cayó Itálica* dice, y lastimosa,  
Eco reclama *Itálica* en la hojosa  
Selva que se le opone, resonando  
*Itálica*, y el claro nombre oído  
De *Itálica*, renuevan el gemido  
Mil sombras nobles de su gran ruina;  
¡Tanto aun la plebe a sentimiento inclina!

Esta corta piedad que, agradecido  
Huésped, a tus sagrados manes debo,  
Les do y consagro. *Itálica* famosa.  
Tú, si lloroso don han admitido  
Las ingratas cenizas, de que llevo  
Dulce noticia asaz, si lastimosa,  
Permíteme, piadosa  
Usura a tierno llanto,  
Que vea el cuerpo santo  
De Geroncio, tu mártir y prelado.  
Muestra de su sepulcro algunas señas,  
Y cavaré con lágrimas las peñas  
Que ocultan su sarcófago sagrado;  
Pero mal pido el único consuelo  
De todo el bien que airado quitó el cielo.  
Goza en las tuyas sus reliquias bellas  
Para envidia del mundo y sus estrellas.

ANÓNIMO SEVILLANO

(Probablemente Fernández de Andrada)

### 35. EPÍSTOLA MORAL

FABIO, las esperanzas cortesanas  
Prisiones son do el ambicioso muere  
Y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare o las rompiere,  
Ni el nombre de varón ha merecido,  
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido  
Elija, en sus intentos temeroso,  
Primero estar suspenso que caído;

Que el corazón entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dio al prudente  
Que supo retirarse, la fortuna,  
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna  
De contrarios sucesos nos espera  
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar como a la fiera  
Corriente del gran Betis, cuando airado  
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado  
Que el premio mereció, no quien le alcanza  
Por vanas consecuencias del estado.

Peculio propio es ya de la privanza  
Cuanto de Astrea fue, cuando regía  
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía  
Del inicuo procede y pasa al bueno.

¿Qué espera la virtud o qué confía?

Ven y reposa en el materno seno  
De la antigua Romúlea, cuyo clima  
Te será más humano y más sereno.

Adonde por lo menos, cuando oprima  
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:  
«Blanda le sea», al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno  
Cuando te falte en ella el pece raro  
O cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca pues el sosiego dulce y caro,  
Como en la obscura noche del Egeo  
Busca el piloto el eminente faro;

Que si acortas y ciñes tu deseo  
Dirás: «Lo que desprecio he conseguido;  
Que la opinion vulgar es devaneo.»

Más precia el ruiseñor su pobre nido  
De pluma y leves pajas, más sus quejas  
En el bosque repuesto y escondido,

Que halagar lisonjero las orejas  
De algún príncipe insigne; aprisionado  
En el metal de las doradas rejas.

Triste de aquel que vive destinado  
A esa antigua colonia de los vicios,  
Augur de los semblantes del privado.

Cese el ansia y la sed de los oficios;  
Que acepta el don y burla del intento  
El ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,  
Y no le pasarás de hoy a mañana,  
Ni quizá de un momento a otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana  
De nuestra antigua Itálica, y ¿esperas?  
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas  
Del senado y romana monarquía  
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día  
Do apenas sale el sol cuando se pierde  
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, a la mañana verde,  
Seco a la tarde? ¡Oh ciego desvarío!  
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvíó  
De la vida viviendo, y que está unida  
La cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos, que en veloz corrida  
Se llevan a la mar, tal soy llevado  
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?  
O ¿qué tengo yo, a dicha, en la que espero,  
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh, si acabase, viendo cómo muero,  
De aprender a morir antes que llegue  
Aquel forzoso término postrero;

Antes que aquesta mies inútil siegue  
De la severa muerte dura mano,  
Y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano.  
El otoño pasó con sus racimos,  
Pasó el invierno con sus nieves cano;

Las hojas que en las altas selvas vimos  
Cayeron, ¡y nosotros a porfía  
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía  
Las espigas del año y la hartura,  
Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura

A las aguas del cielo y al arado,  
Ni la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fue criado  
El varón para rayo de la guerra.

Para surcar el piélago salado,

Para medir el orbe de la tierra  
Y el cerco donde el sol siempre camina?  
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porción, alta y divina,  
A mayores acciones es llamada  
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella que al hombre sólo es dada,  
Sacra razón y pura, me despierta,  
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fría región dura y desierta  
De aqueste pecho enciende nueva llama,  
Y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,  
Y callado pasar entre la gente,  
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente  
Que maciza las torres de cien codos  
Del cándido metal puro y luciente

Apenas puede ya comprar los modos  
Del pecar; la virtud es más barata,  
Ella consigo misma ruega a todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata  
Por cuantos son los climas y los mares,  
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,  
Un libro y un amigo, un sueño breve,  
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe  
Naturaleza al simple y al discreto,

Y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto  
Que ponga la virtud en ejercicio:  
Que aun esto fue difícil a Epicteto.

Basta al que empieza aborrecer el vicio,  
Y el ánimo enseñar a ser modesto;  
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto  
De sólida virtud; que aun el vicioso  
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso  
Este camino sea al alto asiento,  
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento  
Aquella inteligencia que mensura  
La duración de todo a su talento.

Flor la vimos primero hermosa y pura,  
Luego materia acerba y desabrida,  
Y perfecta después, dulce y madura;

Tal la humana prudencia es bien que mida  
Y dispense y comparta las acciones  
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones  
Que moran nuestras plazas macilentos,  
De la virtud infames histriones;

Esos inmundos trágicos, atentos  
Al aplauso común, cuyas entrañas  
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas  
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres sólo a los mejores,  
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,  
Un estilo común y moderado,  
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado  
Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
Como en el vaso múrrimopreciado;

Y alguno tan ilustre y generoso  
Que usó, como si fuera plata neta,  
Del cristal transparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta  
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,  
Como sueles venir en la saeta,

No en la tonante máquina preñada  
De fuego y de rumor; que no es mi puerta  
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta  
Su esencia la verdad, y mi albedrío  
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,  
Ni al arte de decir, vana y pomposa.  
El ardor atribuyas de este brío.

¿Es por ventura menos poderosa  
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte  
Se arroja al mar, la ira a las espadas,  
Y la ambición se ríe de la muerte.

Y ¿no serán siquiera tan osadas

Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?  
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto simple amé; rompí los lazos.  
Ven y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

## LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

### 36. A LA ESPERANZA

ALIVIA SUS fatigas  
El labrador cansado  
Cuando su yerta barba escarcha cubre,  
Pensando en las espigas  
Del agosto abrasado  
Y en los lagares ricos del octubre;  
La hoz se le descubre  
Cuando el arado apaña,  
Y con dulces memorias le acompaña.  
Carga de hierro duro  
Sus miembros, y se obliga  
El joven al trabajo de la guerra.  
Huye el ocio seguro,  
Trueca por la enemiga  
Su dulce, natural y amiga tierra;  
Mas cuando se destierra  
O al asalto acomete,  
Mil triunfos y mil glorias se promete.  
La vida al mar confía,  
Y a dos tablas delgadas,

El otro, que del oro está sediento.  
Escóndesele el día,  
Y las olas hinchadas  
Suben a combatir el firmamento;  
Él quita el pensamiento  
De la muerte vecina,  
Y en el oro lo pone y en la mina.  
Deja el lecho caliente  
Con la esposa dormida  
El cazador solícito y robusto.  
Sufre el cierzo inclemente,  
La nieve endurecida,  
Y tiene de su afán por premio justo  
Interrumpir el gusto  
Y la paz de las fieras  
En vano cautas, fuertes y ligeras.  
Premio y cierto fin tiene  
Cualquier trabajo humano,  
Y el uno llama al otro sin mudanza;  
El invierno entretiene  
La opinión del verano,  
Y un tiempo sirve al otro de templanza.  
El bien de la esperanza  
Solo quedó en el suelo,  
Cuando todos huyeron para el cielo.  
Si la esperanza quitas.  
¿Qué le dejas al mundo?  
Su máquina disuelves y destruyes;  
Todo lo precipitas  
En olvido profundo,  
Y ¿del fin natural, Flérida, huyes?  
Si la cerviz rehuyes  
De los brazos amados,  
¿Qué premio piensas dar a los cuidados?

Amor, en diferentes  
Géneros dividido,  
Él publica su fin, y quien le admite.  
Todos los accidentes  
De un amante atrevido  
(Niéguelo o disimúlelo) permite.  
Limite pues, limite  
La vana resistencia;  
Que, dada la ocasión, todo es licencia.

### 37. AL SUEÑO

IMAGEN espantosa de la muerte,  
Sueño crüel, no turbes más mi pecho,  
Mostrándome cortado el nudo estrecho,  
Consuelo solo de mi adversa suerte.  
Busca de algún tirano el muro fuerte,  
De jaspe las paredes, de oro el techo,  
O el rico avaro en el angosto lecho  
Haz que temblando con sudor despierte.  
El uno vea el popular tumulto  
Romper con furia las herradas puertas,  
O al sobornado siervo el hierro oculto.  
El otro sus riquezas, descubiertas  
Con llave falsa o con violento insulto,  
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

### 38. LA VIDA EN EL CAMPO

LLEVÓ tras sí los pámpanos octubre,  
Y con las grandes lluvias insolente,

No sufre Ibero márgenes ni puente,  
Mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre  
Coronada de nieve la alta frente;  
Y el sol apenas vemos en oriente,  
Cuando la opaca tierra nos lo encubre.

Sienten el mar y selvas ya la saña  
Del Aquilón, y encierra su bramido  
Gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio, en el umbral de Tais tendido  
Con vergonzosas lágrimas lo baña.  
Debiéndolas al tiempo que ha perdido.

## BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

### 39. LA PROVIDENCIA

«DIME, Padre común, pues eres justo,  
¿Por qué ha de permitir tu providencia  
Que, arrastrando prisiones la inocencia,  
Suba la fraude a tribunal augusto?

»¿Quién da fuerzas al brazo que robusto  
Hace a tus leyes firme resistencia,  
Y que el celo, que más la reverencia,  
Gima a los pies del vencedor injusto?

»Vemos que vibran victoriosas palmas  
Manos inicuas, la virtud gimiendo  
De triunfo en el injusto regocijo.»

Esto decía yo, cuando riendo  
Celestial ninfa apareció, y me dijo:  
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

# LOPE DE VEGA

## 40. CANCIÓN

¡OH libertad preciosa,  
No comparada al oro,  
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra!  
Más rica y más gozosa  
Que el precioso tesoro  
Que el mar del sur entre su nácar cierra;  
Con armas, sangre y guerra,  
Con las vidas y famas,  
Conquistada en el mundo;  
Paz dulce, amor profundo,  
Que el mal apartas y a tu bien nos llamas:  
En ti sola se anida  
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.

Cuando de las humanas  
Tinieblas vi del cielo  
La luz, principio de mis dulces días,  
Aquellas tres hermanas  
Que nuestro humano velo  
Tejiendo, llevan por inciertas vías,  
Las duras penas mías  
Trocaron en la gloria  
Que en libertad poseo,  
Con siempre igual deseo,  
Donde verá por mi dichosa historia,  
Quien más leyere en ella,  
Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exento  
Desta montaña y prado.  
Gozo la gloria y libertad que tengo.

Soberbio pensamiento  
Jamás ha derribado  
La vida humilde y pobre que sostengo.  
Cuando a las manos vengo  
Con el muchacho ciego,  
Haciendo rostro embisto,  
Venzo, triunfo y resisto  
La flecha, el arco, la ponzoña, el fuego,  
Y con libre albedrío  
Lloro el ajeno mal y canto el mío.

    Cuando el aurora baña  
Con helado rocío  
De aljófara celestial el monte y prado,  
Salgo de mi cabaña,  
Riberas deste río,  
A dar el nuevo pasto a mi ganado,  
Y cuando el sol dorado  
Muestra sus fuerzas graves,  
Al sueño el pecho inclino  
Debajo un sauce o pino,  
O ya gozando el aura,  
Oyendo el son de las parleras aves,  
Donde el perdido aliento se restaura.

    Cuando la noche oscura  
Con su estrellado manto  
El claro día en su tiniebla encierra,  
Y suena en la espesura  
El tenebroso canto  
De los nocturnos hijos de la tierra,  
Al pie de aquesta sierra  
Con rústicas palabras  
Mi ganadillo cuento  
Y el corazón contento  
Del gobierno de ovejas y de cabras,

La temerosa cuenta  
Del cuidadoso rey me representa.  
    Aquí la verde pera  
Con la manzana hermosa,  
De gualda y roja sangre matizada,  
Y de color de rosa  
La cermeña olorosa  
Tengo, y la endrina de color morada;  
Aquí de la enramada  
Parra que al olmo enlaza,  
Melosas uvas cojo;  
Y en cantidad recojo,  
Al tiempo que las ramas desenlaza  
El caluroso estío,  
Membrillos que coronan este río.

    No me da descontento  
El hábito costoso  
Que de lascivo el pecho noble infama;  
Es mi dulce sustento  
Del campo generoso  
Estas silvestres frutas que derrama;  
Mi regalada cama  
De blandas pieles y hojas,  
Que algún rey la envidiara,  
Y de ti, fuente clara,  
Que bullendo, el arena y agua arrojas,  
Estos cristales puros,  
Sustentos pobres, pero bien seguros.

    Estése el cortesano  
Procurando a su gusto  
La blanda cama y el mejor sustento;  
Bese la ingrata mano  
Del poderoso injusto,  
Formando torres de esperanza al viento

Viva y muera sediento  
Por el honroso oficio,  
Y goce yo del suelo,  
Al aire, al sol y al hielo,  
Ocupado en mi rústico ejercicio;  
Que más vale pobreza  
En paz, que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso  
Ni al rico lisonjeo,  
Ni soy camaleón del que gobierna,  
Ni me tiene envidioso  
La ambición y deseo  
De ajena gloria ni de fama eterna;  
Carne sabrosa y tierna,  
Vino aromatizado,  
Pan blanco de aquel día,  
En prado, en fuente fría.  
Halla un pastor con hambre fatigado;  
Que el grande y el pequeño  
Somos iguales lo que dura el sueño.

#### 41. [ROMANCE]

A MIS soledades voy,  
De mi soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos.

¡No sé qué tiene la aldea  
Donde vivo y donde muero,  
Que con venir de mí mismo  
No puedo venir más lejos!

Ni estoy bien ni mal conmigo;  
Mas dice mi entendimiento

Que un hombre que todo es alma  
Está cautivo en su cuerpo.

Entiendo lo que me basta,  
Y solamente no entiendo  
Cómo se sufre a sí mismo  
Un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,  
Fácilmente me defiendo;  
Pero no puedo guardarme  
De los peligros de un necio.

Él dirá que yo lo soy,  
Pero con falso argumento;  
Que humildad y necedad  
No caben en un sujeto.

La diferencia conozco,  
Porque en él y en mí contemplo,  
Su locura en su arrogancia,  
Mi humildad en su desprecio.

O sabe naturaleza  
Más que supo en otro tiempo,  
O tantos que nacen sabios  
Es porque lo dicen ellos.

«Sólo sé que no sé nada»,  
Dijo un filósofo, haciendo  
La cuenta con su humildad,  
Adonde lo más es menos.

No me precio de entendido,  
De desdichado me precio;  
Que los que no son dichosos,  
¿Cómo pueden ser discretos?

No puede durar el mundo,  
Porque dicen, y lo creo,  
Que suena a vidrio quebrado  
Y que ha de romperse presto.

Señales son del juicio  
Ver que todos le perdemos.  
Unos por carta de más,  
Otros por carta de menos.  
Dijeron que antiguamente  
Se fue la verdad al cielo:  
Tal la pusieron los hombres  
Que desde entonces no ha vuelto.

En dos edades vivimos  
Los propios y los ajenos,  
La de plata los extraños,  
Y la de cobre los nuestros.

¿A quien no dará cuidado,  
Si es español verdadero,  
Ver los hombres a lo antiguo  
Y el valor a lo moderno?

Todos andan bien vestidos  
Y quejándose de los precios;  
De medio arriba, romano,  
De medio abajo, romeros.

Dijo Dios que comería  
Su pan el hombre primero  
Con el sudor de su cara,  
Por quebrar su mandamiento;

Y algunos inobedientes  
A la vergüenza y al miedo,  
Con las prendas de su honor  
Han trocado los efectos.

Virtud y filosofía  
Peregrinan como ciegos:  
El uno se lleva al otro,  
Llorando van y pidiendo.

Dos polos tiene la tierra,  
Universal movimiento,

La mejor vida el favor,  
La mejor sangre el dinero.  
    Oigo tañer las campanas,  
Y no me espanto, aunque puedo,  
Que en lugar de tantas cruces  
Haya tantos hombres muertos.  
    Mirando estoy los sepulcros  
Cuyos mármoles eternos  
Están diciendo sin lengua  
Que no lo fueron sus dueños.  
    ¡Oh, bien haya quien los hizo,  
Porque solamente en ellos  
De los poderosos grandes  
Se vengaron los pequeños!  
    Fea pintan a la envidia:  
Yo confieso que la tengo  
De unos hombres que no saben  
Quién vive pared en medio.  
    Sin libros y sin papeles.  
Sin tratos, cuentas ni cuentos,  
Cuando quieren escribir  
Piden prestado el tintero.  
    Sin ser pobres ni ser ricos,  
Tienen chimenea y huerto;  
No los despiertan cuidados,  
    Ni pretensiones, ni pleitos.  
Ni murmuraron del grande,  
Ni ofendieron al pequeño;  
Nunca, como yo, firmaron  
Parabién, ni pascua dieron.  
    Con esta envidia que digo,  
Y lo que paso en silencio,  
A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo.

## 42. [La BARQUILLA]

¡POBRE barquilla mía,  
Entre peñascos rota,  
Sin velas desvelada,  
Y entre las olas sola!

¿Adonde vas perdida?  
¿Adonde, di, te engolfas?  
Que no hay deseos cuerdos  
Con esperanzas locas.

Como las altas naves,  
Te apartas animosa  
De la vecina tierra,  
Y al fiero mar te arrojas.

Igual en las fortunas,  
Mayor en las congojas,  
Pequeña en las defensas,  
Incitas a las ondas.

Advierte que te llevan  
A dar entre las rocas  
De la soberbia envidia,  
Naufragio de las honras.

Cuando por las riberas  
Andabas costa a costa,  
Nunca del mar temiste  
Las iras procelosas.

Segura navegabas;  
Que por la tierra propia  
Nunca el peligro es mucho  
Adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria  
No es la virtud dichosa,  
Ni se estima la perla

Hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas  
Con el favor en popa,  
Saliendo desdichadas,  
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos  
De las que van y toman,  
Que a muchas ha perdido  
La dicha de las otras.

Para los altos mares  
No llevas, cautelosa,  
Ni velas de mentiras,  
Ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?  
Vuelve, vuelve la proa;  
Que presumir de nave  
Fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?  
¿Qué ricas banderolas  
Azote son del viento  
Y de las aguas sombra?

¿En qué gavia descubres  
Del árbol alta copa,  
La tierra en perspectiva.  
Del mar incultas orlas?

¿En qué celajes fundas  
Que es bien echar la sonda,  
Cuando, perdido el rumbo,  
Erraste la derrota?

Si te sepulta arena,  
¿Qué sirve fama heroica?  
Que nunca desdichados  
Sus pensamientos logran.

¿Qué importa que te ciñan

Ramas verdes o rojas,  
Que en selvas de corales  
Salado césped brota?  
    Laureles de la orilla  
Solamente coronan  
Navíos de alto bordo  
Que jarcias de oro adornan.

    No quieras que yo sea,  
Por tu soberbia pompa,  
Faetonte de barqueros  
Que los laureles lloran.

    Pasaron ya los tiempos  
Cuando lamiendo rosas  
El céfiro bullía

    Y suspiraba aromas.  
Ya fieros huracanes  
Tan arrogantes soplan  
Que, salpicando estrellas,  
De sol la frente mojan;

    Ya los valientes rayos  
De la vulcana forja.  
En vez de torres altas,  
Abrasan pobres chozas.

    Contenta con tus redes,  
A la playa arenosa  
Mojado me sacabas;  
Pero vivo, ¿qué importa?

    Cuando de rojo nácar  
Se afeitaba la aurora,  
Más peces te llenaban  
Que ella lloraba aljófar.

    Al bello sol que adoro,  
Enjuta ya la ropa.  
Nos daba una cabaña

La cama de sus hojas.

Esposo me llamaba,  
Yo la llamaba esposa,  
Parándose de envidia  
La celestial antorcha.

Sin pleito, sin disgusto,  
La muerte nos divorcia:  
¡Ay de la pobre barca  
Que en lágrimas se ahoga!

Quedad sobre la arena,  
Inútiles escotas;  
Que no ha menester velas  
Quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas  
Las fijas luces doras,  
¡Oh dueño de mi barca!  
Y en dulce paz reposas.

Merezca que le pidas  
Al bien que eterno gozas,  
Que adonde estás, me lleve,  
Más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue;  
Que no es digna victoria  
Para quejas humanas  
Ser las deidades sordas.

Mas ¡ay que no me escuchas!  
Pero la vida es corta:  
Viviendo, todo falta;  
Muriendo, todo sobra.

#### 43. JUDIT

CUELGA sangriento de la cama al suelo

El hombro diestro del feroz tirano,  
Que opuesto al muro de Betulia en vano.  
Despidió contra sí rayos al ciclo.

Revuelto con el ansia el rojo velo  
Del pabellón a la siniestra mano,  
Descubre el espectáculo inhumano  
Del tronco horrible, convertido en hielo.

Vertido Baco, el fuerte arnés afea  
Los vasos y la mesa derribada.  
Duermen los guardas, que tan mal emplea;  
Y sobre la muralla, coronada  
Del pueblo de Israel, la casta hebrea  
Con la cabeza resplandece armada.

#### 44. SONETO

SUELTA mi manso, mayoral extraño,  
Pues otro tienes tú de igual decoro:  
Suelta la prenda que en el alma adoro,  
Perdida por tu bien y por mi daño.

Ponle su esquila de labrado estaño,  
Y no le engañen tus collares de oro:  
Toma en albricias este blanco toro  
Que a las primeras yerbas cumple un año.

Si pides señas, tiene el vellocino  
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene  
Como durmiendo en regalado sueño.

Si piensas que no soy su dueño, Alcino,  
Suelta, y verásle si a mi choza viene;  
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

#### 45. SONETO

¿QUÉ tengo yo, que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
Que a mi puerta, cubierto de rocío,  
Pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,  
Pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
Si de mi ingratitud el hielo frío  
Secó las llagas de tus plantas puras!  
¡Cuántas veces el ángel me decía:  
«Alma, asómate ahora a la ventana;  
Verás con cuánto amor llamar porfía!»  
Y ¡cuántas, hermosura soberana,  
«Mañana le abriremos», respondía,  
Para lo mismo responder mañana!

#### 46. SONETO

PASTOR, que con tus silbos amorosos  
Me despertaste del profundo sueño;  
Tú, que hiciste cayado dese leño  
En que tiendes los brazos poderosos;  
Vuelve los ojos a mi fe piadosos,  
Pues te confieso por mi amor y dueño,  
Y la palabra de seguirte empeño  
Tus dulces silbos y tus pies hermosos.  
Oye, Pastor que por amores mueres,  
No te espante el rigor de mis pecados,  
Pues tan amigo de rendidos eres;  
Espera pues, y escucha mis cuidados;  
Pero ¿cómo te digo que me esperes,  
Si estás para esperar los pies clavados?

## 47. TEMORES EN EL FAVOR

CUANDO en mis manos, Rey eterno, os miro,  
Y la cándida víctima levanto.

De mi atrevida indignidad me espanto,  
Y la piedad de vuestro pecho admiro.

Tal vez el alma con temor retiro,  
Tal vez la doy al amoroso llanto;  
Que, arrepentido de ofenderos tanto,  
Con ansias temo y con dolor suspiro.

Volved los ojos a mirarme humanos;  
Que por las sendas de mi error siniestras  
Me despeñaron pensamientos vanos.

No sean tantas las miserias nuestras  
Que a quien os tuvo en sus indignas manos  
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

## LUIS DE GONGORA

### 48. [ROMANCE DE ANGÉLICA Y MEDORO]

EN un pastoral albergue  
Que la guerra entre unos robles  
Lo dejó por escondido  
O lo perdonó por pobre,

Do la paz viste pellico  
Y conduce entre pastores  
Ovejas del monte al llano  
Y cabras del llano al monte,

Mal herido y bien curado,  
Se alberga un dichoso joven,

Que sin clavarle Amor flecha  
Le coronó de favores.

Las venas con poca sangre,  
Los ojos con mucha noche,  
Lo halló en el campo aquella  
Vida y muerte de los hombres.

Del palafrén se derriba,  
No porque al moro conoce,  
Sino por ver que la yerba  
Tanta sangre paga en flores.

Limpíale el rostro, y la mano  
Siente al Amor que se esconde  
Tras las rosas, que la muerte  
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas,  
Porque labren sus arpones  
El diamante del Catay  
Con aquella sangre noble.

Ya le regala los ojos,  
Ya le entra, sin ver por dónde,  
Una piedad mal nacida  
Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,  
Ya despide el primer golpe  
Centellas de agua, ¡oh piedad,  
Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica a sus llagas,  
Que si no sanan entonces,  
En virtud de tales manos  
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,  
Mas ella sus velos rompe  
Para ligar sus heridas;

Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba  
Cuando el cielo la socorre  
De un villano en una yegua  
Que iba penetrando el bosque.

Enfrénante de la bella  
Las tristes piadosas voces,  
Que los firmes troncos mueven  
Y las sordas piedras oyen;  
Y la que mejor se halla  
En las selvas que en la corte.  
Simple bondad, al pío ruego  
Cortésmente corresponde.

Humilde se apea el villano,  
Y sobre la yegua pone  
Un cuerpo con poca sangre,  
Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía;  
Que el sol deja su horizonte  
Y el humo de su cabaña  
Le va sirviendo de norte.

Llegaron temprano a ella,  
Do una labradora acoge  
Un mal vivo con dos almas.  
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma  
Para lecho les compone,  
Que será tálamo luego  
Do el garzón sus dichas logre.

Las manos, pues, cuyos dedos  
Desta vida fueron dioses,  
Restituyen a Medoro  
Salud nueva, fuerzas dobles,  
Y le entregan, cuando menos,  
Su beldad y un reino en dote,

Segunda envidia de Marte,  
Primera dicha de Adonis.

Corona un lascivo enjambre  
De cupidillos menores  
La choza, bien como abejas  
Hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando  
A un áspid la envidia torpe,  
Contando de las palomas  
Los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,  
Haciendo la cuerda azote,  
Porque el caso no se infame  
Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,  
Su vestido espira olores,  
El lunado arco suspende  
Y el corvo alfanje depone.

Tórtolas enamoradas  
Son sus roncós atambores,  
Y los volantes de Venus  
Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella,  
Vuela el cabello sin orden;  
Si lo abrocha, es con claveles,  
Con jazmines si lo coge.

El pie calza en lazos de oro,  
Porque la nieve se goce,  
Y no se vaya por pies  
La hermosura del orbe.

Todo sirve a los amantes,  
Plumas les baten veloces,  
Airecillos lisonjeros,  
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,  
Los árboles pabellones.  
La apacible fuente sueño,  
Música los ruiseñores.

Los troncos les dan cortezas,  
En que se guarden sus nombres  
Mejor que en tablas de mármol  
O que en láminas de bronce.

No hay verde fresno sin letra,  
Ni blanco chopo sin mote;  
Si un valle *Angélica* suena,  
Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas  
Deja que sombras las moren,  
Profanan con sus abrazos  
A pesar de sus horrores.

Choza, pues, tálamo y lecho,  
Cortesianos labradores,  
Aires, campos, fuentes, vegas,  
Cuevas, troncos, aves, flores,

Fresnos, chopos, montes, valles,  
Contestes destes amores,  
El cielo os guarde, si puede,  
De las locuras del Conde.

#### 49. ROMANCE

SERVÍA en Orán al Rey  
Un español con dos lanzas,  
Y con el alma y la vida  
A una gallarda africana,  
Tan noble como hermosa,  
Tan amante como amada.

Con quien estaba una noche  
Cuando tocaron al arma.

Trescientos Zenetes eran  
Deste rebato la causa;  
Que los rayos de la luna  
Descubrieron las adargas;

Las adargas avisaron  
A las mudas atalayas,  
Las atalayas los fuegos,  
Los fuegos a las campanas;

Y ellas al enamorado.  
Que en los brazos de su dama  
Oyó el militar estruendo  
De las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican  
Y freno de amor le para;  
No salir es cobardía.  
Ingratitud es dejarla.

Del cuello pendiente ella,  
Viéndole tomar la espada,  
Con lágrimas y suspiros  
Le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,  
Bañen mis ojos la cama;  
Que ella me será también,  
Sin vos, campo de batalla.

»Vestios y salid apriesa,  
Que el general os aguarda;  
Yo os hago a vos mucha sobra  
Y vos a él mucha falta.

»Bien podéis salir desnudo  
Pues mi llanto no os ablanda;  
Que tenéis de acero el pecho  
Y no habéis menester armas.»

Viendo el español brioso  
Cuánto le detiene y habla,  
Le dice así: «Mi señora,  
Tan dulce como enojada,  
    »Porque con honra y amor  
Yo me quede, cumpla y vaya,  
Vaya a los moros el cuerpo,  
Y quede con vos el alma.  
    »Concededme, dueña mía,  
Licencia para que salga  
Al rebato en vuestro nombre,  
Y en vuestro nombre combata.

## 50. ROMANCE

ENTRE los sueltos caballos  
De los vencidos Zenetes,  
Que por el campo buscaban  
Entre lo rojo lo verde.

Aquel español de Orán  
Un suelto caballo prende,  
Por sus relinchos lozano  
Y por sus cernejas fuerte,  
Para que lo lleve a él,  
Y a un moro cautivo lleve,  
Que es uno que ha cautivado,  
Capitán de cien Zenetes.

En el ligero caballo  
Suben ambos, y él parece,  
De cuatro espuelas herido,  
Que cuatro vientos lo mueven.

Triste camina el alarbe,  
Y lo más bajo que puede  
Ardientes suspiros lanza  
Y amargas lágrimas vierte.

Admirado el español  
De ver cada vez que vuelve  
Que tan tiernamente llore  
Quien tan duramente hiere,

Con razones le pregunta  
Comedidas y corteses  
De sus suspiros la causa,  
Si la causa lo consiente.

El cautivo, como tal,  
Sin excusarlo, obedece,

Y a su piadosa demanda  
Satisface desta suerte:

«Valiente eres, capitán,  
Y cortés como valiente;  
Por tu espada y por tu trato  
Me has cautivado dos veces.

»Preguntado me has la causa  
De mis suspiros ardientes,  
Y débote la respuesta  
Por quien soy y por quien eres.

»Yo nací en Gelves el año  
Que os perdisteis en los Gelves,  
De una berberisca noble  
Y de un turco mata-siete.

»En Tremecén me crié  
Con mi madre y mis parientes  
Después que murió mi padre,  
Corsario de tres bajeles.

»Junto a mi casa vivía,  
Porque más cerca muriese,  
Una dama del linaje  
De los nobles Melioneses:

»Extremo de las hermosas,  
Cuando no de las crüeles,  
Hija al fin destas arenas  
Engendradoras de sierpes.

»Era tal su hermosura,  
Que se hallaran claveles  
Más ciertos en sus dos labios  
Que en los dos floridos meses.

»Cada vez que la miraba  
Salía el sol por su frente.  
De tantos rayos vestidos  
Cuantos cabellos contiene.

»Juntos así nos criamos,  
Y Amor en nuestras niñeces  
Hirió nuestros corazones  
Con arpones diferentes.

»Labró el oro en mis entrañas  
Dulces lazos, tiernas redes,  
Mientras el plomo en las tuyas  
Libertades y desdenes.

»Mas, ya la razón sujeta,  
Con palabras me requiere  
Que su crueldad le perdone  
Y de su beldad me acuerde;

»Y apenas vide trocada  
La dureza desta sierpe,  
Cuando tú me cautivaste;  
Mira si es bien que lamente.

»Ésta, español, es la causa  
Que a llanto pudo moverme;  
Mira si es razón que llore  
Tantos males juntamente.»

Conmovido el capitán  
De las lágrimas que vierte,  
Parando el veloz caballo.  
Que paren sus males quiere.

«Gallardo moro, le dice,  
Si adoras como refieres,  
Y si como dices amas.  
Dichosamente padeces.

»¿Quién pudiera imaginar,  
Viendo tus golpes crueles,  
Que cupiera alma tan tierna  
En pecho tan duro y fuerte?

»Si eres del Amor cautivo,  
Desde aquí puedes volverte;

Que me pedirán por robo  
Lo que entendí que era suerte.

»Y no quiero por rescate  
Que tu dama me presente  
Ni las alfombras más finas  
Ni las granas más alegres.

»Anda con Dios, sufre y ama,  
Y vivirás si lo hicieres,  
Con tal que cuando la veas  
Pido que de mí te acuerdes.

Apeóse del caballo,  
Y el moro tras él descende,  
Y por el suelo postrado,  
La boca a sus pies ofrece.

«Vivas mil años, le dice,  
Noble capitán, valiente,  
Que ganas más con librarme  
Que ganaste con prenderme.

»Alá se quede contigo  
Y te dé victoria siempre  
Para que extiendas tu fama  
Con hechos tan excelentes.»

## 51. LETRILLA

*ANDE yo caliente,  
Y ríase la gente.*

Traten otros del gobierno  
Del mundo y sus monarquías,  
Mientras gobiernan mis días  
Mantequillas y pan tierno,  
Y las mañanas de invierno

Naranjada y aguardiente,  
*Y ríase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
El príncipe mil cuidados  
Como píldoras dorados;  
Que yo en mi pobre mesilla  
Quiero más una morcilla  
Que en el asador reviente,  
*Y ríase la gente.*

Cuando cubra las montañas  
De plata y nieve el enero  
Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas,  
Y quien las dulces patrañas  
Del rey que rabió me cuente,  
*Y ríase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles;  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando a Filomena  
Sobre el chopo de la fuente,  
*y ríase la gente.*

Pase a media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
Que yo más quiero pasar  
De Yepes a Madrigar  
La regalada corriente,  
*Y ríase la gente.*

Pues Amor es tan crüel  
Que de Píramo y su amada  
Hace tálamo una espada,  
Do se junten ella y él,  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente,  
*Y ríase la gente.*

## 52. LETRILLA

LA más bella niña  
De nuestro lugar,  
Hoy viuda y sola  
Y ayer por casar,  
Viendo que sus ojos  
A la guerra van,  
A su madre dice  
Que escucha su mal:  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

Pues me disteis, madre,  
En tan tierna edad  
Tan corto el placer,  
Tan largo el penar,  
Y me cautivasteis  
De quien hoy se va  
Y lleva las llaves  
De mi libertad,  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

En llorar conviertan  
Mis ojos de hoy más  
El sabroso oficio

Del dulce mirar.  
Pues que no se pueden  
Mejor ocupar  
Yéndose a la guerra  
Quien era mi paz.  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

    No me pongáis freno  
Ni queráis culpar;  
Que lo uno es justo,  
Lo otro por demás.  
Si me queréis bien  
No me hagáis mal;  
Harto peor fuera  
Morir y callar.  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

    Dulce madre mía,  
¿Quién no llorará.  
Aunque tenga el pecho  
Como un pedernal,  
Y no dará voces  
Viendo marchitar  
Los más verdes años  
De mi mocedad?  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

    Váyanse las noches,  
Pues ido se han  
Los ojos que hacían  
Los míos velar;  
Váyanse, y no vean  
Tanta soledad  
Después que en mi lecho

Sobra la mitad.  
Dejadme llorar  
Orillas del mar.

## FRANCISCO DE QUEVEDO

### 53. AL SUEÑO

¿CON qué culpa tan grave.  
Sueño blando y süave,  
Pude en largo destierro merecerte  
Que se aparte de mí tu olvido manso?  
Pues no te busco yo por ser descanso,  
Sino por muda imagen de la muerte.  
Cuidados veladores  
Hacen inobedientes mis dos ojos  
A la ley de las horas:  
No han podido vencer a mis dolores  
Las noches, ni dar paz a mis enojos.  
Madrugan más en mí que en las auroras  
Lágrimas a este llano;  
Que amanece a mi mal siempre temprano;  
Y tanto, que persuade la tristeza  
A mis dos ojos, que nacieron antes  
Para llorar que para ver. Tú, sueño,  
De sosiego los tienes ignorantes,  
De tal manera, que al morir el día  
Con luz enferma vi que permitía  
El sol que le mirasen en Poniente.  
Con pies torpes al punto, ciega y fría,  
Cayó de las estrellas blandamente

La noche, tras las pardas sombras mudas.  
Que el sueño persuadieron a la gente.  
Escondieron las galas a los prados  
Y quedaron desnudas  
Estas laderas y sus peñas solas:  
Duermen ya entre sus montes recostados  
Los mares y las olas.  
Si con algún acento  
Ofenden las orejas,  
Es que entre sueños dan al cielo quejas  
Del yerto lecho y duro acogimiento,  
Que blandos hallan en los cerros duros.  
Los arroyuelos puros  
Se adormecen al son del llanto mío,  
Y a su modo también se duerme el río.  
    Con sosiego agradable  
Se dejan poseer de ti las flores;  
Mudos están los males,  
No hay cuidado que hable.  
Faltan lenguas y voz a los dolores,  
Y en todos los mortales  
Yace la vida envuelta en alto olvido.  
Tan sólo mi gemido  
Pierde el respeto a tu silencio santo:  
Yo tu quietud molesto con mi llanto,  
Y te desacredito  
El nombre de callado, con mi grito.  
Dame, cortés mancebo, algún reposo:  
No seas digno del nombre de avariento  
En el más desdichado y firme amante  
Que lo merece ser por dueño hermoso.  
Débate alguna pausa mi tormento.  
Gozante en las cabañas  
Y debajo del cielo

Los ásperos villanos;  
Hállate en el rigor de los pantanos  
Y encuéntrate en las nieves y en el hielo  
El soldado valiente,  
Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente,  
Entre mi pensamiento y mi deseo.  
Ya, pues, con dolor creo  
Que eres más riguroso que la tierra,  
Más duro que la roca.  
Pues te alcanza el soldado envuelto en guerra,  
Y en ella mi alma por jamás te toca.  
Mira que es gran rigor: dame siquiera  
Lo que de ti desprecia tanto avaro,  
Por el oro en que alegre considera,  
Hasta que da la vuelta el tiempo claro;  
Lo que había de dormir en blando lecho  
Y da el enamorado a su señora,  
Y a ti se te debía de derecho.  
Dame lo que desprecia de ti ahora  
Por robar el ladrón; lo que desecha  
El que envidiosos celos tuvo y llora.  
Quede en parte mi queja satisfecha:  
Tócame con el cuento de tu vara;  
Oirán siquiera el ruido de tus plumas  
Mis desventuras sumas;  
Que yo no quiero verte cara a cara,  
Ni que hagas más caso  
De mí, que hasta pasar por mí de paso;  
O que a tu sombra negra por lo menos,  
Si fueres a otra parte peregrino,  
Se le haga camino  
Por estos ojos de sosiego ajenos.  
Quítame, blando sueño, este desvelo,  
O de él alguna parte,

Y te prometo, mientras viere el cielo,  
De desvelarme sólo en celebrarte.

#### 54. EPÍSTOLA SATÍRICA Y CENSORIA

contra las costumbres presentes de los castellanos, escrita al Conde-  
Duque de Olivares.

No he de callar, por más que con el dedo,  
Ya tocando la boca, ya la frente,  
Me representes o silencio o miedo.

¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

Hoy sin miedo que libre escandalice  
Puede hablar el ingenio, asegurado  
De que mayor poder le atemorice.

En otros siglos pudo ser pecado  
Severo estudio y la verdad desnuda,  
Y romper el silencio el bien amado.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda  
Que es lengua la verdad de Dios severo  
Y la lengua de Dios nunca fue muda.

Son la verdad y Dios, Dios verdadero:  
Ni eternidad divina los separa,  
Ni de los dos alguno fue primero.

Si Dios a la verdad se adelantara,  
Siendo verdad, que rabría de ser hubiera  
Verdad, antes que fuera y empezara.

La justicia de Dios es verdadera,  
Y la misericordia, y todo cuanto  
Es Dios es la verdad siempre severa.

Señor Excelentísimo, mi llanto

Ya no consiente márgenes ni orillas:  
Inundación será la de mi canto:

Veránse sumergidas mis mejillas,  
La vista por dos urnas derramada  
Sobre el sepulcro de las dos Castillas.

Yace aquella virtud desaliñada  
Que fue, si menos rica, más temida.  
En vanidad y en ocio sepultada.

Y aquella libertad esclarecida  
Que donde supo hallar honrada muerte  
Nunca quiso tener más larga vida.

Y pródiga del alma, nación fuerte  
Contaba en las afrentas de los años  
Envejecer en brazos de la suerte.

La dilación del tiempo, y los engaños  
Del paso de las horas y del día  
Impaciente acusaba a los extraños.

Nadie contaba cuánta edad vivía,  
Sino de qué manera: sola una hora  
Lograba con afán su valentía.

La robusta virtud era señora,  
Y sola dominaba al pueblo rudo:  
Edad, si mal hablada, vencedora.

El temor de la mano daba escudo  
Al corazón, que, en ella confiado,  
Todas las armas despreció desnudo.

Multiplicó en escuadras un soldado  
Su honor precioso, en ánimo valiente,  
De sola honesta obligación armado.

Y debajo del Sol aquella gente,  
Si no a más descansado, a más honroso  
Sueño entregó los ojos, no la mente.

Hilaba la mujer para su esposo  
La mortaja primero que el vestido;

Menos le vio galán que peligroso.

Acompañaba el lado del marido  
Más veces en la hueste que en la cama;  
Sano le aventuró, vengóle herido.

Todas matronas y ninguna dama,  
Que nombres del halago cortesano  
No admitió lo severo de su fama.

Derramado y sonoro el Oceáno  
Era divorcio de las ricas minas  
Que volaron la paz del pecho humano.

Ni les trajo costumbres peregrinas  
El áspero dinero, ni el Oriente  
Compró la honestidad con piedras finas.

Joya fue la virtud pura y ardiente;  
Gala en merecimiento y alabanza;  
Sólo se codiciaba lo decente.

No de la pluma dependió la lanza,  
Ni el cántabro con cajas y tinteros  
Hizo el campo heredad, sino matanza.

Y España con legítimos dineros,  
No amartelaba el crédito a Liguria;  
Más quiso los turbantes que los ceros.

Menos fuera la pérdida y la injuria  
Si se volvieran Muzas los asientos,  
Cuanto es peor la usura que la furia.

Caducaban las aves en los vientos,  
Y espiraba decrepito el venado:  
Grande vejez duró en los elementos.

Que el vientre entonces, bien disciplinado,  
Buscó satisfacción y no hartura,  
Y estaba la garganta sin pecado.

Del mayor infanzón de aquella pura  
República de grandes hombres, era  
Una vaca sustento y armadura.

No había venido al gusto lisonjera  
La pimienta arrugada, ni del clavo  
La adulación fragante forastera.

Carnero y vaca fue principio y cabo,  
Y con rojos pimientos y ajos duros  
Tan bien como el señor comió el esclavo.

Bebió la sed los arroyuelos puros;  
Después mostraron del carquesio a Baco  
El camino los brindis mal seguros.

El rostro macilento, el cuerpo flaco,  
Eran recuerdo del trabajo honroso,  
Y honra y provecho andaban en un saco.

Pudo sin don un español velloso  
Llamar a los tudescos bacanales,  
Y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar los celos desiguales  
Al italiano; y hoy de muchos modos  
Somos copias, si son originales.

Las descendencias gastan muchos godos;  
Todos blasonan, nadie los imita,  
Y no son sucesores, sino apodos.

Vino el betún precioso que vomita  
La ballena o la espuma de las olas,  
Que el vicio, no el olor, nos acredita.

Y quedaron las huestes españolas  
Bien perfumadas, pero mal regidas,  
Y alhajas las que fueron pieles solas.

Estaban las locuras mal vestidas,  
Y aún no se hartaba de buriel y lana  
La vanidad de hembras presumidas.

A la seda pomposa siciliana,  
Que manchó ardiente múrice, el romano  
Y el oro hicieron áspera y tirana.

Nunca al duro español supo el gusano

Persuadir que vistiese su mortaja,  
Intercediendo el Can por el verano.

Hoy desprecia el honor al que trabaja,  
Y entonces fue el trabajo ejecutoria,  
Y el vicio gradüó la gente baja.

Pretende el alentado joven gloria  
Por dejar la vacada sin marido,  
Y de Ceres ofende la memoria.

Un animal a la labor nacido  
De paciencia preciosa a los mortales.  
Que a Jove fue disfraz y fue vestido;

Que un tiempo endureció manos reales,  
Y detrás de él los cónsules gimieron,  
Y rumia luz en campos celestiales,

¿Por cuál enemistad se persuadieron  
A que su apocamiento fuese hazaña,  
Y a mieses tan grande ofensa hicieron?

¡Qué cosa es ver un infanzón de España  
Abreviado en la silla a la jineta,  
Y gastar un caballo en una caña!

Que la niñez al gallo le acometa  
Con semejante munición apruebo;  
Mas no la edad madura y la perfeta.

Ejercite sus fuerzas el mancebo  
En frentes de escuadrones, no en la frente  
Del padre hermoso del armento nuevo.

El trompeta le llame diligente,  
Dando fuerza de ley al viento vano,  
Y al son este el ejército obediente.

¡Con cuánta majestad llena la mano  
La pica, y el mosquete carga el hombro,  
Del que se atreve a ser buen castellano!

Con asco entre las otras gentes nombro  
Al que de su persona, sin decoro,

Antes quiere dar nota que no asombro.

Jineta y caña son contagio moro;  
Restitúyanse justas y torneos,  
Y hagan paces las capas con el toro.

Pasadnos vos de juegos a trofeos;  
Que sólo grande rey y buen privado  
Pueden ejecutar estos deseos.

Vos, que hacéis repetir siglo pasado  
Con desembarazarnos las personas  
Y sacar a los miembros de cuidado.

Vos disteis libertad con las valonas,  
Para que sean corteses las cabezas,  
Desnudando el enfado a las coronas;

Y, pues vos enmendasteis las cortezas,  
Dad a la mayor parte medicina:  
Vuélvanse los tablados fortalezas.

Que la cortés estrella que os inclina  
A privar sin intento y sin venganza,  
Milagro que a la envidia desatina.

Tiene por sola bienaventuranza  
El reconocimiento temeroso,  
No presumida y ciega confianza.

Pues os dio el ascendiente generoso  
Escudos, de armas y blasones llenos,  
Y por timbre el martirio glorioso,

Mejores son por vos los que eran buenos  
Guzmanes, y la cumbre desdeñosa  
Os muestre a su pesar campos serenos.

Lograd, señor, edad tan venturosa;  
Y cuando nuestras fuerzas examina  
Persecución unida y belicosa,

La militar valiente disciplina  
Tenga más practicantes que la plaza:  
Descansen tela falsa y tela fina.

Sucedá a la marlota la coraza,  
Y si el Corpus con danzas no los pide,  
Velillos y oropel no hagan baza.

El que en treinta lacayos los divide,  
Hace suerte en el toro y con un dedo  
La hace en él la vara que los mide.

Mandadlo así, que aseguraros puedo  
Que habéis de restaurar más que Pelayo,  
Pues valdrá por ejércitos el miedo  
Y os verá el cielo administrar su rayo.

#### 55. MEMORIA INMORTAL DE DON PEDRO GIRÓN, DUQUE DE OSUNA, MUERTO EN LA PRISIÓN

FALTAR pudo su patria al grande Osuna,  
Pero no a su defensa sus hazañas;  
Diéronle muerte y cárcel las Españas,  
De quien él hizo esclava la fortuna.

Lloraron sus envidias una a una  
Con las propias naciones las extrañas;  
Su tumba son de Flandes las campañas,  
Y su epitafio la sangrienta luna.

En sus exequias encendió el Vesubio  
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;  
El llanto militar creció en diluvio.

Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;  
La Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio  
Murmuran con dolor su desconsuelo.

#### 56. CONOCE LA DILIGENCIA CON QUE SE ACERCA LA MUERTE, Y PROCURA CONOCER TAMBIÉN LA

## CONVENIENCIA DE SU VENIDA Y APROVECHARSE DE ESE CONOCIMIENTO

YA formidable y espantoso suena  
Dentro del corazón el postrer día,  
Y la última hora, negra y fría,  
Se acerca, de temor y sombras llena.

Si agradable descanso, paz serena,  
La muerte en traje de dolor envía,  
Señas da su desdén de cortesía:  
Más tiene de caricia que de pena.

¿Qué pretende el temor desacordado  
De la que a rescatar piadosa viene  
Espíritu en miserias añudado?

Llegue rogada, pues mi bien previene;  
Hálleme agradecido, no asustado;  
Mi vida acabe y mi vivir ordene.

## 57. ENSEÑA CÓMO TODAS LAS COSAS AVISAN DE LA MUERTE

MIRÉ los muros de la patria mía,  
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,  
De la carrera de la edad cansados,  
Por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, vi que el sol bebía  
Los arroyos del hielo desatados;  
Y del monte quejosos los ganados,  
Que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que amancillada  
De anciana habitación era despojos;  
Mi báculo más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,  
Y no hallé cosa en que poner los ojos  
Que no fuese recuerdo de la muerte.

## 58. LETRILLA SATÍRICA

Poderoso caballero es don Dinero

Madre, yo al oro me humillo:  
Él es mi amante y mi amado,  
Pues de puro enamorado,  
De contino anda amarillo;  
Que pues, doblón o sencillo.  
Hace todo cuanto quiero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Nace en las Indias honrado,  
Donde el mundo le acompaña;  
Viene a morir en España  
Y es en Génova enterrado.  
Y pues quien le trae al lado  
Es hermoso, aunque sea fiero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Es galán y es como un oro,  
Tiene quebrado el color,  
Persona de gran valor,  
Tan cristiano como moro;  
Pues que da y quita el decoro  
Y quebranta cualquier fuero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Son sus padres principales

Y es de nobles descendiente,  
Porque en las venas de Oriente  
Todas las sangres son reales:  
Y pues es quien hace iguales  
Al rico y al pordiosero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

¿A quién no le maravilla  
Ver en su gloria sin tasa  
Que es lo más ruin de su casa  
Doña Blanca de Castilla?  
Mas pues que su fuerza humilla  
Al cobarde y al guerrero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Sus escudos de armas nobles  
Son siempre tan principales,  
Que sin sus escudos reales  
No hay escudos de armas dobles;  
Y pues a los mismos robles  
Da codicia su minero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Por importar en los tratos  
Y dar tan buenos consejos,  
En las casas de los viejos  
Gatos le guardan de gatos.  
Y pues él rompe recatos  
Y ablanda al juez más severo,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Es tanta su majestad  
(Aunque son sus duelos hartos)  
Que aun con estar hecho cuartos

No pierde su calidad;  
Pero pues da autoridad  
Al gañán y al jornalero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Nunva vi damas ingratas  
A su gusto y afición,  
Que a las caras de un doblón  
Hacen sus caras baratas.  
Y pues las hace bravatas  
Desde una bolsa de cuero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,  
Mirad si es harto sagaz,  
Sus escudos en la paz  
Que rodela en la guerra.  
Pues al natural destierra  
Y hace propio al forastero,  
Poderoso caballero  
Es don Dinero.

## D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS

### 59. AL CÉFIRO

Oda sáfica

Dulce vecino de la verde selva,  
Huésped eterno del abril florido,  
Vital aliento de la madre Venus,  
Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,  
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,  
Oye, no temas, y a mi ninfa dile,

Dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía;  
Filis un tiempo mi dolor lloraba;  
Quísome un tiempo, mas ahora temo,

Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,  
Así los cielos con amor benigno,  
Nieguen al tiempo que feliz volares

Nieve a la tierra.

Jamás el peso de la nube parda  
Cuando amanece en la elevada cumbre,  
Toque tus hombros ni su mal granizo

Hiera tus alas.

## PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

### 60. LAS FLORES Y LA VIDA DEL HOMBRE

Éstas que fueron pompa y alegría  
Despertando al albor de la mañana,  
A la tarde serán lástima vana  
Durmiendo en brazos de la noche fría.

Este matiz que al cielo desafía,  
Iris listado de oro, nieve y grana,  
Será escarmiento de la vida humana:  
¡Tanto se emprende en término de un día!

A florecer las rosas madrugaron,  
Y para envejecerse florecieron:

Cuna y sepulcro en un botón hallaron.  
Tales los hombres sus fortunas vieron:  
En un día nacieron y espiraron;  
Que pasados los siglos, horas fueron.

## ANTONIO MIRA DE MESCUA

### 61. CANCIÓN REAL A UNA MUDANZA

Ufano, alegre, altivo, enamorado,  
Rompiendo el aire el pardo jilguerillo,  
Se sentó en los pimpollos de una haya,  
Y con su pico de marfil nevado  
De su pechuelo blanco y amarillo  
La pluma concertó pajiza y baya;  
Y celoso se ensaya  
A discantar en alto contrapunto  
Sus celos y amor junto,  
Y al ramillo, y al prado y a las flores  
Libre y ufano cuenta sus amores.  
Mas ¡ay! que en este estado  
El cazador crüel, de astucia armado,  
Escondido le acecha,  
Y al tierno corazón aguda flecha  
Tira con mano esquivada  
Y envuelto en sangre en tierra lo derriba.  
¡Ay, vida mal lograda,  
Retrato de mi suerte desdichada!  
De la custodia del amor materno  
El corderillo juguetón se aleja,  
Enamorado de la yerba y flores,

Y por la libertad del pasto tierno  
El cándido licor olvida y deja  
Por quien hizo a su madre mil amores:  
Sin conocer temores,  
De la florida primavera bella  
El vario manto huella  
Con retozos y brincos licenciosos,  
Y paze tallos tiernos y sabrosos.  
Mas ¡ay! que en un otero  
Dio en la boca de un lobo carnicero,  
Que en partes diferentes  
Lo dividió con sus voraces dientes,  
Y a convertirse vino  
En purpúreo el dorado vellocino.  
¡Oh inocencia ofendida,  
Breve bien, caro pasto, corta vida!  
Rica con sus penachos y copetes,  
Ufana y loca, con ligero vuelo  
Se remonta la garza a las estrellas,  
Y, puliendo sus negros martinetes,  
Procura ser allá cerca del cielo  
La reina sola de las aves bellas:  
Y por ser ella de ellas  
La que más altanera se remonta,  
Ya se encubre y trasmonta  
A los ojos del lince más atentos  
Y se contempla reina de los vientos.  
Mas ¡ay! que en la alta nube  
El águila la vio y al cielo sube,  
Donde con pico y garra  
El pecho candidísimo desgarró  
Del bello airón que quiso  
Volar tan alto con tan corto aviso.  
¡Ay, pájaro altanero,

Retrato de mi suerte verdadero!

Al son de las belísonas trompetas  
Y al retumbar del sonoro parche,  
Formó escuadrón el capitán gallardo;  
Con relinchos, bufidos y corvetas  
Pidió el caballo que la gente marche  
Trocando en paso presuroso el tardo:  
Sonó el clarín bastardo  
La esperada señal de arremetida,  
Y en batalla rompida,  
Teniendo cierta de vencer la gloria,  
Oyó a su gente que cantó victoria.  
Mas ¡ay! que el desconcierto  
Del capitán bisoño y poco experto,  
Por no observar el orden  
Causó en su gente general desorden,  
Y, la ocasión perdida,  
El vencedor perdió victoria y vida.  
¡Ay, fortuna voltaria,  
En mis prósperos fines siempre varia!

Al cristalino y mudo lisonjero  
La bella dama en su beldad se goza,  
Contemplándose Venus en la tierra,  
Y al más rebelde corazón de acero  
Con su vista enternece y alborozza,  
Y es de las libertades dulce guerra:  
El desamor destierra  
De donde pone sus divinos ojos,  
Y de ellos son despojos  
Los purísimos castos de Diana,  
Y en su belleza se contempla ufana.  
Mas ¡ay! que un accidente,  
Apenas puso el pulso intercadente,  
Cuando cubrió de manchas,

Cárdenas ronchas y viruelas anchas  
El bello rostro hermoso  
Y lo trocó en horrible y asqueroso.  
¡Ay, beldad malograda,  
Muerta luz, turbio sol y flor pisada!

Sobre frágiles leños, que con alas  
De lienzo débil de la mar son carros,  
El mercader surcó sus claras olas:  
Llegó a la India, y, rico de bengalas,  
Perlas, aromas, nácares bizarros,  
Volvió a ver las riberas españolas.  
Tremoló banderolas,  
Flámulas, estandartes, gallardetes:  
Dio premio a los grumetes  
Por haber descubierto  
De la querida patria el dulce puerto.  
Mas ¡ay! que estaba ignoto  
A la experiencia y ciencia del piloto  
En la barra un peñasco,  
Donde, tocando de la nave el casco,  
Dio a fondo, hechos mil piezas,  
Mercader, esperanzas y riquezas.  
¡Pobre bajel, figura  
Del que anegó mi próspera ventura!

Mi pensamiento con ligero vuelo  
Ufano, alegre, altivo, enamorado,  
Sin conocer temores la memoria,  
Se remontó, señora, hasta tu cielo,  
Y contrastando tu desdén airado,  
Triunfó mi amor, cantó mi fe victoria;  
Y en la sublime gloria  
De esa beldad se contempló mi alma,  
Y el mar de amor sin calma  
Mi navecilla con su viento en popa

Llevaba navegando a toda ropa.  
Mas ¡ay! que mi contento  
Fue el pajarillo y el corderillo exento,  
Fue la garza altanera,  
Fue el capitán que la victoria espera,  
Fue la Venus del mundo,  
Fue la nave del piélago profundo;  
Pues por diversos modos  
Todos los males padecí de todos.

Canción, ve a la coluna  
Que sustentó mi próspera fortuna,  
Y verás que si entonces  
Te pareció de mármoles y bronces,  
Hoy es mujer; y en suma  
Breve bien, fácil viento, leve espuma.

## NICOLÁS F. DE MORATIN

### 62. FIESTA DE TOROS EN MADRID

MADRID, castillo famoso  
Que al rey moro alivia el miedo,  
Arde en fiestas de su coso  
Por ser el natal dichoso  
De Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,  
De la hermosa Zaida amante,  
Las ordena celebrar  
Por si le puede ablandar  
El corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,

Desde Aravaca a Madrid;  
Hubo pandorgas y fuegos,  
Con otros nocturnos juegos  
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,  
En las cifras y libreas,  
Mostraron los amadores,  
Y en pendones y preseas,  
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas  
De toda la cercanía,  
Y de lejos muchas de ellas:  
Las más apuestas doncellas  
Que España entonces tenía.

Aja de Jetafe vino,  
Y Zahara la de Alcorcón,  
En cuyo obsequio muy fino  
Corrió de un vuelo el camino  
El moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,  
Que de la Alcarria en que habita  
Llevó a asombrar a Madrid  
Su amante Audalla, adalid  
Del castillo de Zorita.

De Adamud y la famosa  
Meco llegaron allí  
Dos, cada cual más hermosa,  
Y Fátima la preciosa,  
Hija de Alí el alcadí.

El ancho circo se llena  
De multitud clamorosa,  
Que atiende a ver en la arena  
La sangrienta lid dudosa,  
Y todo en tomo resuena.

La bella Zaida ocupó  
Sus dorados miradores  
Que el arte afilegrán,  
Y con espejos y flores  
Y damascos adornó.

Añafles y atabales,  
Con militar armonía.  
Hicieron salva, y señales  
De mostrar su valentía  
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama  
Pacieron la verde grama  
Nunca animales tan fieros,  
Junto al puente que se llama,  
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vio  
Ser lidiados aquel día;  
Y en la fiesta que gozó,  
La popular alegría  
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril  
Y a Tarfe tiró por tierra,  
Y luego a Benalguacil;  
Después con Hamete cierra  
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón  
Con uno y otro matiz  
Hecho un lazo por airón,  
Sobre la inhiesta cerviz  
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía  
Ofrecerle vencedor  
A la dama que servía:  
Por eso perdió Almanzor

El potro que más quería.

El alcaide muy zambrero  
De Guadalajara, huyó  
Mal herido al golpe fiero,  
Y desde un caballo overo  
El moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,  
Que, aunque tres toros ha muerto,  
No se quiere aventurar,  
Porque en lance tan incierto  
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,  
Va a ponérsele delante:  
La fiera le acometía,  
Y sin que el rejón le plante  
Le mató una yegua pía.

Otra monta acelerado:  
Le embiste el toro de un vuelo  
Cogiéndole entablerado;  
Rodó el bonete encarnado  
Con las plumas por el suelo.

Dio vuelta hiriendo y matando  
A los de pie que encontrara,  
El circo desocupando,  
Y emplazándose, se para,  
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir:  
La plebe grita indignada,  
Las damas se quieren ir,  
Porque la fiesta empezada  
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega  
Y está en medio el toro fijo,  
Cuando un portero que llega

De la puerta de la Vega,  
Hincó la rodilla, y dijo:  
    «Sobre un caballo alazano,  
Cubierto de galas y oro.  
Demanda licencia urbano  
Para alancear a un toro  
Un caballero cristiano.

    Mucho le pesa a Aliatar;  
Pero Zaida dio respuesta  
Diciendo que puede entrar,  
Porque en tan solemne fiesta  
Nada se puede negar.

    Suspenso el concurso entero  
Entre dudas se embaraza,  
Cuando en un potro ligero  
Vieron entrar en la plaza  
Un bizarro caballero.

    Sonrosado, albo color,  
Belfo labio, juveniles  
Alientos, inquieto ardor,  
En el florido verdor  
De sus lozanos abriles.

    Cuelga la rubia guedeja  
Por donde el almete sube,  
Cual mirarse tal vez deja  
Del sol la ardiente madeja  
Entre cenicienta nube.

    Gorguera de anchos follajes,  
De una cristiana primores;  
En el yelmo los plumajes  
Por los visos y celajes  
Vergel de diversas flores.

    En la cuja gruesa lanza,  
Con recamado pendón,

Y una cifra a ver se alcanza,  
Que es de desesperación,  
O a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla  
Ancho escudo reverbera  
Con blasones de Castilla,  
Y el mote dice a la orilla:  
*Nunca mi espada venciera.*

Era el caballo galán,  
El bruto más generoso,  
De más gallardo ademán:  
Cabos negros, y brioso,  
Muy tostado, y alazán.

Larga cola recogida  
En las piernas descamadas,  
Cabeza pequeña, erguida,  
Las narices dilatadas,  
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo  
Que da Betis con tal fruto  
Pudo fingir el deseo  
Más bella estampa de bruto,  
Ni más hermoso paseo.

Dio la vuelta al rededor;  
Los ojos que le veían  
Lleva prendados de amor:  
«¡Alah te salve!» decían,  
«¡Déte el Profeta favor!»

Causaba lástima y grima  
Su tierna edad floreciente:  
Todos quieren que se exima  
Del riesgo, y él solamente  
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,

Hacen de ámbar y alcanfor  
Pebeteros exhalar,  
Vertiendo pomos de olor,  
De jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,  
Y de más cerca le mira  
La cristiana esclava Aldara,  
Con su señora se encara,  
Y así le dice, y suspira:

«Señora, sueños no son;  
Así los cielos, vencidos  
De mi ruego y aflicción,  
Acerquen a mis oídos  
Las campanas de León,

»Como ese doncel, que ufano  
Tanto asombro viene a dar  
A todo el pueblo africano,  
Es Rodrigo de Vivar,  
El soberbio castellano».

Sin descubrirle quién es,  
La Zaida desde una almena  
Le habló una noche cortés.  
Por donde se abrió después  
El cubo de la Almudena.

Y supo que, fugitivo  
De la corte de Fernando,  
El cristiano, apenas vivo,  
Está a Jimena adorando  
Y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca  
Con frecuentes correrías  
Y todo en torno la cerca;  
Observa sus saetías.  
Arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido:  
Que en medio de aclamaciones,  
El caballo ha detenido  
Delante de sus balcones,  
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie  
Y sus doncellas detrás:  
El alcaide que lo ve,  
Enfurecido además,  
Muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero  
Entre el vulgo de Madrid:  
«No habrá mejor caballero»,  
Dicen, «en el mundo entero»,  
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,  
Torciendo las riendas de oro,  
Marcha al combate crüel:  
Alza el galope, y al toro  
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado  
Desde que le vio llegar,  
De tanta gala asombrado,  
Y al rededor le ha observado  
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó  
Despedida de la cuerda.  
De tal suerte le embistió;  
Detrás de la oreja izquierda  
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;  
Segunda vez acomete,  
De espuma y sudor bañada,  
Y segunda vez le mete

Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera  
Con heroico atrevimiento,  
El pueblo mudo y atento:  
Se engalla el toro y altera,  
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,  
Sobre la espalda la arroja  
Con el hueso retorcido;  
El suelo huele y lo moja  
En ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,  
La diestra oreja mosquea,  
Vase retirando atrás,  
Para que la fuerza sea  
Mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasion viera  
De Zaida el rostro alterado,  
Claramente conociera  
Cuánto le cuesta cuidado  
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay, que le embiste horrendo  
El animal espantoso!  
Jamás peñasco tremendo  
Del Cáucaso cavernoso  
Se desgaja estrago haciendo,

Ni llama así fulminante  
Cruza en negra oscuridad  
Con relámpagos delante,  
Al estrépito tronante  
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza,  
Con terrible ligereza;  
Mas rota con gran pujanza

La alta nuca, la fiereza  
Y el último aliento lanza.  
    La confusa vocería  
Que en tal instante se oyó  
Fue tanta, que parecía  
Que honda mina reventó,  
O el monte y valle se hundía.

    A caballo como estaba  
Rodrigo, el lazo alcanzó  
Con que el toro se adornaba:  
En su lanza lo clavó

    Y a los balcones llegaba.  
Y alzándose en los estribos,  
Lo alarga a Zaida, diciendo:

    «Sultana, aunque bien entiendo  
Ser favores excesivos,  
Mi corto don admitiendo;  
    »Si no os dignáredes ser  
Con él benigna, advertid  
Que a mí me basta saber  
Que no lo debo ofrecer  
A otra persona en Madrid.»

    Ella, el rostro placentero,  
Dijo, y turbada: «Señor,  
Yo lo admito y lo venero,  
Por conservar el favor  
De tan gentil caballero.»

    Y besando el rico don,  
Para agradar al doncel,  
Lo prende con afición  
Al lado del corazón  
Por brinquiño y por joyel.

    Pero Aliatar el caudillo  
De envidia ardiendo se ve,

Y, trémulo y amarillo,  
Sobre un tremecén rosillo  
Lozaneándose se fue.

Y en ronca voz: «Castellano»,  
Le dice, “con más decoros  
Suelo yo dar de mi mano,  
Si no penachos de toros,  
Las cabezas del cristiano.

»Y si vinieras en guerra  
Cual vienes de fiesta y gala.  
Vieras que en toda la tierra,  
Al valor que dentro encierra  
Madrid, ninguno se iguala.»

«Así», dijo el de Vivar,  
«Respondo»; y la lanza al ristre  
Pone, y espera a Aliatar;  
Mas sin que nadie administre  
Orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos  
Su muerte o prisión pedía,  
Cuando se oyó en los distritos  
Del monte de Leganitos  
Del Cid la trompetería.

Entre la Moncloa y Soto  
Tercio escogido emboscó,  
Que, viendo como tardó,  
Se acerca, oyó el alboroto,  
Y al muro se abalanzó.

Y si no vieran salir  
Por la puerta a su señor,  
Y Zaida a le despedir,  
Iban la fuerza a embestir:  
Tal era ya su furor.

El alcaide, recelando

Que en Madrid tenga partido,  
Se templó disimulando,  
Y por el parque florido  
Salió con él razonando.

Y es fama que, a la bajada,  
Juró por la cruz el Cid  
De su vencedora espada  
De no quitar la celada  
Hasta que gane a Madrid.

## GASPAR M. DE JOVELLANOS

### 63. EPÍSTOLA DE FABIO A ANFRISO

Descripción del Paular

Credibile est illi numen inesse loco  
Ovidius

DESDE el oculto y venerable asilo  
Do la virtud austera y penitente  
Vive ignorada y, del liviano mundo  
Huida, en santa soledad se esconde,  
El triste Fabio al venturoso Anfriso  
Salud en versos flébiles envía.  
Salud le envía a Anfriso, al que inspirado  
De las mantuanas musas, tal vez suele  
Al grave son de su celeste canto  
Precipitar del viejo Manzanares  
El curso perezoso: tal süave  
Suele ablandar con amorosa lira  
La altiva condición de sus zagalas.

¡Plugiera a Dios, oh Anfriso, que el cuitado  
A quien no dio la suerte tal ventura  
Pudiese huir del mundo y sus peligros!  
¡Plugiera a Dios, pues ya con su barquilla  
Logró arribar a puerto tan seguro,  
Que esconderla supiera en este abrigo,  
A tanta luz y ejemplos enseñado!  
Huyera así la furia tempestuosa  
De los contrarios vientos, los escollos,  
Y las fieras borrascas tantas veces  
Entre sustos y lágrimas corridas.  
Así también del mundanal tumulto  
Lejos, y en estos montes guarecido,  
Alguna vez gozara del reposo,  
Que hoy desterrado de su pecho vive.

Mas ¡ay de aquel que hasta en el santo asilo  
De la virtud arrastra la cadena,  
La pesada cadena con que el mundo  
Oprime a sus esclavos! ¡Ay del triste  
En cuyo oído suena con espanto,  
Por esta oculta soledad rompiendo,  
De su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas  
El reposo y la paz que aquí se esconden,  
Y sólo encuentro la inquietud funesta  
Que mis sentidos y razón conturba.

Busco paz y reposo, pero en vano  
Los busco ¡oh caro Anfriso! que estos dones,  
Herencia santa que al partir del mundo  
Dejó Bruno en sus hijos vinculada,  
Nunca en profano corazón entraron  
Ni a los parciales del placer se dieron.

Conozco bien que, fuera de este asilo,  
Sólo me guarda el mundo sinrazones,

Vanos deseos, duros desengaños,  
Susto y dolor; empero todavía  
A entrar en él no puedo resolverme.  
No puedo resolverme, y despechado  
Sigo el impulso del fatal destino  
Que a muy más dura esclavitud me guía.  
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre  
Por todas partes los pesados grillos  
Que de la ansiada libertad me privan.

De afán y angustia el pecho traspasado,  
Pido a la muda soledad consuelo  
Y con dolientes quejas la importuno.  
Salgo al ameno valle, subo al monte,  
Sigo del claro río las corrientes,  
Busco la fresca y deleitosa sombra,  
Corro por todas partes, y no encuentro  
En parte alguna la quietud perdida.

¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos,  
Cansados de llorar, presenta el cielo!  
Rodeado de frondosos y altos montes  
Se extiende un valle, que de mil delicias  
Con sabia mano ornó naturaleza.  
Pártele en dos mitades, despeñado  
De las vecinas rocas, el Lozoya,  
Por su pesca famoso y dulces aguas.  
Del claro río sobre el verde margen  
Crecen frondosos álamos, que al cielo  
Ya erguidos alzan las plateadas copas,  
O ya, sobre las aguas encorvados,  
En mil figuras miran con asombro  
Su forma en los cristales retratada.  
De la siniestra orilla un bosque umbrío  
Hasta la falda del vecino monte  
Se extiende: tan ameno y delicioso

Que le hubiera juzgado el gentilismo  
Morada de algún dios, o a los misterios  
De las silvanas Dríades guardado.

Aquí encamino mis inciertos pasos,  
Y en su recinto umbrío y silencioso,  
Mansión la más conforme para un triste,  
Entro a pensar en mi cruel destino.  
La grata soledad, la dulce sombra,  
El aire blando y el silencio mudo,  
Mi desventura y mi dolor adulan.  
No alcanza aquí del padre de las luces  
El rayo acechador, ni su reflejo  
Viene a cubrir de confusión el rostro  
De un infeliz en su dolor sumido.  
El canto de las aves no interrumpe  
Aquí tampoco la quietud de un triste,  
Pues sólo de la viuda tortolilla  
Se oye tal vez el lastimero arrullo,  
Tal vez el melancólico trinado  
De la angustiada y dulce Filomena.  
Con blando impulso el céfiro süave,  
Las copas de los árboles moviendo,  
Recrea el alma con el manso ruido,  
Mientras al dulce soplo desprendidas  
Las agostadas hojas, revolando,  
Bajan en lentos círculos al suelo,  
Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa  
Que al árbol adornara en primavera,  
Yace marchita y muestra los rigores  
Del abrasado estío y seco otoño.

¡Así también de juventud lozana  
Pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!  
Un soplo de inconstancia, de fastidio,  
O de capricho femenil las tala

Y lleva por el aire, cual las hojas  
De los frondosos árboles caídas.  
Ciegos empero, y tras su vana sombra  
De contino exhalados, en pos de ellas  
Corremos hasta hallar el precipicio  
Do nuestro error y su ilusión nos guían.  
Volamos en pos de ellas como suele  
Volar a la dulzura del reclamo  
Incauto el pajarillo: entre las hojas  
El preparado visco le detiene:  
Lucha cautivo por huir, y en vano,  
Porque un traidor, que en asechanza atisba,  
Con mano infiel la libertad le roba  
Y muerte le condena a cárcel dura.

¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos  
Un pronto desengaño corrió el velo  
De la ciega ilusión! ¡Una y mil veces  
Dichoso el solitario penitente  
Que, triunfando del mundo y de sí mismo,  
Vive en la soledad libre y contento!  
Unido a Dios por medio de la santa  
Contemplación, le goza ya en la tierra,  
Y retirado en su tranquilo albergue  
Observa reflexivo los milagros  
De la naturaleza, sin que nunca  
Turben el susto ni el dolor su pecho.

Regálanle las aves con su canto,  
Mientras la aurora sale refulgente  
A cubrir de alegría y luz el mundo.  
Nácele siempre el sol claro y brillante,  
Y nunca a él levanta conturbados  
Sus ojos, ora en el oriente raye,  
Ora, del cielo a la mitad subiendo,  
En pompa guíe el reluciente carro;

Ora con tibia luz, más perezoso,  
Su faz esconda en los vecinos montes.  
Cuando en las claras noches cuidadoso  
Vuelve desde los santos ejercicios,  
La plateada luna en lo más alto  
Del cielo mueve la luciente rueda  
Con augusto silencio, y recreando  
Con blando resplandor su humilde vista,  
Eleva su razón, y la dispone  
A contemplar la alteza y la inefable  
Gloria del Padre y Creador del mundo.  
Libre de los cuidados enojosos  
Que en los palacios y dorados techos  
Nos turban de continuo, y entregado  
A la inefable y justa Providencia,  
Si al breve sueño alguna pausa pide  
De sus santas tareas, obediente  
Viene a cerrar sus párpados el sueño  
Con mano amiga, y de su lado ahuyenta  
El susto y las fantasmas de la noche.

¡Oh suerte venturosa, a los amigos  
De la virtud guardada! ¡Oh dicha, nunca  
De los tristes mundanos conocida!  
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!  
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria.  
Taciturna mansión! ¡Oh, quién, del alto  
Y proceloso mar del mundo huyendo  
A vuestra santa calma, aquí seguro  
Vivir pudiera siempre, y escondido!

Tales cosas revuelvo en mi memoria  
En esta triste soledad sumido.  
Llega en tanto la noche, y con su manto  
Cobija el ancho mundo. Vuelvo entonces  
A los medrosos claustros. De una escasa

Luz el distante y pálido reflejo  
Guía por ellos mis inciertos pasos;  
Y en medio del horror y del silencio,  
¡Oh fuerza del ejemplo portentosa!  
Mi corazón palpita, en mi cabeza  
Se erizan los cabellos, se estremecen  
Mis carnes, y discurre por mis nervios  
Un súbito rigor que los embarga.  
Parece que oigo que del centro oscuro  
Sale una voz tremenda que, rompiendo  
El eterno silencio, así me dice:  
«Huye de aquí, profano; tú, que llevas  
De ideas mundanales lleno el pecho,  
Huye de esta morada, do se albergan  
Con la virtud humilde y silenciosa  
Sus escogidos: huye, y no profanes  
Con tu planta sacrilega este asilo.»  
Con paso vacilante voy cruzando  
De aviso tal al golpe confundido,  
Los pavorosos tránsitos, y llego  
Por fin a mi morada, donde ni hallo  
El ansiado reposo, ni recobran  
La suspirada calma mis sentidos.  
Lleno de congojosos pensamientos  
Paso la triste y perezosa noche  
En molesta vigilia, sin que llegue  
A mis ojos el sueño, ni interrumpan  
Sus regalados bálsamos mi pena.  
Vuelve por fin con la rosada aurora  
La luz aborrecida, y en pos de ella  
El claro día a publicar mi llanto  
Y dar nueva materia al dolor mío.

# JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

## 64. ROSANA EN LOS FUEGOS

DEL sol llevaba la lumbre  
Y la alegría del alba.  
En sus celestiales ojos  
La hermosísima Rosana,  
Una noche que a los fuegos  
Salió la fiesta de Pascua,  
Para abrasar todo el valle  
En mil amorosas ansias.  
Por doquiera que camina  
Lleva tras sí la mañana,  
Y donde se vuelve rinde  
La libertad de mil almas.  
El céfiro la acaricia  
Y mansamente la halaga,  
Los Amores la rodean  
Y las Gracias la acompañan.  
Y ella, así como en el valle  
Descuella la altiva palma  
Cuando sus verdes pimpollos  
Hasta las nubes levanta;  
O cual vid de fruto llena  
Que con el olmo se abraza,  
Y sus vástagos extiende  
Al arbitrio de las ramas;  
Así entre sus compañeras  
El nevado cuello alza,  
Sobresaliendo entre todas  
Cual fresca rosa entre zarzas;

O como cándida perla  
Que artífice diestro engasta  
Entre encendidos corales,  
porque más luzcan sus aguas.  
Todos los ojos se lleva  
Tras sí, todo lo avasalla;  
De amor mata a los pastores  
Y de envidia a las zagalas.  
Ni las músicas se atienden,  
Ni se gozan las lumbradas;  
Que todos corren por verla  
Y al verla todos se abrasan.  
¡Qué de suspiros se escuchan!  
¡Qué de vivas y de salvas!  
No hay zagal que no la admire  
Y no se esmere en loarla.  
Cuál absorto la contempla  
Y a la aurora la compara  
Cuando más alegre sale  
Y el cielo de su albor baña;  
Cuál al fresco y verde aliso  
Que crece al margen del agua,  
Cuando más pomposo en hojas  
En su cristal se retrata;  
Cuál a la luna, si muestra  
Llena su esfera de plata,  
Y asoma por los collados  
De luceros coronada.  
Otros pasmados la miran  
Y mudamente la alaban,  
Y cuanto más la contemplan  
Muy más hermosa la hallan.  
Que es como el cielo su rostro  
Cuando en la noche callada

Brilla con todas sus luces  
Y los ojos embaraza.  
¡Ay, qué de envidias se encienden!  
¡Ay, qué de celos que causa  
En las serranas del Tormes  
Su perfección sobrehumana!  
Las más hermosas la temen,  
Mas sin osar murmurarla;  
Que como el oro más puro  
No sufre una leve mancha.

—Bien haya tu gentileza,  
Una y mil veces bien haya,  
Y abrase la envidia al pueblo,  
Hermosísima aldeana.  
Toda, toda eres perfecta,  
Toda eres donaire y gracia,  
El amor vive en tus ojos  
Y la gloria está en tu cara;  
En esa cara hechicera.  
Do toda su luz cifrada  
Puso Venus misma, y ciego  
En pos de sí me arrebató.  
La libertad me has robado,  
Yo la doy por bien robada,  
Mas recibe el don benigna  
Que mi humildad te consagra.  
No el don por pobres desdeñas,  
Que aun las deidades más altas  
A zagales, cual yo, humildes,  
Un tiempo acogieron gratas;  
Y mezclando sus ternezas  
Con sus rústicas palabras,  
No, aunque diosas, esquivaron

Sus amorosas demandas.  
Su feliz ejemplo sigue,  
Pues que en verdad las igualas;  
Cual yo a todos los excedo  
En lo fino de mi llama— .  
Esto un zagal le decía  
Con razones mal formadas.  
Que salió libre a los fuegos  
Y volvió cautivo a casa.  
Y desde entonces perdido  
El día a sus puertas le halla;  
Ayer le cantó esta letra  
Echándole la alborada:

Linda zagaleja  
De cuerpo gentil,  
Muérome de amores  
Desde que te vi.

Tu talle, tu aseo,  
Tu gala y donaire,  
No tienen, serrana,  
Igual en el valle.

Del cielo son ellos  
Y tú un serafín:  
Muérome de amores  
Desde que te vi.

De amores me muero,  
Sin que nada alcance  
A darme la vida  
Que allá te llevaste,  
Si no te condues  
Benigna de mí;  
Que muero de amores  
Desde que te vi.

# LEANDRO F. DE MORATIN

## 65. ELEGÍA A LAS MUSAS

ESTA corona, adorno de mi frente,  
Esta sonante lira y flautas de oro  
Y máscaras alegres, que algún día  
Me disteis, sacras Musas, de mis manos  
Trémulas recibid, y el canto acabe.  
Que fuera osado intento repetirlo.  
He visto ya cómo la edad ligera,  
Apresurando a no volver las horas.  
Robó con ellas su vigor al numen.  
Sé que negáis vuestro favor divino  
A la cansada senectud, y en vano  
Fuera implorarlo; pero en tanto, bellas  
Ninfas, del verde Pindo habitadoras,  
No me neguéis que os agradezca humilde  
Los bienes que os debí. Si pude un día,  
No indigno sucesor de nombre ilustre,  
Dilatarlo famoso, a vos fue dado  
Llevar al fin mi atrevimiento. Sólo  
Pudo bastar vuestro amoroso anhelo  
A prestarme constancia en los afanes  
Que turbaron mi paz, cuando insolente  
Vano saber, enconos y venganzas,  
Codicia y ambición, la patria mía  
Abandonaron a civil discordia.

Yo vi del polvo levantarse audaces,  
A dominar y perecer, tiranos:  
Atropellarse efímeras las leyes,  
Y llamarse virtudes los delitos.

Vi las fraternas armas nuestros muros  
Bañar en sangre nuestra, combatirse,  
Vencido y vencedor hijos de España,  
Y el trono desplomándose al vendido  
Ímpetu popular. De las arenas  
Que el mar sacude en la fenicia Gades,  
A las que el Tajo lusitano envuelve  
En oro y conchas, uno y otro imperio,  
Iras, desorden esparciendo y luto,  
Comunicarse el funeral estrago.  
Así cuando en Sicilia el Etna ronco  
Revienta incendios, su bifronte cima  
Cubre el Vesubio en humo denso y llamas,  
Turba el Averno sus calladas ondas;  
Y allá del Tibre en la ribera etrusca  
Se estremece la cúpula soberbia  
Que al Vicario de Cristo da sepulcro.  
    ¿Quién pudo en tanto horror mover el plectro?  
    ¿Quién dar al verso acordes armonías,  
    Oyendo resonar grito de muerte?  
Tronó la tempestad: bramó iracundo  
El huracán, y arrebató a los campos  
Sus frutos, su matiz: la rica pompa  
Destrozó de los árboles sombríos:  
Todas huyeron tímidas las aves  
Del blando nido, en el espanto mudas;  
No más trinos de amor. Así agitaron  
Los tardos años mi existencia, y pudo  
Sólo en región extraña el oprimido  
Ánimo hallar dulce descanso y vida.  
    Breve será; que ya la tumba aguarda  
Y sus mármoles abre a recibirme;  
Ya los voy a ocupar. .. Si no es eterno  
El rigor de los hados, y reservan

A mi patria infeliz mayor ventura,  
Dénsela presto, y mi postrer suspiro  
Será por ella. .. Prevenid en tanto  
Flébiles tonos, enlazad coronas  
De ciprés funeral. Musas celestes;  
Y donde a las del mar sus aguas mezcla  
El Garona opulento, en silencioso  
Bosque de lauros y menudos mirtos,  
Ocultad entre flores mis cenizas.

## MANUEL MARÍA DE ARJONA

### 64. LA DIOSA DEL BOSQUE

¡OH, si bajo estos árboles frondosos  
Se mostrase la célica hermosura  
Que vi algún día en inmortal dulzura  
Este bosque bañar!  
Del cielo tu benéfico descenso  
Sin duda ha sido, lúcida belleza:  
Deja, pues, diosa, que mi grato incienso  
Arda sobre tu altar.  
Que no es amor mi tímido alborozo,  
Y me acobarda el rígido escarmiento,  
Que ¡oh Piritoo! condenó tu intento  
Y tu intento, Ixión.  
Lejos de mí sacrilega osadía:  
Bástame que con plácido semblante  
Aceptes, diosa, a mis anhelos pía,  
Mi ardiente adoración.  
Mi adoración y el cántico de gloria

Que de mí el Pindo atónito ya espera:  
Baja tú a oírme de la sacra esfera  
    ¡Oh radiante deidad!  
    Y tu mirar más nítido y süave,  
He de cantar, que fúlgido lucero;  
Y el limpio encanto que infundirnos sabe  
    Tu dulce majestad.  
    De pureza jactándose natura,  
Te ha formado del cándido rocío  
Que sobre el nardo al apuntar de estío  
    La aurora derramó;  
    Y excelsamente lánguida retrata  
El rosicler pacífico de Mayo  
*Tu* alma: Favonio su frescura grata  
    A tu hablar trasladó.  
    ¡Oh imagen perfectísima del orden  
Que liga en lazos fáciles el mundo,  
Sólo en los brazos de la paz fecundo,  
    Sólo amable en la paz!  
    En vano con espléndido aparato  
Finge el arte solícito grandezas:  
Natura vence con sencillo ornato  
    Tan altivo disfraz.  
    Monarcas, que los pérsicos tesoros  
Ostentáis con magnífica porfía,  
Copiad el brillo de un sereno día  
    Sobre el azul del mar:  
    O copie estudio de émula hermosura  
De mi deidad el mágico descuido;  
Antes veremos la estrellada altura  
    Los hombres escalar.  
    Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento  
Ya las alas del céfiro recibe,  
Y al pecho ilustre en que tu numen vive

Vuela, vuela veloz;  
Y en los erguidos álamos ufana  
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;  
Que ya a sus ecos hermosura humana  
No ha de ensalzar mi voz.

## ALBERTO LISTA

### 67. AL SUEÑO

El himno del desgraciado

«Que el grande y el pequeño  
Somos iguales lo que dura el sueño.»  
Lope de Vega, *Canción*

DESCIENDE a mí, consolador Morfeo,  
Unico dios que imploro,  
Antes que muera el esplendor febeo  
Sobre las playas del adusto moro.  
Y en tu regazo el importuno día  
Me encuentre aletargado,  
Cuando triunfante de la niebla umbría  
Asciende al trono del cenit dorado.  
Pierda en la noche y pierda en la mañana  
Tu calma silenciosa  
Aquel feliz que en lecho de oro y grana  
Estrecha al seno la adorada esposa.  
Y el que halagado con los dulces dones  
De Pluto y de Citeres,  
Las que a la tarde fueron ilusiones,  
A la aurora verá ciertos placeres.  
No halle jamás la matutina estrella

En tus brazos rendido  
Al que bebió en los labios de su bella  
El suspiro de amor correspondido.  
    ¡Ah! déjalos que gocen. Tu presencia  
No turbe su contento;  
Que es perpetua delicia su existencia  
Y un siglo de placer cada momento.  
    Para ellos nace, el orbe colorando,  
La sonrosada aurora,  
Y el ave sus amores va cantando,  
Y la copia de Abril derrama Flora.  
    Para ellos tiende su brillante velo  
La noche sosegada,  
Y de trémula luz esmalta el cielo,  
Y da al amor la sombra deseada.  
    Si el tiempo del placer para el dichoso  
Huye en veloz carrera.  
Une con breve y plácido reposo  
Las dichas que ha gozado a las que espera.  
    Mas ¡ay! a un alma del dolor guarida  
Desciende ya propicio;  
Cuanto me quites de la odiosa vida,  
Me quitarás de mi inmortal suplicio.  
    ¿De qué me sirve el súbito alborozo  
Que a la aurora resuena,  
Si al despertar el mundo para el gozo,  
Sólo despierto yo para la pena?  
    ¿De qué el ave canora, o la verdura  
Del prado que florece,  
Si mis ojos no miran su hermosura,  
Y el universo para mí enmudece?  
    El ámbar de la vega, el blando ruido.  
Con que el raudal se lanza,  
¿Qué son ¡ay! para el triste que ha perdido,

Último bien del hombre, la esperanza?

Girará en vano, cuando el sol se ausente,  
La esfera luminosa;  
En vano, de almas tiernas confidente,  
Los campos bañará la luna hermosa.

Esa blanda tristeza que derrama  
A un pecho enamorado,  
Si su tranquila amortiguada llama  
Resbala por las faldas del collado,  
No es para un corazón de quien ha huido  
La ilusión lisonjera,  
Cuando pidió, del desengaño herido,  
Su triste antorcha a la razón severa.

Corta el hilo a mi acerba desventura,  
Oh tú, sueño piadoso;  
Que aquellas horas que tu imperio dura  
Se iguala el infeliz con el dichoso.

Ignorada de sí yazca mi mente,  
Y muerto mi sentido;  
Empapa el ramo, para herir mi frente,  
En las tranquilas aguas del olvido.

De la tumba me iguale tu beleño  
A la ceniza yerta,  
Sólo ¡ay de mí! que del eterno sueño,  
Mas felice que yo, nunca despierta.

Ni aviven mi existencia interrumpida  
Fantasmas voladores,  
Ni los sucesos de mi amarga vida  
Con tus pinceses lánguidos colores.

No me acuerdes crüel de mi tormento  
La triste imagen fiera;  
Bástale su malicia al pensamiento,  
Sin darle tú el puñal para que hiera.

Ni me halagues con pérfidos placeres,

Que volarán contigo;  
Y el dolor de perderlos cuando huyeres  
De atreverme a gozar será el castigo.

Deslízate callado, y encadena  
Mi ardiente fantasía;  
Que asaz libre será para la pena  
Cuando me entregues a la luz del día.

Ven, termina la mísera querrela  
De un pecho acongojado.  
¡Imagen de la muerte! después de ella  
Eres el bien mayor del desgraciado.

## MANUEL JOSÉ QUINTANA

### 68. A ESPAÑA, DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN DE MARZO

¿QUÉ era, decidme, la nación que un día  
Reina del mundo proclamó el destino,  
La que a todas las zonas extendía  
Su cetro de oro y su blasón divino?  
Volábase a occidente,  
Y el vasto mar Atlántico sembrado  
Se hallaba de su gloria y su fortuna.  
Do quiera España: en el preciado seno  
De América, en el Asia, en los confines  
Del África, allí España. El soberano  
Vuelo de la atrevida fantasía  
Para abarcarla se cansaba en vano;  
La tierra sus mineros le rendía,  
Sus perlas y coral el Océano.  
Y donde quier que revolver sus olas  
Él intentase, a quebrantar su furia

Siempre encontraba costas españolas.  
Ora en el cieno del oprobio hundida,  
Abandonada a la insolencia ajena,  
Como esclava en mercado, ya aguardaba  
La ruda argolla y la servil cadena.  
¡Qué de plagas, oh Dios! Su aliento impuro  
La pestilente fiebre respirando,  
Infestó el aire, emponzoñó la vida;  
La hambre enflaquecida  
Tendió sus brazos lívidos, ahogando  
Cuanto el contagio perdonó; tres veces  
De Jano el templo abrimos,  
Y a la trompa de Marte aliento dimos;  
Tres veces ¡ay! los dioses tutelares  
Su escudo nos negaron, y nos vimos  
Rotos en tierra y rotos en los mares.  
¿Qué en tanto tiempo viste  
Por tus inmensos términos, oh Iberia?  
¿Qué viste ya sino funesto luto,  
Honda tristeza, sin igual miseria,  
De tu vil servidumbre acerbo fruto?  
Así, rota la vela, abierto el lado,  
Pobre bajel a naufragar camina,  
De tormenta en tormenta despeñado,  
Por los yermos del mar; ya ni en su popa  
Las guirnaldas se ven que antes la ornaban,  
Ni en señal de esperanza y de contento  
La flámula riendo al aire ondea.  
Cesó su dulce canto el pasajero,  
Ahogó su vocerío  
El ronco marinero,  
Terror de muerte en torno lo rodea,  
Terror de muerte silencioso y frío;  
Y él va a estrellarse al áspero bajío.

Llega el momento, en fin; tiende su mano  
El tirano del mundo al occidente,  
Y fiero exclama: «El occidente es mío.»  
Bárbaro gozo en su ceñuda frente  
Resplandeció, como en el seno oscuro  
De nube tormentosa en el estío  
Relámpago fugaz brilla un momento  
Que añade horror con su fulgor sombrío.  
Sus guerreros feroces  
Con gritos de soberbia el viento llenan;  
Gimen los yunques, los martillos suenan,  
Arden las forjas. ¡Oh vergüenza! ¿Acaso  
Pensáis que espadas son para el combate  
Las que mueven sus manos codiciosas?  
No en tanto os estiméis: grillos, esposas,  
Cadenas son que en vergonzosos lazos  
Por siempre amarren tan inertes brazos.

Estremecióse España  
Del indigno rumor que cerca oía,  
Y al grande impulso de su justa saña  
Rompió el volcán que en su interior hervía.  
Sus déspotas antiguos  
Consternados y pálidos se esconden;  
Resuena el eco de venganza en torno,  
Y del Tajo las márgenes responden:  
«¡Venganza!» ¿Dónde están, sagrado río,  
Los colosos de oprobio y de vergüenza  
Que nuestro bien en su insolencia ahogaban?  
Su gloria fue, nuestro esplendor comienza;  
Y tú, orgulloso y fiero,  
Viendo que aun hay Castilla y castellanos,  
Precipitas al mar tus rubias ondas,  
Diciendo: «Ya acabaron los tiranos.»  
¡Oh triunfo! ¡Oh gloria! ¡Oh celestial momento!

¿Con qué puede ya dar el labio mío  
El nombre augusto de la patria al viento?  
Yo lo daré; mas no en el arpa de oro  
Que mi cantar sonoro  
Acompañó hasta aquí; no aprisionado  
En estrecho recinto, en que se apoca  
El numen en el pecho  
Y el aliento fatídico en la boca.  
Desenterrad la lira de Tirteo,  
Y al aire abierto, a la radiante lumbre  
Del sol, en la alta cumbre  
Del ríscoso y pinífero Fuenfría,  
Allí volare yo, y allí cantando  
Con voz que atruene en derredor la sierra,  
Lanzaré por los campos castellanos  
Los ecos de la gloria y de la guerra.  
    ¡Guerra, nombre tremendo, ahora sublime,  
Único asilo y sacrosanto escudo  
Al ímpetu sañudo  
Del fiero Atila que a occidente oprime!  
¡Guerra, guerra, españoles! En el Betis  
Ved del Tercer Femando alzarse airada  
La augusta sombra; su divina frente  
Mostrar Gonzalo en la imperial Granada;  
Blandir el Cid su centelleante espada,  
Y allá sobre los altos Pirineos,  
Del hijo de Jimena  
Animarse los miembros gigantesos.  
En torvo ceño y desdeñosa pena  
Ved cómo cruzan por los aires vanos;  
Y el valor exhalando que se encierra  
Dentro del hueco de sus tumbas frías,  
En fiera y ronca voz pronuncian: «¡Guerra!  
    ¡Pues qué! ¿Con faz serena

Vierais los campos devastar opimos,  
Eterno objeto de ambición ajena,  
Herencia inmensa que afanando os dimos?  
Despertad, raza de héroes: el momento  
Llegó ya de arrojarse a la victoria;  
Que vuestro nombre eclipse nuestro nombre,  
Que vuestra gloria humille nuestra gloria.  
No ha sido en el gran día  
El altar de la patria alzado en vano  
Por vuestra mano fuerte.  
Juradlo, ella os lo manda: *¡Antes la muerte  
Que consentir jamás ningún tirano!»*  
Sí, yo lo juro, venerables sombras;  
Yo lo juro también, y en este instante  
Ya me siento mayor. Dadme una lanza,  
Ceñidme el casco fiero y refulgente;  
Volemos al combate, a la venganza;  
Y el que niegue su pecho a la esperanza,  
Hunda en el polvo la cobarde frente.  
Tal vez el gran torrente  
De la devastación en su carrera  
Me llevará. ¿Qué importa? ¿Por ventura  
No se muere una vez? ¿No iré, expirando,  
A encontrar nuestros ínclitos mayores?  
«¡Salud, oh padres de la patria mía,»  
Yo les diré, «¡salud! La heroica España  
De entre el estrago universal y horrores  
Levanta la cabeza ensangrentada,  
Y vencedora de su mal destino,  
Vuelve a dar a la tierra amedrentada  
Su cetro de oro y su blasón divino.»

JUAN NICASIO GALLEGO

## 69. ELEGÍA A LA MUERTE DE LA DUQUESA DE FRÍAS

AL sonante bramido  
Del piélago feroz que el viento ensaña  
Lanzando atrás del Turia la corriente;  
En medio al denegrado  
Cerco de nubes que de Sirio empaña  
Cual velo funeral la roja frente;  
Cuando el cárabo oscuro  
Ayes despide entre la breña inculta,  
Y a tardo paso soñoliento Arturo  
En el mar de occidente se sepulta;  
A los mustios reflejos  
Con que en las ondas alteradas tiembla  
De moribunda luna el rayo frío,  
Daré, del mundo y de los hombres lejos,  
Libre rienda al dolor del pecho mío.  
Sí, que al mortal a quien del hado el ceño  
A infortunios sin término condena.  
Sobre su cuello mísero cargando  
De uno en otro eslabón larga cadena,  
No en jardín halagüeño,  
Ni al puro ambiente de apacible aurora  
Soltar conviene el lastimero canto  
Con que al ciclo importuna.  
Solitario arenal, sangrienta luna  
Y embravecidas olas acompañen  
Sus lamentos fatídicos. ¡Oh lira  
Que escenas sólo de aflicción recuerdas;  
Lira que ven mis ojos con espanto  
Y a recorrer tus cuerdas  
Mi ya trémula mano se resiste!  
Ven, lira del dolor. ¡Piedad no existe!

¡No existe, y vivo yo! ¡No existe aquella  
Gentil, discreta, incomparable amiga,  
Cuya presencia sola  
El tropel de mis penas disipaba!  
¿Cuándo en tal hermosura alma tan bella  
De la corte española  
Más digno fue y espléndido ornamento?  
¡Y aquel mágico acento  
Enmudeció por siempre, que llenaba  
De inefable dulzura el alma mía!  
Y ¡qué! fortuna impía,  
¿Ni su postrar adiós oír me dejas?  
¿Ni de su esposo amado  
Templar el llanto y las amargas quejas?  
¿Ni el estéril consuelo  
De acompañar hasta el sepulcro helado  
Sus pálidos despojos?  
¡Ay! Derramen sin duelo  
Sangre mi corazón, llanto mis ojos.  
¿Por qué, por qué a la tumba,  
Insaciable de víctimas, tu amigo  
Antes que tú no descendió, Señora?  
¿Por qué al menos contigo  
La memoria fatal no te llevaste  
Que es un tormento irresistible ahora?  
¿Qué mármol hay que pueda  
En tan acerba angustia los aciagos  
Recuerdos resistir del bien perdido?  
Aun resuena en mi oído  
El espantoso obús lanzando estragos,  
Cuando mis ojos ávidos te vieron  
Por la primera vez. Cien bombas fueron  
A tu arribo marcial salva triunfante.  
Con inmóvil semblante

Escucho amedrentado el son horrendo  
De los globos mortíferos, en tomo  
Del leño frágil a tus pies cayendo,  
Y el agua que a su empuje se encumbraba  
Y hasta las altas grímpolas saltaba.

El dulce soplo de Favonio en tanto  
Las velas hinche del bajel ligero.  
Sin que salude con festivo canto  
La suspirada costa el marinero.  
Ardiendo de la patria en fuego santo,  
Insensible al horror del bronce fiero,  
Fijar te miro impávida y serena  
La planta breve en la menuda arena.  
—¡Salve, oh Deidad!—del gaditano muro  
Grita la muchedumbre alborozada;  
—¡Salve, oh Deidad!—de gozo enajenada  
La ruidosa marina  
Que a ti se agolpa y en bajel rodea;  
Y al cielo sube el aclamar sonoro  
Como al aplauso del celeste coro  
Salió del mar la hermosa Citerea.

Absortas contemplaron  
El fuego de tus ojos  
Las bellas ninfas de la bella Gades;  
Absortas te envidiaron  
El pie donoso y la mejilla pura,  
El vivo esmalte de tus labios rojos,  
El albo seno y la gentil cintura.  
Yo te miraba atónito: no empero  
Sentí en el alma el pasador agudo  
De bastarda pasión; que a dicha pudo  
Del honor y deber la ley severa  
Ser a mi pecho impenetrable escudo.  
Mas ¿quién el homenaje

De afecto noble, de amistad sincera  
Cual yo te tributó, cuando el tesoro  
De tu divino ingenio descubría,  
Que en cuerpo tan gallardo relucía  
Como rico brillante en joya de oro?  
¡Cuántas, ay, qué apacibles  
Horas en dulces pláticas pasadas  
Betis me viera de tu voz pendiente!  
¡Cuántas en las calladas  
Florestas de Aran juez el eco blando  
Detuvo el paso a la tranquila fuente;  
Ya el primor ensalzando  
Que al fragante clavel las hojas riza  
Y la ancha cola del pavón matiza;  
Ya la varia fortuna  
Del cetro godo y del laurel romano;  
O el poder sobrehumano  
Que de un soplo derroca  
Del alto solio al triunfador de Jena  
Y con duras amarras le encadena,  
Como al antiguo Encélado, a un roca.

Pero otro don magnífico, sublime,  
Más alto que el ingenio y la hermosura,  
Debiste al Criador, vivaz destello  
De su lumbre inmortal, alma ternura.  
¿Cuándo, cuándo al gemido  
Negó del infeliz oro tu mano,  
Ayes tu corazón? El escondido  
Volcán que decoroso  
Tu noble aspecto revelaba apenas,  
Un infortunio, un rasgo generoso,  
Un sacrificio heroico hervir hacía.  
Entonces agitado  
Tu rostro angelical resplandecía

Del más purpúreo rosicler cubierto:  
Del seno revelado  
La extraña conmoción, el entreabierto  
Labio, las refulgentes  
Ráfagas de tus ojos  
Que entre los anchos párpados brillaban,  
Las lágrimas ardientes  
Que a tus negras pestañas asomaban,  
El gesto, el ademán, los mal seguros  
Acentos, la expresión... ¡Ah! Nunca, nunca  
Tan insigne modelo  
De esto feliz, de inspiración divina  
Mostró Casandra en los dardanos muros  
Ni en las lides olímpicas Corina.  
Y sólo al santo fuego  
De un pecho tan magnánimo pudiera  
Deber tu amigo el aire que respira.  
Sólo a tu blando ruego  
La Amistad se vistiera  
Máscara y formas del Amor su hermano.  
¿Quién sino tú, señora,  
Dejando inquieta la mullida pluma  
Antes que el frío tálamo la Aurora,  
Entrar osara en la mansión del crimen?  
¿Quién sino tú del duro carcelero,  
Menos al son del oro empedernido  
Que al eco de los míseros que gimen,  
Quisiera el ceño soportar? Perdona,  
Cara Piedad, que mi indiscreta musa  
Publique al mundo tan heroico ejemplo,  
Y que mi gratitud cuelgue en el templo  
De la santa Amistad digna corona.  
    En el mezquino lecho  
De cárcel solitaria

Fiebre lenta y voraz me consumía,  
Cuando, sordo a mis quejas,  
Rayaba apenas en las altas rejas  
El perezoso albor del nuevo día.  
De planta cautelosa  
Insólito rumor hiere mi oído;  
Los vacilantes ojos  
Clavo en la ruda puerta, estremecido  
Del súbito crujir de sus cerrojos,  
Y el repugnante gesto  
Del fiero alcaide mi atención excita,  
Que hacia mí sin cesar su mano agita  
Con labio mudo y sonreír funesto.  
Salto del lecho, y sígole azorado,  
Cruzando los revueltos corredores  
De aquella triste y lóbrega caverna  
Hasta un breve recinto iluminado  
De moribunda y fúnebre linterna.  
Y a par que por oculto  
Tránsito desaparece  
Como visión fantástica el cerbero,  
De nuevo extraño bulto,  
Sombra confusa, que se acerca y crece,  
La angustia dobla de mi horror primero.  
Mas ¡cuál mi asombro fue cuando improvisa  
A la pálida luz mi vista errante  
Los bellos rasgos de Piedad divisa  
Entre los pliegues del cendal flotante!  
«¿Por qué, por qué benigna»,  
Clamé bañado en llanto de alborozo,  
«Osas pisar, Señora,  
Esta morada indigna  
Que tu respeto y tu virtud desdora?  
¡Ah! si a la fuerza del inmenso gozo,

Del placer celestial que el alma oprime,  
Hoy a tus plantas expirar consigo,  
Mi fiebre, mi prisión, mi fin bendigo.

»A este oscuro aposento

No a que de pena o de placer expires  
La voz de la amistad mis pasos guía,  
Sino a esforzar tu desmayado aliento  
Contra los golpes de la suerte impía.  
Su cuello al susto y la congoja doble  
El que del crimen en su pecho sienta  
El punzante agujón; que al alma noble  
Do la inocencia plácida se anida,  
Ni el peso de los grillos la atormenta,  
Ni el son de los cerrojos la intimida.  
Recobra, amigo caro,  
La esperanza marchita  
Y el digno esfuerzo del varón constante.  
Pronto será que el astro rutilante,  
Que jamás estas bóvedas visita,  
De la calumnia vil triunfar te vea:  
Mi fausto anuncio tu consuelo sea.

»Serálo, sí; lo juro;

Y aunque ese llanto que tu rostro inunda  
Vaticinio tan próspero desmiente,  
No me hará de fortuna el torvo ceño  
Fruncir las cejas ni arrugar la frente;  
Que el dichoso mortal a quien risueño  
Mira el destino...» ¡No acabé! A deshora  
La aciaga voz del carcelero escucho,  
Diciendo: «Es tarde; baste ya, Señora.»

«¡Adiós! ¡adiós! Del vulgo malicioso  
Que al despuntar del sol sacude el sueño  
Temo el labio mordaz. ¡Adiós te queda!»  
«Aguarda». .. «¡Adiós!»... Y en soledad sumido

Oigo ¡ay de mí! del caracol torcido  
Barrer las gradas la crujiente seda.  
¡Oh digno, oh generoso  
Dechado de amistad! ¡Oh alegre día!  
¿Y dónde estás, en dónde,  
Ángel consolador, Duquesa amada,  
Que no te mueve ya la angustia mía?  
¡Gran Dios, y ni responde  
De su esposo infeliz al caro acento,  
Aunque en la tumba helada  
Lágrimas de dolor vierte a raudales!  
¡Ni de su triste huérfana el lamento,  
Con ambos brazos al sepulcro asida,  
Ablanda sus entrañas maternas!  
¡Oh dulces prendas de su amor! Al mármol  
En vano importunáis. Hará el rocío  
Del venidero Abril que al campo vuelva  
La verde pompa que abrasó el estío;  
Mas no esperéis que el túmulo sombrío  
La devorada víctima devuelva.  
Ni a sus profundos huecos  
Otra respuesta oír que sordos ecos.  
En él de bronce y oro,  
Íncrito vate<sup>3</sup>, estallarán cinceles  
Vuestro heroico blasón, entretejiendo  
Con palmas tus laureles. ..  
¡Inútil afanar! La sien ceñida  
De adelfa y mirto, pulsará tu mano  
La dolorosa cítara, moviendo  
El orbe todo a compasión. .. ¡En vano!  
Resonarán con ellas

Mis gemidos simpáticos, y el coro  
De cuantos cisnes tu infortunio inspira

Alzar podrá a su gloria  
Noble trofeo en canto peregrino.  
Mas ¡ay! ¿podrá su lira  
Forzar las puertas del Edén divino  
Y el diente ensangrentado  
Del áspid arrancar en ti clavado?  
A más alto poder, mísero amigo,  
Los ojos torna y el clamor dirige  
Que entre sollozos lúgubres exhalas.  
Al Ser inmenso que los orbes rige,  
En las rápidas alas  
De ferviente oración remonta el vuelo.  
Yo elevaré contigo  
Mis tiernos votos, y al gemir de aquella  
Que en mis brazos creció, cándida niña  
Trasunto vivo de tu esposa bella,  
Dará benigno el ciclo  
Paz a su madre, a tu aflicción consuelo.  
Sí; que hasta el solio del Eterno llega  
El ardiente suspiro  
De quien con puro corazón le ruega,  
Como en su templo santo el humo sube  
Del balsámico incienso en vaga nube.

## JUAN MARIA MAURY

### 70. LA TIMIDEZ

A las márgenes alegres  
Que el Guadalquivir fecunda,  
Y donde ostenta pomposo

El orgullo de su cuna.

Vino Rosalba, sirena  
De los mares que tributan  
A España, entre perlas y oro,  
Peregrinas hermosuras.

Más festiva que las auras,  
Más ligera que la espuma.  
Hermosa como los cielos,  
Gallarda como ninguna,

Con el hechicero adorno  
De tantas bellezas juntas,  
No hay corazón que no robe,  
Ni quietud que no destruya.

Así Rosalba se goza,  
Mas la que tanto procura  
Avasallar libertades,  
Al cabo empeña la suya.

Lisardo, joven amable,  
Sobresale entre la turba  
De esclavos que por Rosalba  
Sufren de amor la coyunda.

Tal vez sus floridos años  
No bien de la edad adulta  
Acaban de ver cumplida  
La primavera segunda.

Aventajado en ingenio,  
Rico en bienes de fortuna.  
Dichoso, en fin, si supiera  
Que audacias amor indulta,

Idólatra más que amante,  
Con adoración profunda,  
A Rosalba reverencia,  
Y deidad se la figura.

Un día alcanza a otro día

Sin que su amor le descubra;  
El respeto le encadena  
Y ella su respeto culpa.

Bien a Lisardo sus ojos  
Dijeran que más presuma;  
Pero él, comedido amante,  
O los huye o no los busca.

Perdido y desconsolado,  
Una noche en que natura  
A meditación convida  
Con su pompa taciturna.

Mientras el disco mudable,  
En que ceñirse acostumbra,  
Entre celajes de nácar  
Esconde tímida luna;

Al margen del sacro río  
La inocente suerte acusa,  
Y así fatiga los aires  
Con endechas importunas:

«Baja tu velo  
Amor altivo,  
Mira que al cielo  
Osado va;  
Buscas en vano  
Correspondencia;  
Amor insano,  
Déjame ya.

»Déjame el alma  
Que otra vez libre  
Plácida calma  
Vuelva a tener:  
¡Qué digo, necio!  
El cielo sabe  
Si más aprecio

Mi padecer.

»Gima y padezca,

Una esperanza  
Sin que merezca  
A mi deidad;  
Sin que le pida  
Jamás el premio  
De mi perdida  
Felicidad.

»Tímida boca.

Nunca le digas  
La pasión loca  
Del corazón.  
Adonde oculto  
Está su templo,  
Y ofrenda y culto  
Lágrimas son.»

Más dijera, pero el llanto,  
En que sus ojos abundan,  
Le interrumpe, y las palabras  
En la garganta se anudan.

Cuando junto a la ribera,  
En un valle donde muchas  
Del árbol grato a Minerva  
Opimas ramas se cruzan,

Süave cuanto sonora,  
Lisardo otra voz escucha,  
Que, enamorando los ecos  
Tales acentos modula:

«Prepara el ensayo  
De más atractivos  
La rosa en los vivos  
Albores de Mayo:

»SI al férvido rayo

Su cáliz expone,  
Que el sol la corone  
En premio ha logrado,  
Y es reina del prado  
Y amor de Dione.

»¡Oh fuente! En eterno  
Olvido quedaras  
Si no te lanzaras  
Del seno materno;

»Tal vez el invierno  
Tu curso demora,  
Mas tú, vencedora,  
Burlando las nieves,  
A tu ímpetu debes  
Los besos de Flora.

»Y tú, que en dolores  
Consumes los años,  
Autor de tus daños  
Por vanos temores,

»En pago de amores  
No temas enojos,  
Enjuga los ojos;  
Que el dios que te hiere  
Más culto no quiere  
Que audacias y arrojios.»

Rayo son estas palabras  
Que al ciego joven alumbran.  
Quien su engaño reconoce  
Y la voz que las pronuncia.

Y al valle se arroja, adonde  
Testigos de su ventura  
Fueron las amigas sombras  
De la noche y selva muda;  
Mas muda la selva en vano

Y en vano la sombra oscura;  
No sufre orgullosa Venus  
Que sus victorias se encubran.

Lo que celaron los ramos  
Las cortezas lo divulgan.  
Que en ellas dulces memorias  
Con emblemas perpetúan.

Las Náyades en los troncos  
La fe y amor que se juran  
Leyeron, y ruborosas  
Se volvieron a sus urnas.

## JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

### 69. EL ESTÍO

Hermosa fuente que al vecino río  
Sonora envías tu cristal undoso,  
Y tú, blanda cual sueño venturoso,  
Yerba empapada en matinal rocío:

Augusta soledad del bosque umbrío  
Que da y protege el álamo frondoso.  
Amparad de verano riguroso  
Al inocente y fiel rebaño mío.

Que ya el suelo feraz de la campiña  
Selló Julio con planta abrasadora  
Y su verdura a marchitar empieza;

Y alegre ve la pampanosa viña  
En sus yemas la savia bienhechora  
Nuncio feliz de la otoñal riqueza.

# ANDRÉS BELLO

## 70. LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA

¡Salve, fecunda zona,  
Que al sol enamorado circunscribes  
El vago curso, y cuanto ser se anima  
En cada vario clima,  
Acariciada de su luz, concibes!  
Tú tejes al verano su guirnalda  
De granadas espigas; tú la uva  
Das a la hirviente cuba:  
No de purpúrea flor, o roja, o gualda  
A tus florestas bellas  
Falta matiz alguno; y bebe en ellas  
Aromas mil el viento;  
Y greyes van sin cuento  
Paciendo tu verdura, desde el llano  
Que tiene por lindero el horizonte,  
Hasta el erguido monte,  
De inaccesible nieve siempre cano.  
Tú das la caña hermosa.  
De do la miel se acendra,  
Por quien desdeña el mundo los panales:  
Tú en urnas de coral cuajas la almendra  
Que en la espumante jícara rebosa:  
Bulle carmín viviente en tus nopales,  
Que afrenta fuera al múrice de Tiro;  
Y de tu añil la tinta generosa  
Émula es de la lumbré del zafiro;  
El vino es tuyo, que la herida agave  
Para los hijos vierte

Del Anáhuac feliz; y la hoja es tuya  
Que cuando de süave  
Humo en espiras vagorosas huya,  
Solazará el fastidio al ocio inerte.  
Tú vistes de jazmines  
El arbusto sabeo,  
Y el perfume le das que en los festines  
La fiebre insana templará a Lieo.  
Para tus hijos la procera palma  
Su vario feudo cría,  
Y el ananás sazona su ambrosía:  
Su blanco pan la yuca,  
Sus rubias pomas la patata educa,  
Y el algodón despliega al aura leve  
Las rosas de oro y el vellón de nieve.  
Tendida para ti la fresca parcha  
En enramadas de verdor lozano,  
Cuelga de sus sarmientos trepadores  
Nectáreos globos y franjadas flores;  
Y para ti el maíz, jefe altanero  
De la espigada tribu, hinche su grano;  
Y para ti el banano  
Desmaya al peso de su dulce carga;  
El banano, primero  
De cuantos concedió bellos presentes  
Providencia a las gentes  
Del Ecuador feliz con mano larga.  
No ya de humanas artes obligado  
El premio rinde opimo:  
No es a la podadera, no al arado  
Deudor de su racimo;  
Escasa industria bástale, cual puede  
Hurtar a sus fatigas mano esclava:  
Crece veloz, y cuando exhausto acaba,

Adulta prole en torno le sucede.

Mas ¡oh! si cual no cede  
El tuyo, fértil zona, a suelo alguno,  
Y como de natura esmero ha sido,  
De tu indolente habitador lo fuera.  
¡Oh! ¡Si al falaz rüido  
La dicha al fin supiese verdadera  
Anteponer, que del umbral le llama  
Del labrador sencillo,  
Lejos del necio y vano  
Fausto, el mentido brillo,  
El ocio pestilente ciudadano.  
¿Por qué ilusión funesta  
Aquellos que fortuna hizo señores  
De tan dichosa tierra y pingüe y varia,  
Al cuidado abandonan  
Y a la fe mercenaria  
Las patrias heredades,  
Y en el ciego tumulto se aprisionan  
De míseras ciudades,  
Do la ambición proterva  
Sopla la llama de civiles bandos,  
O al patriotismo la desidia enerva;  
Do el lujo las costumbres atosiga,  
Y combaten los vicios  
La incauta edad en poderosa liga?  
No allí con varoniles ejercicios  
Se endurece el mancebo a la fatiga;  
Mas la salud estraga en el abrazo  
De pérfida hermosura,  
Que pone en almoneda los favores;  
Mas pasatiempo estima  
Prender aleve en casto seno el fuego  
De ilícitos amores;

O embebecido le hallará la aurora  
En mesa infame de ruinoso juego.  
En tanto a la lisonja seductora  
Del asiduo amador fácil oído  
Da la consorte: crece  
En la materna escuela  
De la disipación y el galanteo  
La tierna virgen, y al delito espuela  
Es antes el ejemplo que el deseo.  
¿Y será que se formen de este modo  
Los ánimos heroicos denodados  
Que fundan y sustentan los Estados?  
¿De la algazara del festín beodo,  
O de los coros de liviana danza,  
La dura juventud saldrá, modesta,  
Orgullo de la patria y esperanza?  
¿Sabrá con firme pulso  
De la severa ley regir el freno,  
Brillar en torno aceros homicidas  
En la dudosa lid verá sereno,  
O animoso hará frente al genio altivo  
Del engréido mando en la tribuna,  
Aquel que ya en la cuna  
Durmió al arrullo del cantar lascivo.  
Que riza el pelo, y se unge y se atavía  
Con femenil esmero,  
Y en indolente ociosidad el día,  
O en criminal lujuria pasa entero?  
No así trató la triunfadora Roma  
Las artes de la paz y de la guerra;  
Antes fió las riendas del Estado  
A la mano robusta  
Que tostó el sol y encalleció el arado:  
Y bajo el techo humoso campesino

Los hijos educó, que el conjurado  
Mundo allanaron al valor latino.

¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores  
Habéis nacido de la tierra hermosa  
En que reseña hacer de sus favores,  
Como para ganáros y atraeros,  
Quiso naturaleza bondadosa.  
Romped el duro encanto  
Que os tiene entre murallas prisioneros!  
El vulgo de las artes laborioso.  
El mercader que, necesario al lujo,  
Al lujo necesita,  
Los que anhelando van tras el señuelo  
Del alto cargo y del honor ruidoso,  
La grey de aduladores parasita,  
Gustosos pueblen ese infecto caos;  
El campo es vuestra herencia: en él gozaos.  
¿Amáis la libertad? El campo habita:  
No allá donde el magnate  
Entre armados satélites se mueve,  
Y de la moda, universal señora.  
Va la razón al triunfal carro atada,  
Y a la fortuna la insensata plebe,  
Y el noble al aura popular adora.  
¿O la virtud amáis? ¡Ah! ¡Que el retiro,  
La solitaria calma  
En que, juez de sí misma, pasa el alma  
A las acciones muestra,  
Es de la vida la mejor maestra!  
¿Buscáis durables goces,  
Felicidad, cuanta es al hombre dada  
Y a su terreno asiento, en que vecina  
Está la risa al llanto, y siempre ¡ah! siempre,

Donde halaga la flor, punza la espina?  
Id a gozar la suerte campesina;  
La regalada paz, que ni rencores,  
Al labrador, ni envidias acibaran;  
La cama que mullida le preparan  
El contento, el trabajo, el aire puro;  
Y el sabor de los fáciles manjares,  
Que dispendiosa gula no le aceda;  
Y el asilo seguro  
De sus patrios hogares  
Que a la salud y al regocijo hospeda.  
El aura respirad de la montaña,  
Que vuelve al cuerpo laso  
El perdido vigor, que a la enojosa  
Vejez retarda el paso,  
Y el rostro a la beldad tiñe de rosa.  
¿Es allí menos blanda por ventura  
De amor la llama, que templó el recato?  
¿O menos aficiona la hermosura  
Que de extranjero ornato  
Y afeites impostores no se cura?  
¿O el corazón escucha indiferente  
El lenguaje inocente  
Que los afectos sin disfraz expresa  
Y a la intención ajusta la promesa?  
No del espejo al importuno ensayo  
La risa se compone, el paso, el gesto;  
No falta allí carmín al rostro honesto  
Que la modestia y la salud colora.  
Ni la mirada que lanzó al soslayo  
Tímido amor, la senda al alma ignora.  
¿Esperáis que forme  
Más venturosos lazos himeneo,  
Do el interés barata,

Tirano del deseo,  
Ajena mano y fe por hombre o plata,  
Que do conforme gusto, edad conforme,  
Y elección libre, y mutuo ardor los ata?

Allí también deberes  
Hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas  
Heridas de la guerra; el fértil suelo,  
Áspero ahora y bravo,  
Al desacostumbrado yugo torne  
Del arte humana y le tribute esclavo.  
Del obstruido estanque y del molino  
Recuerden ya las aguas el camino;  
El intrincado bosque el hacha rompa,  
Consuma el fuego; abrid en luengas calles  
La obscuridad de su infructuosa pompa.  
Abrigo den los valles  
A la sedienta caña;  
La manzana y la pera  
En la fresca montaña  
El cielo olviden de su madre España;  
Adorne la ladera  
El cafetal; ampare  
A la tierra teobroma en la ribera  
La sombra maternal de su bucare;  
Aquí el vergel, allá la huerta ría. . .  
¿Es ciego error de ilusa fantasía?  
Ya dócil a tu voz, agricultura,  
Nodriz de las gentes, la caterva  
Servil armada va de corvas haces;  
Miróla ya que invade la espesura  
De la floresta opaca; oigo las voces;  
Siento el rumor confuso, el hierro suena;  
Los golpes el lejano

Eco redobla; gime el ceibo anciano,  
Que a numerosa tropa  
Largo tiempo fatiga;  
Batido de cien hachas se estremece,  
Estalla al fin, y rinde el ancha copa.  
Huyó la fiera; deja el caro nido.  
Deja la prole implume  
El ave, y otro bosque no sabido  
De los humanos, va a buscar doliente. . .  
¿Qué miro? Alto torrente  
De sonora llama  
Corre, y sobre las áridas ruinas  
De la postrada selva se derrama.  
El raudo incendio a gran distancia brama,  
Y el humo en negro remolino sube.  
Aglomerando nube sobre nube.  
Ya de lo que antes era  
Verdor hermoso y fresca lozanía,  
Sólo difuntos troncos.  
Sólo cenizas quedan, monumento  
De la dicha mortal, burla del viento.  
Mas al vulgo bravío  
De las tupidas plantas montaraces  
Sucede ya el fructífero plantío  
En muestra ufana de ordenados haces.  
Ya ramo a ramo alcanza  
Y a los rollizos tallos hurta el día;  
Ya la primera flor desvuelve el seno,  
Bello a la vista, alegre a la esperanza:  
A la esperanza, que riendo enjuga  
Del fatigado agricultor la frente,  
Y allá a lo lejos el opimo fruto  
Y la cosecha apañadora pinta,  
Que lleva de los campos el tributo,

Colmado el cesto, y con la falda encinta;  
Y bajo el peso de los largos bienes  
Con que al colono acude,  
Hace crujir los vastos almacenes.

¡Buen Dios! no en vano sude,  
Mas a merced y compasión te mueva  
La gente agricultora  
Del Ecuador, que del desmayo triste  
Con renovado aliento vuelve ahora,  
Y tras tanta zozobra, ansia, tumulto,  
Tantos años de fiera  
Devastación y militar insulto,  
Aún más que tu clemencia antigua implora.  
Su rústica piedad, pero sincera,  
Halle a tus ojos gracia; no el risueño  
Porvenir que las penas le aligera,  
Cual de dorado sueño  
Visión falaz, desvanecido llore:  
Intempestiva lluvia no maltrate  
El delicado embrión: el diente impío  
Del insecto roedor no lo devore:  
Sañudo vendaval no lo arrebate,  
Ni agote el árbol el materno jugo  
La calorosa sed de largo estío.  
Y pues al fin te plugo,  
Árbitro de la suerte soberano.  
Que suelto el cuello de extranjero yugo  
Irguiese al cielo el hombre americano,  
Bendecida de ti se arraigue y medre  
Su libertad; en el más hondo encierra  
De los abismos la malvada guerra,  
Y el miedo de la espada asoladora  
Al suspicaz cultivador no arredre

Del arte bienhechora.  
Que las familias nutre y los Estados;  
La azorada inquietud deje las almas,  
Deje la triste herrumbre los arados.  
Asaz de nuestros padres malhadados  
Expiamos la bárbara conquista.  
¿Cuántas doquier la vista  
No asombran erizadas soledades,  
Do cultos campos fueron, do ciudades?  
De muertes, proscripciones,  
Suplicios, orfandades,  
¿Quién contará la pavorosa suma?  
Saciadas duermen ya de sangre ibera  
Las sombras de Atahualpa y Moctezuma.  
¡Ah! Desde el alto asiento  
En que escabel te son alados coros  
Que velan en pasmado acatamiento  
La faz ante la lumbre de tu frente  
(Si merece por dicha una mirada  
Tuya la sin ventura humana gente),  
El ángel nos envía,  
El ángel de la paz, que al crudo ibero  
Haga olvidar la antigua tiranía,  
Y acatar reverente el que a los hombres  
Sagrado diste, imprescriptible fuero;  
Que alargar le haga al injuriado hermano  
(¡Ensangrentóla asaz!) la diestra inerme;  
Y si la innata mansedumbre duerme,  
La despierte en el pecho americano.  
El corazón lozano  
Que una feliz obscuridad desdeña.  
Que en el azar sangriento del combate  
Alborozado late,  
Y codicioso de poder o fama,

Nobles peligros ama;  
Baldón estime sólo y vituperio  
El prez que de la patria no reciba,  
La libertad más dulce que el imperio,  
Y más hermosa que el laurel la oliva.  
Ciudadano el soldado.  
Deponga de la guerra la librea;  
El ramo de victoria  
Colgado al ara de la patria sea,  
Y sola adorne al mérito la gloria.  
De su triunfo entonces patria mía.  
Verá la paz el suspirado día;  
La paz, a cuya vista el mundo llena  
Alma, serenidad y regocijo,  
Vuelve alentado el hombre a la faena,  
Alza el ancla la nave, a las amigas  
Auras encomendándose animosa,  
Enjámbrase el taller, hierve el cortijo,  
Y no basta la hoz a las espigas.

¡Oh jóvenes naciones, que ceñida  
Alzáis sobre el atónito Occidente  
De tempranos laureles la cabeza!  
Honrad al campo, honrad la simple vida  
Del labrador y su frugal llaneza.  
Así tendrán en vos perpetuamente  
La libertad morada,  
Y freno la ambición, y la ley templo.  
Las gentes a la senda  
De la inmortalidad, ardua y fragosa,  
Se animarán, citando vuestro ejemplo.  
Lo emulará celosa  
Vuestra posteridad, y nuevos nombres  
Añadiendo la fama

A los que ahora aclama,  
    «Hijos son éstos, hijos  
(Pregonará a los hombres)  
De los que vencedores superaron  
De los Andes la cima;  
De los que en Boyacá, los que en la arena  
De Maipo y en Junín, y en la campaña  
Gloriosa de Apurima,  
Postrar supieron al león de España.»

## JOSÉ MARIA HEREDIA Y CAMPUZANO

### 73. NIÁGARA

DADME mi lira, dádmela: que siento  
En mi alma estremecida y agitada  
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo  
En tinieblas pasó, sin que mi frente  
Brillase con su luz!. .. Niágara undoso,  
Sola tu faz sublime ya podría  
    Tornarme el don divino, que ensañada  
Me robó del dolor la mano impía.  
Torrente prodigioso, calma, acalla  
Tu trueno aterrador: disipa un tanto  
Las tinieblas que en tomo te circundan,  
Y déjame mirar tu faz serena,  
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre,  
Lo común y mezquino desdeñando,  
Ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,

Al retumbar sobre mi frente el rayo,  
Palpitando gocé: vi al Océano  
Azotado del austro proceloso  
Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
Sus abismos abrir, y amé el peligro,  
Y sus iras amé: mas su fiereza  
En mi alma no dejara  
La profunda impresión de tu grandeza.  
Corres sereno y majestuoso, y luego  
En ásperos peñascos quebrantado,  
Te abalanzas violento, arrebatado,  
Como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana describir podría  
De la sirte rugiente  
La aterradora faz? El alma mía  
En vagos pensamientos se confunde,  
Al contemplar la férvida corriente,  
Que en vano quiere la turbada vista  
En su vuelo seguir al borde oscuro  
Del precipicio altísimo: mil olas,  
Cual pensamiento rápidas pasando,  
Chocan y se enfurecen,  
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,  
Y entre espuma y fragor desaparecen.  
Mas llegan. .. saltan... el abismo horrendo  
Devora los torrentes despeñados;  
Crúzanse en él mil iris, y asordados  
Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
Rómpese el agua, y salta, y una nube  
De revueltos vapores  
Cubre el abismo en remolinos, sube,  
Gira en tomo, y al cielo  
Cual pirámide inmensa se levanta,

Y por sobre los bosques que le cercan  
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista  
Con inquieto afanar? ¿Por qué no miro  
Alrededor de tu caverna inmensa  
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
Que en las llanuras de mi ardiente patria  
Nacen del sol a la sonrisa, y crecen,  
Y al soplo de la brisa del Océano  
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene.  
Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino,  
Ni otra corona que el agreste pino  
A tu terrible majestad conviene.  
La palma y mirto, y delicada rosa,  
Muelle placer inspiren y ocio blando  
En frívolo jardín: a ti la suerte  
Guarda más digno objeto y más sublime.  
El alma libre, generosa y fuerte,  
Viene, te ve, se asombra,  
Menosprecia los frívolos deleites  
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! en otros climas  
Vi monstruos execrables  
Blasfemando tu nombre sacrosanto,  
Sembrar error y fanatismo impío,  
Los campos inundar con sangre y llanto,  
De hermanos atizar la infanda guerra  
Y desolar frenéticos la tierra.  
Vilos, y el pecho se inflamó a su vista  
En grave indignación. Por otra parte  
Vi mentidos filósofos que osaban  
Escrutar tus misterios, ultrajarte,  
Y de impiedad al lamentable abismo

A los míseros hombres arrastraban:  
Por eso siempre te buscó mi mente  
En la sublime soledad: ahora  
Entera se abre a ti; tu mano siente  
En esa inmensidad que me circunda,  
Y tu profunda voz baja a mi seno  
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!  
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena  
Y de terror y admiración me llena!  
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza  
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?  
¿Qué poderosa mano  
Hace que al recibirte  
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,  
Cubrió tu faz de nubes agitadas.  
Dio su voz a tus aguas despeñadas  
Y ornó con su arco tu terrible frente.  
Miró tus aguas que incansable corren,  
Como el largo torrente de los siglos  
Rueda en la eternidad: así del hombre  
Pasan volando los floridos días  
Y despierta el dolor. .. ¡Ay! ya agotada  
Siento mi juventud, mi faz marchita,  
Y la profunda pena que me agita  
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día  
Mi mísero aislamiento, mi abandono,  
Mi lamentable desamor. .. ¿Podría  
Un alma apasionada y borrascosa  
Sin amor ser feliz?. .. ¡Oh! ¡Si una hermosa  
Digna de mí me amase  
Y de este abismo al borde turbulento

Mi vago pensamiento  
Y mi andar solitario acompañase!  
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse  
De leve palidez, y ser más bella  
En su dulce terror, y sonreírse  
Al sostenerla en mis amantes brazos. ...!  
¡Delirios de virtud!... ¡Ay! desterrado,  
Sin patria, sin amores,  
Sólo miro ante mí llanto y dolores.  
    ¡Niágara poderoso!  
Oye mi última voz: en pocos años  
Ya devorado habrá la tumba fría  
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso,  
Al contemplar tu faz algún viajero,  
Dar un suspiro a la memoria mía.  
Y yo al hundirse el sol en Occidente,  
Vuele gozoso do el Criador me llama,  
Y al escuchar los ecos de mi fama  
Alce en las nubes la radiosa frente.

## DUQUE DE RIVAS

### 74. EL FARO DE MALTA

ENVUELVE al mundo extenso triste noche,  
Ronco huracán y borrascosas nubes  
Confunden, y tinieblas impalpables,  
    El cielo, el mar, la tierra:  
    Y tú invisible te alzas, en tu frente  
Ostentando de fuego una corona.

Cual rey del caos, que refleja y arde  
Con luz de paz y vida.  
En vano ronco el mar alza sus montes  
y revienta a tus pies, do rebramante  
Creciendo en blanca espuma, esconde y borra  
El abrigo del puerto:  
Tú, con lengua de fuego, *aquí está* dices,  
Sin voz hablando al tímido piloto,  
Que como a númen bienhechor te adora,  
Y en ti los ojos clava.  
Tiende apacible noche el manto rico,  
Que el céfiro amoroso desenrolla,  
Recamado de estrellas y luceros,  
Por él rueda la luna;  
Y entonces tú, de niebla vaporosa  
Vestido, dejas ver en formas vagas  
Tu cuerpo colosal, y tu diadema  
Arde al par de los astros.  
Duerme tranquilo el mar, pérfido esconde  
Rocas alevés, áridos escollos:  
Falso señuelo son, lejanas cumbres  
Engañan a las naves.  
Mas tú, cuyo esplendor todo lo ofusca,  
Tú, cuya inmóvil posición indica  
El trono de un monarca, eres su norte,  
Les adviertes su engaño.  
Así de la razón arde la antorcha,  
En medio del furor de las pasiones  
O de alevés halagos de fortuna,  
A los ojos del alma.  
Desde refugio de la airada suerte  
En esta escasa tierra que presides,  
Y grato albergue el cielo bondadoso  
Me concedió propicio;

Ni una vez sólo a mis pesares busco  
Dulce olvido del sueño entre los brazos  
Sin saludarte, y sin tomar los ojos  
A tu espléndida frente.

¡Cuántos, ay, desde el seno de los mares  
Al par los tomarán!. .. tras larga ausencia  
Unos, que vuelven a su patria amada,  
A sus hijos y esposa.

Otros prófugos, pobres, perseguidos,  
Que asilo buscan, cual busqué lejano,  
Y a quienes que lo hallaron tu luz dice,  
Hospitalaria estrella.

Arde, y sirve de norte a los bajeles,  
Que de mi patria, aunque de tarde en tarde,  
Me traen nuevas amargas, y renglones  
Con lágrimas escritos.

Cuando la vez primera deslumbraste  
Mis afligidos ojos, ¡cuál mi pecho,  
Destrozado y hundido en amargura  
Palpitó venturoso!

Del Lacio moribundo las riberas  
Huyendo inhospitables, contrastado  
Del viento y mar entre ásperos bajíos  
Vi tu lumbre divina;

Viéronla como yo los marineros,  
Y, olvidando los votos y plegarias  
Que en las sordas tinieblas se perdían,  
¡¡Malta!! ¡¡Malta!!, gritaron;

Y fuiste a nuestros ojos la aureola  
Que orna la frente de la santa imagen  
En quien busca afanoso peregrino  
La salud y el consuelo.

Jamás te olvidare, jamás. . . Tan sólo  
Trocara tu esplendor, sin olvidarlo,

Rey de la noche, y de tu excelsa cumbre  
La benéfica llama,  
Por la llama y los fúlgidos destellos  
Que lanza, reflejando al sol naciente,  
El arcángel dorado que corona  
De Córdoba la torre.

## 75. UN CASTELLANO LEAL

Romance primero

«HOLA, hidalgos y escuderos  
De mi alcurnia y mi blasón,  
Mirad como bien nacidos  
De mi sangre y casa en pro.

»Esas puertas se defiendan;  
Que no ha de entrar, vive Dios,  
Por ellas, quien no estuviere  
Más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio  
Un fementido traidor  
Que contra su Rey combate  
Y que a su patria vendió.

»Pues si él es de Reyes primo,  
Primo de Reyes soy yo;  
Y conde de Benavente  
Si él es duque de Borbón.

»Llevándole de ventaja  
Que nunca jamás manchó  
La traición mi noble sangre,  
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle  
Una ya cascada voz,  
Que de un palacio salía  
Cuya puerta se cerró;

Y a la que estaba a caballo  
Sobre un negro pisador,  
Siendo en su escudo las lises  
Más bien que timbre baldón,

Y de pajes y escuderos  
Llevando un tropel en pos  
Cubiertos de ricas galas.  
El gran duque de Borbón;  
El que lidiando en Pavía,  
Más que valiente, feroz,  
Gozóse en ver prisionero  
A su natural señor;  
Y que a Toledo ha venido,  
Ufano de su traición,  
Para recibir mercedes  
Y ver al Emperador.

## Romance segundo

En una anchurosa cuadra  
Del alcázar de Toledo,  
Cuyas paredes adornan  
Ricos tapices flamencos,  
Al lado de una gran mesa,  
Que cubre de terciopelo  
Napolitano tapete  
Con borlones de oro y flecos,  
Ante un sillón de respaldo  
Que entre bordado arabesco  
Los timbres de España ostenta  
Y el águila del imperio.  
De pie estaba Carlos Quinto,  
Que en España era primero.  
Con gallardo y noble talle,  
Con noble y tranquilo aspecto.  
De brocado de oro y blanco  
Viste tabardo tudesco.  
De rubias martas orlado,

Y desabrochado y suelto,  
Dejando ver un justillo  
De raso jalde, cubierto  
Con primorosos bordados  
Y costosos sobrepuestos,  
Y la excelsa y noble insignia  
Del Toisón de oro, pendiendo  
De una preciosa cadena  
En la mitad de su pecho.

Un birrete de velludo  
Con un blanco airón, sujeto  
Por un joyel de diamantes  
Y un antiguo camafeo,  
Descubre por ambos lados,  
Tanta majestad cubriendo.  
Rubio, cual barba y bigote,  
Bien atusado el cabello.

Apoyada en la cadera  
La potente diestra ha puesto.  
Que aprieta dos guantes de ámbar  
Y un primoroso mosquero,  
Y con la siniestra halaga  
De un mastín muy corpulento,  
Blanco y las orejas rubias.  
El ancho y carnoso cuello.

Con el Condestable insigne,  
Apaciguador del reino,  
De los pasados disturbios  
Acaso está discurrendo;

O del trato que dispone  
Con el Rey de Francia preso,  
O de asuntos de Alemania  
Agitada por Lutero;

Cuando un tropel de caballos

Oye venir a lo lejos  
Y ante el alcázar pararse.  
Quedando todo en silencio.  
    En la antecámara suena  
Rumor impensado luego,  
Ábrese al fin la mampara  
Y entra el de Borbón soberbio,  
    Con el semblante de azufre  
Y con los ojos de fuego.  
Bramando de ira y de rabia  
Que enfrena mal el respeto;  
    Y con balbuciente lengua,  
Y con mal borrado ceño,  
Acusa al de Benavente,  
Un desagravio pidiendo.  
    Del español Condestable  
Latió con orgullo el pecho,  
Ufano de la entereza  
De su esclarecido deudo.  
    Y aunque advertido procura  
Disimular cual discreto,  
A su noble rostro asoman  
La aprobación y el contento.  
    El Emperador un punto  
Quedó indeciso y suspenso,  
Sin saber qué responderle  
Al francés, de enojo ciego.  
    Y aunque en su interior se goza  
Con el proceder violento  
Del conde de Benavente,  
De altas esperanzas lleno  
    Por tener tales vasallos,  
De noble lealtad modelos,  
Y con los que el ancho mundo

Será a sus glorias estrecho.  
Mucho al de Borbón le debe  
Y es fuerza satisfacerlo:  
Le ofrece para calmarlo  
Un desagravio completo.

Y, llamando a un gentilhombre,  
Con el semblante severo  
Manda que el de Benavente  
Venga a su presencia presto.

### Romance tercero

Sostenido por sus pajes  
Desciende de su litera  
El conde de Benavente  
Del alcázar a la puerta.

Era un viejo respetable,  
Cuerpo enjuto, cara seca.  
Con dos ojos como chispas,  
Cargados de largas cejas,  
Y con semblante muy noble.  
Mas de gravedad tan seria  
Que veneración de lejos  
Y miedo causa de cerca.

Era su traje unas calzas  
De púrpura de Valencia,  
Y de recamado ante  
Un colete a la leonesa:

De fino lienzo gallego  
Los puños y la gorguera,  
Unos y otra guarnecidos  
Con randas barcelonesas;  
Un birretón de velludo  
Con un cintillo de perlas,

Y el gabán de paño verde  
Con alamares de seda.

Tan sólo de Calatrava  
La insignia española lleva;  
Que el Toisón ha despreciado  
Por ser orden extranjera.

Con paso tardo, aunque firme,  
Sube por las escaleras,  
Y al verle, las alabardas  
Un golpe dan en la tierra.

Golpe de honor, y de aviso  
De que en el alcázar entra  
Un Grande, a quien se le debe  
Todo honor y reverencia.

Al llegar a la antesala,  
Los pajes que están en ella  
Con respeto le saludan  
Abriendo las anchas puertas.

Con grave paso entra el conde  
Sin que otro aviso preceda,  
Salones atravesando  
Hasta la cámara regia.

Pensativo está el Monarca,  
Discurriendo cómo pueda  
Componer aquel disturbio  
Sin hacer a nadie ofensa.

Mucho al de Borbón le debe,  
Aun mucho más de él espera,  
Y al de Benavente mucho  
Considerar le interesa.

Dilación no admite el caso,  
No hay quien dar consejo pueda  
Y Villalar y Pavía  
A un tiempo se le recuerdan.

En el sillón asentado  
Y el codo sobre la mesa,  
Al personaje recibe,  
Que comedido se acerca.

Grave el conde le saluda  
Con una rodilla en tierra.  
Mas como Grande del reino  
Sin descubrir la cabeza.

El Emperador benigno  
Que alce del suelo le ordena,  
Y la plática difícil  
Con sagacidad empieza.

Y entre severo y afable  
Al cabo le manifiesta  
Que es el que a Borbón aloje  
Voluntad suya resuelta.

Con respeto muy profundo,  
Pero con la voz entera,  
Respóndele Benavente,  
Destocando la cabeza:

«Soy, señor, vuestro vasallo,  
Vos sois mi rey en la tierra,  
A vos ordenar os cumple  
De mi vida y de mi hacienda.

» Vuestro soy, vuestra mi casa,  
De mí disponed y de ella,  
Pero no toquéis mi honra  
Y respetad mi conciencia.

»Mi casa Borbón ocupe  
Puesto que es voluntad vuestra,  
Contamine sus paredes,  
Sus blasones envilezca;

»Que a mí me sobra en Toledo  
Donde vivir, sin que tenga

Que rozarme con traidores,  
Cuyo solo aliento infesta.  
    »Y en cuanto él deje mi casa,  
Antes de tornar yo a ella,  
Purificaré con fuego  
Sus paredes y sus puertas.»  
    Dijo el conde, la real mano  
Besó, cubrió su cabeza,  
Y retiróse bajando  
A do estaba su litera.  
    Y a casa de un su pariente  
Mandó que lo condujeran,  
Abandonando la suya  
Con cuanto dentro se encierra.  
    Quedó absorto Carlos Quinto  
De ver tan noble firmeza,  
Estimando la de España  
Más que la imperial diadema.

#### Romance cuarto

Muy pocos días el duque  
Hizo mansión en Toledo,  
Del noble conde ocupando  
Los honrados aposentos.  
    Y la noche en que el palacio  
Dejó vacío, partiendo,  
Con su séquito y sus pajes,  
Orgullosos y satisfechos,  
    Turbó la apacible luna  
Un vapor blanco y espeso  
Que de las altas techumbres  
Se iba elevando y creciendo:  
    A poco rato tornóse

En humo confuso y denso  
Que en nubarrones oscuros  
Ofuscaba el claro cielo;  
    Después en ardientes chispas,  
Y en un resplandor horrendo  
Que iluminaba los valles  
Dando en el Tajo reflejos,  
    Y al fin su furor mostrando  
En embravecido incendio  
Que devoraba altas torres  
Y derrumbaba altos techos.  
    Resonaron las campanas.  
Conmovióse todo el pueblo,  
De Benavente el palacio  
Presa de las llamas viendo.  
    El Emperador confuso  
Corre a procurar remedio,  
En atajar tanto daño  
Mostrando tenaz empeño.  
    En vano todo: tragóse  
Tantas riquezas el fuego.  
A la lealtad castellana  
Levantando un monumento.  
    Aun hoy unos viejos muros  
Del humo y las llamas negros  
Recuerdan acción tan grande  
En la famosa Toledo.

JOSÉ DE ESPRONCEDA

76. HIMNO DE LA INMORTALIDAD

¡SALVE, llama creadora del mundo.  
Lengua ardiente de eterno saber,  
Puro germen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte a tus pies!

Tú la inerte materia espoleas.  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas, y creas  
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez;  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas.  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentas,  
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa a los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito a las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas.  
En los valles suspiras de amor,  
Tú murmuras del aura en las alas,  
En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
En arroyos de hirviente metal;  
Tú abrillantas la perla que encierra  
En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
Negro manto que agita Aquilón;  
Con tu aliento los aires enciendes.  
Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida.  
Manantial sempiterno del bien;

Luz del mismo Hacedor desprendida,  
Juventud y hermosura es tu ser.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
En sus ejes impulsa a rodar,  
Sentimiento armonioso y profundo  
De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
Incansables artífices son,  
Del espíritu ardiente cincelan  
Y embellecen la estrecha prisión.

Tú en violento, veloz torbellino  
Los empujas enérgica, y van;  
Y adelante en tu raudo camino  
A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
Desparecen y llegan sin fin,  
Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
En tu inmenso taller sin cesar,  
Y en la tosca materia golpean,  
Y redobla el trabajo su afán.

De la vida en el hondo Océano  
Flota el hombre en perpetuo vaivén,  
Y derrama abundante tu mano  
La creadora semilla en su ser.

Hombre débil, levanta la frente.  
Pon tu labio en su eterno raudal;  
Tú serás como el sol en Oriente,  
Tú serás como el mundo, inmortal.

CON diez cañones por banda,  
Viento en popa, a toda vela,  
No corta el mar, sino vuela  
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman.  
Por su bravura, el *Temido*,  
En todo mar conocido  
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,  
En la lona gime el viento,  
Y alza en blando movimiento  
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata.  
Cantando alegre en la popa,  
Asia a un lado, al otro Europa,  
Y allá a su frente Estambul.

«Navega, velero mío,  
Sin temor;  
Que ni enemigo navío.  
Ni tormenta, ni bonanza  
Tu rumbo a torcer alcanza.  
Ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas  
Hemos hecho  
A despecho  
Del inglés,  
Y han rendido  
Sus pendones  
Cien naciones  
A mis pies.»

Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza del viento,  
Mi única patria, la mar.

«Allá muevan feroz guerra  
Ciegos reyes  
Por un palmo más de tierra:  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie impuso leyes.  
»Y no hay playa,  
Sea cualquiera,  
Ni bandera  
De esplendor,  
Que no sienta  
Mi derecho,  
Y dé pecho  
A mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro. . .

«A la voz de “¡barco viene!”  
Es de ver  
Cómo vira y se previene  
A todo trapo escapar;  
Que yo soy el rey del mar.  
Y mi furia es de temer.  
»En las presas  
Yo divido  
Lo cogido  
Por igual:  
Sólo quiero  
Por riqueza  
La belleza  
Sin rival.»

Que es mi barco mi tesoro. . .

«¡Sentenciado estoy a muerte!  
Yo me río:

No me abandone la suerte  
Y al mismo que me condena,  
Colgaré de alguna antena,  
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,  
¿Qué es la vida?  
Por perdida  
Ya la di,  
Cuando el yugo  
Del esclavo,  
Como un bravo,  
Sacudí.»

*Que es mi barco mi tesoro. . .*

«Son mi música mejor  
Aquilones:  
El estrépito y temblor  
De los cables sacudidos.  
Del negro mar los bramidos  
Y el rugir de mis cañones  
»Y del trueno  
Al son violento  
Y del viento  
Al rebramar,  
Yo me duermo  
Sosegado,  
Arrullado  
Por el mar.»  
Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,  
Mi ley la fuerza del viento,  
Mi única patria, la mar.

## 78. CANTO A TERESA

Descarna en paz

¡Bueno es el mundo, bueno, bueno, bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra.  
Por todas partes de delicias lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra.  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra;  
¡Paz a los hombres! ¡gloria en las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

*María, por Miguel de los Santos Álvarez.*

¿POR qué volvéis a la memoria mía,  
Tristes recuerdos del placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazón herido?  
¡Ay! que de aquellas horas de alegría  
Le quedó al corazón sólo un gemido,  
Y el llanto que al dolor los ojos niegan  
Lágrimas son de hiel que el alma anegan.

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
De juventud, de amor y de ventura,  
Regaladas de músicas sonoras,  
Adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras.  
Sus alas de carmín y nieve pura,  
Al sol de mi esperanza desplegando,  
Pasaban ¡ay! a mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores.  
El sol iluminaba mi alegría.

El aura susurraba entre las flores,  
El bosque mansamente respondía,  
Las fuentes murmuraban sus amores. . .  
¡Ilusiones que llora el alma mía!  
¡Oh! ¡cuán süave resonó en mi oído  
El bullicio del mundo y su ruido!

    Mi vida entonces, cual guerrera nave  
Que el puerto deja por la vez primera,  
Y al soplo de los céfiros süave  
Orgullosa despliega su bandera,  
Y al mar dejando que a sus pies alabe  
Su triunfo en roncós cantos, va velera.  
Una ola tras otra bramadora  
Hollando y dividiendo vencedora.

    ¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente  
De amor volaba; el sol de la mañana  
Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
Y el alma pura de su dicha ufana:  
Dentro de ella el amor, cual rica fuente  
Que entre frescuras y arboledas mana.  
Brotaba entonces abundante río  
De ilusiones y dulce desvarío.

    Yo amaba todo: un noble sentimiento  
Exaltaba mi ánimo, y sentía  
En mi pecho un secreto movimiento,  
De grandes hechos generoso guía:  
La libertad con su inmortal aliento,  
Santa diosa, mi espíritu encendía,  
Contino imaginando en mi fe pura  
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

    El puñal de Catón, la adusta frente

Del noble Bruto, la constancia fiera  
Y el arrojo de Scévola valiente,  
La doctrina de Sócrates severa,  
La voz atronadora y elocuente  
Del orador de Atenas, la bandera  
Contra el tirano Macedonio alzando,  
Y al espantado pueblo arrebatando:

El valor y la fe del caballero,  
Del trovador el arpa y los cantares,  
Del gótico castillo el altanero  
Antiguo torreón, do sus pesares  
Cantó tal vez con eco lastimero,  
¡Ay! arrancada de sus patrios lares,  
Joven cautiva, al rayo de la luna,  
Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda,  
Tal vez inquieto y con mortal recelo;  
La forma bella que cruzó gallarda,  
Allá en la noche, entre medroso velo;  
La ansiada cita que en llegar se tarda  
Al impaciente y amoroso anhelo,  
La mujer y la voz de su dulzura,  
Que inspira al alma celestial ternura:

A un tiempo mismo en rápida tormenta  
Mi alma alborotada de continuo,  
Cual las olas que azota con violenta  
Cólera impetuoso torbellino:  
Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
En mi voz escuchaba su destino;  
Ya al caballero, al trovador soñaba.  
Y de gloria y de amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
Que el alma sólo recogida entiende,  
Un sentimiento misterioso y santo,  
Que del barro al espíritu desprende;  
Agreste, vago y solitario encanto  
Que en inefable amor el alma enciende,  
Volando tras la imagen peregrina  
El corazón de su ilusión divina.

Yo, desterrado en extranjera playa,  
Con los ojos extático seguía  
La nave audaz que en argentada raya  
Volaba al puerto de la patria mía:  
Yo, cuando en Occidente el soy desmaya,  
Solo y perdido en la arboleda umbría.  
Oír pensaba el armonioso acento  
De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo  
De la mágica luna se colora,  
Del sol poniente al lánguido desmayo  
Lejos entre las nubes se evapora;  
Sobre las cumbres que florece Mayo  
Brilla fugaz al despuntar la aurora,  
Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslizase en el cielo  
Allá en la noche desprendida estrella.  
Si aroma el aire recogió en el suelo,  
Es el aroma que le presta ella.  
Blanca es la nube que en callado vuelo  
Cruza la esfera, y que su planta huella.  
Y en la tarde la mar olas le ofrece

De plata y de zafir, donde se mece.

Mujer que amor en su ilusión figura,  
Mujer que nada dice a los sentidos,  
Ensueño de suavísima ternura,  
Eco que regaló nuestros oídos;  
De amor la llama generosa y pura,  
Los goces dulces del amor cumplidos,  
Que engalana la rica fantasía,  
Goces que avaro el corazón ansia.

¡Ay! aquella mujer, tan sólo aquella,  
Tanto delirio a realizar alcanza,  
Y esa mujer tan cándida y tan bella  
Es mentida ilusión de la esperanza:  
Es el alma que vivida destella  
Su luz al mundo cuando en él se lanza,  
Y el mundo con su magia y galanura  
Es espejo no más de su hermosura:

Es el amor que al mismo amor adora,  
El que creó las Sílfides y Ondinas,  
La sacra ninfa que bordando mora  
Debajo de las aguas cristalinas:  
Es el amor que recordando llora  
Las arboledas del Edén divinas:  
Amor de allí arrancado, allí nacido.  
Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!  
¡Sentimiento purísimo! ¡memoria  
Acaso triste de un perdido cielo,  
Quizá esperanza de futura gloria!  
¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
¡Oh mujer que en imagen ilusoria

Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
Brindó el amor a mi ilusión primera! ..

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,  
¡Ah! ¿dónde estáis que no corréis a mares?  
¿Por qué, por qué como en mejores días,  
No consoláis vosotras mis pesares?  
¡Oh! los que no sabéis las agonías  
De un corazón que penas a millares  
¡Ah! desgarraron y que ya no llora,  
¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh dichosos mil veces, sí, dichosos  
Los que podéis llorar! y ¡ay! sin ventura  
De mí, que entre suspiros angustiosos  
Ahogar me siento en infernal tortura.  
¡Retuércese entre nudos dolorosos  
Mi corazón, gimiendo de amargura!  
También tu corazón, hecho pavesa,  
¡Ay! llegó a no llorar, ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mía,  
Que fuera eterno manantial de llanto,  
Tanto inocente amor, tanta alegría,  
Tantas delicias y delirio tanto?  
¿Quién pensara jamás llegase un día  
En que perdido el celestial encanto  
Y caída la venda de los ojos,  
Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo  
Aerea como dorada mariposa,  
Ensueño delicioso del deseo,  
Sobre tallo gentil temprana rosa,  
Del amor venturoso devaneo,

Angélica, purísima y dichosa,  
Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron  
A los cielos su azul, y las rosadas  
Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
Las de Mayo serenas alboradas:  
Y aquellas horas dulces que pasaron  
Tan breves, ¡ay! como después lloradas,  
Horas de confianza y de delicias,  
De abandono y de amor y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
Y pasaba a la par nuestra ventura;  
Y nunca nuestras ansias las contaban,  
Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura.  
Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,  
Llanto tal vez vertiendo de ternura;  
Que nuestro amor y juventud veían,  
Y temblaban las horas que vendrían.

Y llegaron en fin. .. ¡Oh! ¿quién impió  
¡Ay! agostó la flor de tu pureza?  
Tú fuiste un tiempo cristalino río,  
Manantial de purísima limpieza;  
Después torrente de color sombrío.  
Rompiendo entre peñascos y maleza,  
Y estanque, en fin, de aguas corrompidas.  
Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caíste despeñado al suelo,  
Astro de la mañana luminoso?  
Ángel de luz, ¿quién te arrojó del cielo  
A este valle de lágrimas odioso?

Aun cercaba tu frente el blanco velo  
Del serafín, y en ondas fulguroso  
Rayos al mundo tu esplendor vertía,  
Y otro cielo el amor te prometía.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído,  
O mujer nada más y lodo inmundo,  
Hermoso ser para llorar nacido,  
O vivir como autómata en el mundo.  
Sí, que el demonio en el Edén perdido.  
Abasara con fuego del profundo  
La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego  
La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente,  
Que a fecundar el universo mana,  
Y en la tierra su límpida corriente  
Sus márgenes con flores engalana;  
Mas, ¡ay! huid: el corazón ardiente  
Que el agua clara por beber se afana.  
Lágrimas verterá de duelo eterno,  
Que su raudal lo envenenó el infierno.

Huid, si no queréis que llegue un día  
En que enredado en retorcidos lazos  
El corazón, con bárbara porfía  
Luchéis por arrancároslo a pedazos:  
En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos alcéis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron,  
Las dulces esperanzas que trajeron  
Con sus blancos ensueños se llevaron,

Y el porvenir de oscuridad vistieron:  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan soñada gloria  
Sólo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! ¡Al recordarte siento  
Un pesar tan intenso!... Embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mío:  
Para allí su carrera el pensamiento.  
Hiela mi corazón punzante frío,  
Ante mis ojos la funesta losa,  
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra a que descansar en tu camino,  
Cuando llegabas, mísera, a perderte  
Y era llorar tu único destino:  
Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino;  
Feliz, la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel, te volviste al cielo.

Roída de recuerdos de amargura,  
Árido el corazón, sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosura  
Ajaron del dolor los aquilones:  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazón secaron las pasiones:  
Tus hijos ¡ay! de ti se avergonzaran,  
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido;

Único desahogo en tu quebranto,  
El histérico ¡ay! de tu gemido:  
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido,  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz? ¡Sólo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomable, alma violenta,  
En ti, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta.  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allá vaga, a merced de la tormenta,  
En las olas tal vez náufraga tabla,  
Que sólo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere  
Y está en mi corazón; un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco süave de su amor primero:  
¡Ay! de tu luz, en tanto yo viviere,  
Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
Que iluminaste con tu luz querida  
La dorada mañana de mi vida.

Que yo, como una flor que en la mañana  
Abre su cáliz al naciente día,  
¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,  
Y exalté tu inocente fantasía.  
Yo inocente también ¡oh! cuán ufana  
Al porvenir mi mente sonreía,  
Y en alas de mi amor, ¡con cuánto anhelo  
Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado.

En tus brazos en lánguido abandono.  
De glorias y deleites rodeado,  
Levantar para ti soñé yo un trono:  
Y allí, tú venturosa y yo a tu lado,  
Vencer del mundo el implacable encono,  
Y en un tiempo, sin horas ni medida,  
Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos  
Áridos ni una lágrima brotaban;  
Cuando ya su color tus labios rojos  
En cárdenos matices se cambiaban;  
Cuando de tu dolor tristes despojos  
La vida y su ilusión te abandonaban,  
Y consumía lenta calentura  
Tu corazón al par de tu amargura;

Si en tu penosa y última agonía  
Volviste a lo pasado el pensamiento;  
Si comparaste a tu existencia un día  
Tu triste soledad y tu aislamiento;  
Si arrojó a tu dolor tu fantasía  
Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento  
A otra mujer tal vez acariciando,  
«Madre» tal vez a otra mujer llamando;

Si el cuadro de tus breves glorias viste  
Pasar como fantástica quimera,  
Y si la voz de tu conciencia oíste  
Dentro de ti gritándote severa;  
Si, en fin, entonces tú llorar quisiste  
Y no brotó una lágrima siquiera  
Tu seco corazón, y a Dios llamaste,  
Y no te escuchó Dios, y blasfemaste,

¡Oh! ¡crüel! ¡muy crüel! ¡martirio horrendo!  
¡Espantosa expiación de tu pecado!  
Sobre un lecho de espinas, maldiciendo,  
Morir, el corazón desesperado!  
Tus mismas manos de dolor mordiendo.  
Presente a tu conciencia tu pasado,  
Buscando en vano, con los ojos fijos,  
Y extendiendo tus brazos a tus hijos.

¡Oh! ¡crüel! ¡muy crüel!... ¡Ay! yo entre tanto  
Dentro del pecho mi dolor oculto,  
Enjugo de mis párpados el llanto  
Y doy al mundo el exigido culto:  
Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
Mi propia pena con mi risa insulto,  
Y me divierto en arrancar del pecho  
Mi mismo corazón pedazos hecho.

Gocemos, sí; la cristalina esfera  
Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
¿Quién a parar alcanza la carrera  
Del mundo hermoso que al placer convida?  
Brilla radiante el sol, la primavera  
Los campos pinta en la estación florida:  
Truéquese en risa mi dolor profundo. ..  
Que haya un cadáver más ¿qué importa al mundo?

JOSÉ ZORRILLA

79. INTRODUCCIÓN

A LOS “CANTOS DEL TROVADOR”

¿QUÉ se hicieron las auras deliciosas  
Que henchidas de perfume se perdían  
Entre los lirios y las frescas rosas  
Que el huerto ameno en derredor ceñían?  
Las brisas del otoño revoltosas  
En rápido tropel las impelían,  
Y ahogaron la estación de los amores  
Entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos  
En torno de la antigua chimenea,  
Y acaso la ancha sombra recordamos  
De aquel tizón que a nuestros pies humea.  
Y hora tras hora tristes esperamos  
Que pase la estación adusta y fea,  
En pereza febril adormecidos  
Y en las propias memorias embebidos.

En vano a los placeres avarientos  
Nos lanzamos doquier, y orgías sonoras  
Estremecen los ricos aposentos  
Y fantásticas danzas tentadoras;  
Porque antes y después caminan lentos  
Los turbios días y las lentas horas,  
Sin que alguna ilusión de breve instante  
Del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones.  
Sueños de oro y de luz, mi dulce vida,  
No os dejaré dormir en los salones  
Donde al placer la soledad convida;  
Ni esperar, revolviendo los tizones,  
Al yerto amigo o la falaz querida,  
Sin que más esperanza os alimente  
Que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores.  
Venid, yo halagaré vuestra pereza;

Niñas hermosas que morís de amores.  
Venid, yo encantaré vuestra belleza;  
Viejos que idolatráis vuestros mayores,  
Venid, yo os contaré vuestra grandeza;  
Venid a oír en dulces armonías  
Las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante:  
Si son de vuestro parque estos linderos,  
No me dejéis pasar, mandad que cante;  
Que yo sé de los bravos caballeros  
La dama ingrata y la cautiva amante.  
La cita oculta y los combates fieros  
Con que a cabo llevaron sus empresas  
Por hermosas esclavas y princesas.

Venid a mí, yo canto los amores;  
Yo soy el trovador de los festines;  
Yo ciño el arpa con vistosas flores,  
Guirnalda que recojo en mil jardines;  
Yo tengo el tulipán de cien colores  
Que adoran de Stambul en los confines,  
Y el lirio azul incógnito y campestre  
Que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven a mis manos, ven, arpa sonora!  
¡Baja a mi mente, inspiración cristiana,  
Y enciende en mí la llama creadora  
Que del aliento del Querub emana!  
¡Lejos de mí la historia tentadora  
De ajena tierra y religión profana!  
Mi voz, mi corazón, mi fantasía  
La gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares  
Del pueblo en que he nacido la creencia,  
Respetaré su ley y sus altares;  
En su desgracia a par que en su opulencia

Celebraré su fuerza o sus azares,  
Y, fiel ministro de la gaya ciencia,  
Levantaré mi voz consoladora  
Sobre las ruinas en que España llora.  
¡Tierra de amor! ¡tesoro de memorias,  
Grande, opulenta y vencedora un día,  
Sembrada de recuerdos y de historias,  
Y hollada asaz por la fortuna impía!  
Yo cantaré tus olvidadas glorias;  
Que en alas de la ardiente poesía  
No aspiro a más laurel ni a más hazaña  
Que a una sonrisa de mi dulce España.

## 80. A BUEN JUEZ MEJOR TESTIGO

Tradicción de Toledo

### I

ENTRE pardos nubarrones  
Pasando la blanca luna.  
Con resplandor fugitivo,  
La baja tierra no alumbrá.  
La brisa con frescas alas  
Juguetona no murmura,  
Y las veletas no giran  
Entre la cruz y la cúpula.  
Tal vez un pálido rayo  
La opaca atmósfera cruza,  
Y unas en otras las sombras  
Confundidas se dibujan.  
Las almenas de las torres  
Un momento se columbran,

Como lanzas de soldados  
Apostados en la altura.  
Reverberan los cristales  
La trémula llama turbia,  
Y un instante entre las rocas  
Ríela la fuente oculta.  
Los álamos de la vega  
Parecen en la espesura  
De fantasmas apiñados  
Medrosa y gigante turba;  
Y alguna vez desprendida  
Gotea pesada lluvia,  
Que no despierta a quien duerme,  
Ni a quien medita importuna.  
Yace Toledo en el sueño  
Entre las sombras confusas  
Y el Tajo a sus pies pasando  
Con pardas ondas lo arrulla.  
El monótono murmullo  
Sonar perdido se escucha,  
Cual si por las hondas calles  
Hirviera del mar la espuma.  
¡Qué dulce es dormir en calma  
Cuando a lo lejos susurran  
Los álamos que se mecen,  
Las aguas que se derrumban!  
Se sueñan bellos fantasmas  
Que el sueño del triste endulzan,  
Y en tanto que sueña el triste,  
No le aqueja su amargura.

Tan en calma y tan sombría  
Como la noche que enluta  
La esquina en que desemboca

Una callejuela oculta,  
Se ve de un hombre que aguarda  
La vigilante figura,  
Y tan a la sombra vela  
Que entre las sombras se ofusca.  
Frente por frente a sus ojos  
Un balcón a poca altura  
Deja escapar por los vidrios  
La luz que dentro le alumbra;  
Mas ni en el claro aposento,  
Ni en la callejuela oscura  
El silencio de la noche  
Rumor sospechoso turba.  
Pasó así tan largo tiempo,  
Que pudiera haberse duda  
De si es hombre, o solamente  
Mentida ilusión nocturna;  
Pero es hombre, y bien se ve,  
Porque con planta segura  
Ganando el centro a la calle  
Resuelto y audaz pregunta:  
—¿Quién va? —y a corta distancia  
El igual compás se escucha  
De un caballo que sacude  
Las sonoras herraduras.  
—¿Quién va? —repite y cercana  
Otra voz menos robusta  
Responde: —Un hidalgo ¡calle!—  
Y el paso el bulto apresura.  
—Téngase el hidalgo —el hombre  
Replica, y la espada empuña.  
—Ved más bien si me haréis calle—  
Repitieron con medida  
—Que hasta hoy a nadie se tuvo

Iván de Vargas y Acuña.  
—Pase el Acuña y perdone—  
Dijo el mozo en faz de fuga.  
Pues teniéndose el embozo  
Sopla un silbato, y se oculta.  
Paró el jinete a una puerta,  
Y con precaución difusa  
Salió una niña al balcón  
Que llama interior alumbra.  
—¡Mi padre! —clamó en voz baja  
Y el viejo en la cerradura  
Metió la llave pidiendo  
A sus gentes que le acudan.  
Un negro por ambas bridas  
Tomó la cabalgadura,  
Cerróse detrás la puerta  
Y quedó la calle muda.  
En esto desde el balcón,  
Como quien tal acostumbra,  
Un mancebo por las rejas  
De la calle se asegura.  
Asió el brazo al que apostado  
Hizo cara a Iván de Acuña,  
Y huyeron, en el embozo  
Velando la catadura.

## II

Clara, apacible y serena  
Pasa la siguiente tarde,  
Y el sol tocando su ocaso  
Apaga su luz gigante:  
Se ve la imperial Toledo  
Dorada por los remates,

Como una ciudad de grana  
Coronada de cristales.  
El Tajo por entre rocas  
Sus anchos cimientos lame,  
Dibujando en las arenas  
Las ondas con que las bate.  
Y la ciudad se retrata  
En las ondas desiguales,  
Como en prendas de que el río  
Tan afanoso la bañe.  
A lo lejos en la vega  
Tiende galan por sus márgenes,  
De sus álamos y huertos  
El pintoresco ropaje,  
Y porque su altiva gala  
Mas a los ojos halague,  
La salpica con escombros  
De castillos y de alcázares.  
Un recuerdo es cada piedra  
Que toda una historia vale,  
Cada colina un secreto  
De príncipes o galanes.  
Aquí se bañó la hermosa  
Por quien dejó un rey culpable  
Amor, fama, reino y vida  
En manos de musulmanes.  
Allí recibió Galiana  
A su receloso amante  
En esa cuesta que entonces  
Era un plantel de azahares.  
Allá por aquella torre,  
Que hicieron puerta los árabes.  
Subió el Cid sobre Babieca  
Con su gente y su estandarte.

Más lejos se ve el castillo  
De San Servando, o Cervantes,  
Donde nada se hizo nunca  
Y nada al presente se hace.  
A este lado está la almena  
Por do sacó vigilante  
El conde Don Peranzules  
Al rey, que supo una tarde  
Fingir tan tenaz modorra,  
Que, político y constante,  
Tuvo siempre el brazo quedo  
Las palmas al horadarle.  
Allí está el circo romano,  
Gran cifra de un pueblo grande,  
Y aquí la antigua Basílica  
De bizantinos pilares,  
Que oyó en el primer concilio  
Las palabras de los Padres  
Que velaron por la Iglesia  
Perseguida o vacilante.  
La sombra en este momento  
Tiende sus turbios cendales  
Por todas esas memorias  
De las pasadas edades,  
Y del Cambrón y Visagra  
Los caminos desiguales.  
Camino a los toledanos  
Hacia las murallas abren.  
Los labradores se acercan  
Al fuego de sus hogares,  
Cargados con sus aperos,  
Cansados de sus afanes.  
Los ricos y sedentarios  
Se toman con paso grave.

Calado el ancho sombrero,  
Abrochados los gabanes:  
Y los clérigos y monjes  
Y los prelados y abades  
Sacudiendo el leve polvo  
De capelos y sayales.

Quédase sólo un mancebo  
De impetuosos ademanes.  
Que se pasea ocultando  
Entre la capa el semblante.  
Los que pasan le contemplan  
con decisión de evitarle,  
Y él contempla a los que pasan  
Como si a alguien aguardase.  
Los tímidos aceleran  
Los pasos al divisarle,  
Cual temiendo de seguro  
Que les proponga un combate;  
Y los valientes le miran  
Cual si sintieran dejarle  
Sin que libres sus estoques  
En riña sonora dancen.  
Una mujer también sola  
Se viene el llano adelante,  
La luz del rostro escondida  
En tocas y tafetanes.  
Mas en lo leve del paso,  
Y en lo flexible del talle.  
Puede a través de los velos  
Una hermosa adivinarse.  
Vase derecha al que aguarda,  
Y él al encuentro le sale  
Diciendo. .. cuanto se dicen

En las citas los amantes.  
Mas ella, galanterías  
Dejando severa aparte,  
Así al mancebo interrumpe  
En voz decisiva y grave:

—Abreviemos de razones,  
Diego Martínez; mi padre,  
Que un hombre ha entrado en su ausencia  
Dentro mi aposento sabe:  
Y aquí quien mancha mi honra  
Con la suya me la lave;  
O dadme mano de esposo,  
O libre de vos dejadme.—  
Miróla Diego Martínez  
Atentamente un instante,  
Y echando a un lado el embozo.  
Repuso palabras tales:  
—Dentro de un mes, Inés mía,  
Parto a la guerra de Flandes;  
Al año estaré de vuelta  
Y contigo en los altares.  
Honra que yo te desluzca,  
Con honra mía se lave;  
Que por honra vuelven honra  
Hidalgos que en honra nacen.  
—Júralo —exclamó la niña.  
—Más que mi palabra vale  
No te valdrá un juramento.  
—Diego, la palabra es aire.  
—¡Vive Dios que estás tenaz!  
Dalo por jurado y baste.  
—No me basta; que olvidar  
Puedes la palabra en Flandes.

— ¡Voto a Dios! ¿qué más pretendes?  
— Que a los pies de aquella imagen  
Lo jures como cristiano  
Del santo Cristo delante.—  
Vaciló un punto Martínez,  
Mas porfiando que jurase,  
Llevóle Inés hacia el templo  
Que en medio la vega yace.  
Enclavado en un madero,  
En duro y postrero trance,  
Ceñida la sien de espinas,  
Descolorido el semblante.  
Veíase allí un crucifijo  
Teñido de negra sangre.  
A quien Toledo devota  
Acude hoy en sus azares.  
Ante sus plantas divinas  
Llegaron ambos amantes,  
Y haciendo Inés que Martínez  
Los sagrados pies tocase,  
Preguntóle:  
— Diego, ¿juras  
A tu vuelta desposarme?—  
Contestó el mozo:  
— ¡Sí juro!—  
Y ambos del templo se salen.

### III

Pasó un día y otro día,  
Un mes y otro mes pasó,  
Y un año pasado había.  
Mas de Flandes no volvía

Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés

Su vuelta aguardando en vano.

Oraba un mes y otro mes

Del crucifijo a los pies

Do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía

Después de traspuesto el sol,

Y a Dios llorando pedía

La vuelta del español,

Y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,

Sin dueña y sin escudero,

En un manto una mujer

El campo salía a ver

Al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume

Su existencia en esperar!

¡Ay del triste que presume

Que el duelo con que él se abrume

Al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos

Precioso y funesto don,

Pues los amantes desvelos

Cambian la esperanza en celos.

Que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera.

Es un consuelo en verdad;

Pero siendo una quimera,

En tan frágil realidad

Quien espera desespera.

Así Inés desesperaba

Sin acabar de esperar,

Y su tez se marchitaba,

Y su llanto se secaba  
Para volver a brotar.

En vano a su confesor  
Pidió remedio o consejo  
Para aliviar su dolor;  
Que mal se cura el amor  
Con las palabras de un viejo.

En vano a Iván acudía,  
Llorosa y desconsolada;  
El padre no respondía;  
Que la lengua le tenía  
Su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella,  
Callando el padre severo  
Y suspirando la bella,  
Porque nació mujer ella,  
Y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
En esperar y gemir,  
Y las guerras acabaron,  
Y los de Flandes tornaron  
A sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día.  
Un mes y otro mes pasó,  
Y el tercer año corría;  
Diego a Flandes se partió,  
Mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena,  
Doraba el sol de occidente  
Del Tajo la vega amena,  
Y apoyada en una almena  
Miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
Las riberas azotando

Bajo las murallas solas.  
Musgo, espigas y amapolas  
Ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido  
Creció entre la yerba blanda.  
Sobre las aguas tendido  
Se reflejaba perdido  
En su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
Entre su fresca espesura  
Daba al aire embalsamado  
Su cántico regalado  
Desde la enramada oscura.

Y algún pez con cien colores,  
Tornasolada la escama,  
Saltaba a besar las flores,  
Que exhalan gratos olores  
A las puntas de una rama.

Y allá en el trémulo fondo  
El torreón se dibuja  
Como el contorno redondo  
Del hueco sombrío y hondo  
Que habita nocturna bruja.

Así la niña lloraba  
El rigor de su fortuna,  
Y así la tarde pasaba  
Y al horizonte trepaba  
La consoladora luna.

A lo lejos por el llano  
En confuso remolino  
Vio de hombres tropel lejano  
Que en pardo polvo liviano  
Dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,

Y llegando recelosa  
A las puertas del Cambrón,  
Sintió latir zozobrosa  
Más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero  
Dejó ver la escasa luz  
Por bajo el arco primero  
Un hidalgo caballero  
En un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,  
Banda azul, lazo en la hombrera,  
Y sin pluma al diestro lado  
El sombrero derribado  
Tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
Bota de ante, espuela de oro.  
Hierro al cinto suspendido,  
Y a una cadena prendido  
Agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete  
Sobre potros jerezanos  
De lanceros hasta siete,  
Y en adarga y coselete  
Diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés  
Gritando: — ¡Diego, eres tú! —  
Y él viéndola de través  
Dijo: — ¡Voto a Belcebú,  
Que no me acuerdo quién es! —

Dio la triste un alarido  
Tal respuesta al escuchar,  
Y a poco perdió el sentido,  
Sin que más voz ni gemido  
Volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas  
Encomendóla a su gente,  
Diciendo: — ¡Malditas viejas  
Que a las mozas malamente  
Enloquecen con consejas! —  
Y aplicando el capitán  
A su potro las espuelas  
El rostro a Toledo dan,  
Y a trote cruzando van  
Las oscuras callejuelas.

#### IV

Así por sus altos fines  
Dispone y permite el cielo  
Que puedan mudar al hombre  
Fortuna, poder y tiempo.  
A Flandes partió Martínez  
De soldado aventurero,  
Y por su suerte y hazañas  
Allí capitán le hicieron.  
Según alzaba en honores  
Alzábase en pensamientos,  
Y tanto ayudó en la guerra  
Con su valor y altos hechos,  
Que el mismo rey a su vuelta  
Le armó en Madrid caballero.  
Tomándole a su servicio  
Por capitán de Lanceros.  
Y otro no fue que Martínez  
Quien ha poco entró en Toledo,  
Tan orgulloso y ufano  
Cual salió humilde y pequeño.

Ni es otro a quien se dirige,  
Cobrado el conocimiento,  
La amorosa Inés de Vargas,  
Que vive por él muriendo.  
Mas él, que olvidando todo  
Olvidó su nombre mesmo,  
Puesto que Diego Martínez  
Es el capitán Don Diego,  
Ni se ablanda a sus caricias,  
Ni cura de sus lamentos;  
Diciendo que son locuras  
De gentes de poco seso;  
Que ni él prometió casarse  
Ni pensó jamás en ello.  
¡Tanto mudan a los hombres  
Fortuna, poder y tiempo!  
En vano porfiaba Inés  
Con amenazas y ruegos;  
Cuanto más ella importuna  
Está Martínez severo.  
Abrazada a sus rodillas,  
Enmarañado el cabello,  
La hermosa niña lloraba  
Prosternada por el suelo.  
Mas todo empeño es inútil.  
Porque el capitán Don Diego  
No ha de ser Diego Martínez  
Como lo era en otro tiempo.  
Y así llamando a su gente,  
De amor y piedad ajeno,  
Mandóles que a Inés llevaran  
De grado o de valimiento.  
Mas ella antes que la asieran,  
Cesando un punto en su duelo,

Así habló, el rostro lloroso  
Hacia Martínez volviendo:  
—Contigo se fue mi honra,  
Conmigo tu juramento;  
Pues buenas prendas son ambas,  
En buen fiel las pesaremos.—  
Y la faz descolorida  
En la mantilla envolviendo  
A pasos desatentados  
Salióse del aposento.

## V

Era entonces de Toledo  
Por el rey gobernador  
El justiciero y valiente  
Don Pedro Ruiz de Alarcón.  
Muchos años por su patria  
El buen viejo peleó;  
Cercenado tiene un brazo,  
Mas entero el corazón.  
La mesa tiene delante,  
Los jueces en derredor,  
Los corchetes a la puerta  
Y en la derecha el bastón.  
Está, como presidente  
Del tribunal superior.  
Entre un dosel y una alfombra  
Reclinado en un sillón  
Escuchando con paciencia  
La casi asmática voz  
Con que un tétrico escribano  
Solfea una apelación.

Los asistentes bostezan  
Al murmullo arrullador.  
Los jueces medio dormidos  
Hacen pliegues al ropón,  
Los escribanos repasan  
Sus pergaminos al sol,  
Los corchetes a una moza  
Guiñan en un corredor,  
Y abajo en Zocodover  
Gritan en disorde son  
Los que en el mercado venden  
Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto.  
En faz de grande aflicción.  
Rojos de llorar los ojos,  
Ronca de gemir la voz,  
Suelto el cabello y el manto.  
Tomó plaza en el salón  
Diciendo a gritos: —¡Justicia,  
Jueces, justicia, señor!—  
Y a los pies se arroja humilde  
De don Pedro de Alarcón,  
En tanto que los curiosos  
Se agitan al rededor.  
Alzóla cortés Don Pedro  
Calmando la confusión  
Y el tumultuoso murmullo  
Que esta escena ocasionó,  
Diciendo:  
—Mujer, ¿qué quieres?  
—Quiero justicia, señor.  
—¿De qué?  
—De una prenda hurtada

—¿Qué prenda?  
—Mi corazón.  
—¿Tú le diste?  
—Le presté.  
—¿Y no te le han vuelto?  
—No.

—¿Tienes testigos?  
—Ninguno.  
—¿Y promesa?  
—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo  
Un juramento empeñó.

—¿Quién es él?  
—Diego Martínez.  
—¿Noble?  
—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,  
Que cumplirá si juró.—

Quedó en silencio la sala,  
Y a poco en el corredor  
Se oyó de botas y espuelas  
El acompasado son.

Un portero, levantando  
El tapiz, en alta voz

Dijo: —El capitán Don Diego.—

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos  
Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán Don Diego—

Díjole Don Pedro— vos?—

Contestó altivo y sereno

Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.  
—¿Hicísteisla juramento  
De ser su marido?  
—No.  
—¿Juráis no haberlo jurado?  
—Sí juro.  
—Pues id con Dios.  
—¡Miente!—clamó Inés llorando  
De despecho y de rubor.  
—Mujer, ¡piensa lo que dices!. ..  
—Digo que miente, juró.  
—¿Tienes testigos?  
—Ninguno.  
—Capitán, idos con Dios,  
Y dispensad que acusado  
Dudara de vuestro honor.—

Tomó Martínez la espalda  
Con brusca satisfacción,  
E Inés, que le vio partirse,  
Resuelta y firme gritó:  
—Llamadle, tengo un testigo.  
Llamadle otra vez, señor.—  
Volvió el capitán Don Diego,  
Sentóse Ruiz de Alarcón,  
La multitud aquietóse  
Y la de Vargas siguió:  
—Tengo un testigo a quien nunca  
Faltó verdad ni razón.  
—¿Quién?  
—Un hombre que de lejos  
Nuestras palabras oyó.  
Mirádonos desde arriba.  
—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio  
Donde ha tiempo que expiró.  
—¿Luego es muerto?  
—No, que vive.  
—Estáis loca, ¡vive Dios!  
¿Quién fué?  
—El Cristo de la Vega  
A cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces  
Al nombre del Redentor,  
Escuchando con asombro  
Tan excelsa apelación.  
Reinó un profundo silencio  
De sorpresa y de pavor,  
Y Diego bajo los ojos  
De vergüenza y confusión.  
Un instante con los jueces  
Don Pedro en secreto habló,  
Y levantóse diciendo  
Con respetüosa voz:

—La ley es ley para todos,  
Tu testigo es el mejor,  
Mas para tales testigos  
No hay más tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos;  
Escribano, al caer el sol  
Al Cristo que está en la Vega  
Tomaréis declaración.—

Es una tarde serena,  
Cuya luz tornasolada  
Del purpurino horizonte  
Blandamente se derrama.  
Plácido aroma las flores  
Sus hojas plegando exhalan,  
Y el céfiro entre perfumes  
Mece las trémulas alas.  
Brillan abajo en el valle  
Con suave rumor las aguas,  
Y las aves en la orilla  
Despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*  
Por el Cambrón y Visagra  
Confuso tropel de gente  
Del Tajo a la Vega baja.  
Vienen delante Don Pedro  
De Alarcón, Iván de Vargas,  
Su hija Inés, los escribanos.  
Los corchetes y los guardias;  
Y detrás monjes, hidalgos,  
Mozas, chicos y canalla.  
Otra turba de curiosos  
En la Vega les aguarda,  
Cada cual comentariando  
El caso según le cuadra.  
Entre ellos está Martínez  
En apostura bizarra,  
Calzadas espuelas de oro,  
Valona de encaje blanca.  
Bigote a la borgoñesa,  
Melena desmelenada,  
El sombrero guarnecido

Con cuatro lazos de plata,  
Un pie delante del otro,  
Y el puño en el de la espada.  
Los plebeyos de reajo  
Le miran de entre las capas,  
Los chicos al uniforme  
Y las mozas a la cara.  
Llegado el gobernador  
Y gente que le acompaña,  
Entraron todos al claustro  
Que iglesia y patio separa.  
Encendieron ante el Cristo  
Cuatro cirios y una lámpara,  
Y de hinojos un momento  
Le rezaron en voz baja.

    Está el Cristo de la Vega  
La cruz en tierra posada.  
Los pies alzados del suelo  
Poco menos de una vara;  
Hacia la severa imagen  
Un notario se adelanta,  
De modo que con el rostro  
Al pecho santo llegaba.  
A un lado tiene a Martínez,  
A otro lado a Inés de Vargas,  
Detrás al gobernador  
Con sus jueces y sus guardias.  
Después de leer dos veces  
La acusación entablada,  
El notario a Jesucristo  
Así demandó en voz alta:  
—*Jesús, Hijo de María,*  
Ante nos esta mañana  
Citado como testigo

Por boca de Inés de Vargas,  
Juráis ser cierto que un día  
A vuestras divinas plantas  
Juró a Inés Diego Martínez  
*Por su mujer desposarla?—*

Asida a un *brazo* desnudo  
Una *mano* atarazada  
Vino a posar en los autos  
La seca y hendida palma,  
Y allá en los aires «¡Sí, JURO!»  
Clamó una voz más que humana.  
Alzó la turba medrosa  
La vista a la imagen santa...  
Los labios tenía abiertos,  
Y una mano desclavada.

## CONCLUSION

Las vanidades del mundo  
Renunció allí mismo Inés,  
Y espantado de sí propio  
Diego Martínez también.  
Los escribanos temblando  
Dieron de esta escena fe,  
Firmando como testigos  
Cuantos hubieron poder.  
Fundóse un aniversario  
Y una capilla con él,  
Y Don Pedro de Alarcón  
El altar ordenó hacer,  
Donde hasta el tiempo que corre,  
Y en cada año una vez,

Con la mano desclavada  
El crucifijo se ve.

## NICOMEDES PASTOR DIAZ

### 81. A LA LUNA

DESDE el primer latido de mi pecho,  
Condenado al amor y a la tristeza,  
Ni un eco a mi gemir, ni a la belleza  
Un suspiro alcancé:  
Halló por fin mi fúnebre despecho  
Inmenso objeto a mi ilusión amante;  
Y de la luna el célico semblante,  
Y el triste mar amé.

El mar quedóse allá por su ribera;  
Sus olas no treparon las montañas;  
Nunca llega a estas márgenes extrañas  
Su solemne mugir.  
Tú empero que mi amor sigues doquiera,  
Cándida luna, en tu amoroso vuelo,  
Tú eres la misma que miré en el cielo  
De mi patria lucir.

Tú sola mi beldad, sola mi amante,  
Única antorcha que mis pasos guía,  
Tú sola enciendes en el alma fría  
Una sombra de amor.  
Sólo el blando lucir de tu semblante  
Mis ya cansados párpados resisten;  
Sólo tus formas inconstantes visten

Bello, grato color.

Ora cubra cargada, rubicunda  
Nube de fuego tu ardorosa frente;  
Ora cándida, pura, refulgente,  
Deslumbre tu mirar;  
Ora sumida en soledad profunda  
Te mire el cielo desmayada y yerta.  
Como el semblante de una virgen muerta  
¡Ah!... que yo vi expirar.

La he visto ¡ay, Dios!. .. Al sueño en que reposa  
Yo le cerré los anublados ojos;  
Yo tendí sus angélicos despojos  
Sobre el negro ataúd.  
Yo solo oré sobre la yerta losa  
Donde no corre ya lágrima alguna. . .  
Báñala al menos tú, pálida luna. ..  
¡Báñala con tu luz!

Tú lo harás... que a los tristes acompañas,  
Y al pensador y al infeliz visitas;  
Con la inocencia o con la muerte habitas;  
El mundo huye de ti.  
Antorcha de alegría en las cabañas,  
Lámpara solitaria en las ruinas,  
El salón del magnate no iluminas,  
¡Pero su tumba. .. sí!

Cargado a veces de aplomadas nubes  
Amaga el cielo con tormenta oscura;  
Mas ríe al horizonte tu hermosura,  
Y huyó la tempestad;  
Y allá del trono do esplendente subes  
Riges el curso al férvido Océano,

Cual pecho amante, que al mirar lejano  
Hierve, de tu beldad.

Mas ¡ay! que en vano en tu esplendor encantas;  
Ese hechizo falaz no es de alegría;  
Y huyen tu luz y triste compañía  
Los astros con temor.  
Sola por el vacío te adelantas,  
Y en vano en derredor tus rayos tiendes,  
Que sólo al mundo en tu dolor descendes,  
Cual sube a ti mi amor.

Y en esta tierra, de aflicción guarida,  
¿Quién goza en tu fulgor blandos placeres?  
Del nocturno reposo de los seres  
No turbas la quietud.  
No cantarán las aves tu venida;  
Ni abren su cáliz las dormidas flores:  
¡Sólo un ser. . . de desvelos y dolores.  
Ama tu yerta luz!. ..

¡Sí, tú mi amor, mi admiración, mi encanto!  
La noche anhelo por vivir contigo,  
Y hacia el ocaso lentamente sigo

Tu curso al fin veloz.  
Párase a veces a escuchar mi llanto,  
Y desciende en tus rayos amoroso  
Un espíritu vago, misterioso,  
Que responde a mi voz...

¡Ay! calló ya. . . Mi celestial querida  
Sufrió también mi inexorable suerte. ..  
Era un sueño de amor. .. Desvanecerte  
Pudo una realidad.

Es cieno ya la esqueletada vida;  
No hay ilusión, ni encantos, ni hermosura;  
La muerte reina ya sobre natura,  
¡Y la llaman. .. VERDAD!

¡Qué feliz, qué encantado, si ignorante.  
El hombre de otros tiempos viviría,  
Cuando en el mundo, de los dioses vía  
Doquiera la mansión!  
Cada eco fuera un suspirar amante.  
Una inmortal belleza cada fuente;  
Cada pastor ¡oh luna! en sueño ardiente  
Ser pudo un Endimión.

Ora trocada en un planeta oscuro,  
Girando en los abismos del vacío.  
Do fuerza oculta y ciega, en su extravío.  
Cual piedra te arrojó,  
Es luz de ajena luz tu brillo puro;  
Es ilusión tu mágica influencia,  
Y mi celeste amor... ciega demencia,  
¡Ay!. .. que se disipó.

Astro de paz, belleza de consuelo.  
Antorcha celestial de los amores,  
Lámpara sepulcral de los dolores.  
Tierna y casta deidad,  
¿Qué eres, de hoy más, sobre ese helado cielo?  
Un peñasco que rueda en el olvido,  
¡O el cadáver de un sol que, endurecido  
Yace en la eternidad!

ENRIQUE GIL CARRASCO

## 82. LA VIOLETA

FLOR deliciosa en la memoria mía.  
Ven mi triste laúd a coronar,  
Y volverán las trovas de alegría  
En sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas  
Yo sobre ti no inclinaré mi sien,  
De miedo, pura flor, que entonces pierdas  
Tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente  
Con tu gala en las tardes del Abril,  
Yo te buscaba a orillas de la fuente,  
Yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida,  
Y era perdido y lúgubre mi amor,  
Y en ti miré el emblema de mi vida  
Y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura  
Con tus moradas hojas de pesar;  
Pasaba entre la yerba tu fresca  
De la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,  
De un arpa oscura al apagado son,  
Con frívolos cantares confundido  
El himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha  
En tu cáliz de aroma y soledad,  
Y a tu ventura asemejé mi dicha,  
Y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado  
Por mi frente mirando tu arbol!  
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado

Para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste  
Con tu calma y tu dulce lobreguez.  
Cuando la mente imaginaba triste  
El negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: «Buscaré en las flores  
Seres que escuchen mi infeliz cantar,  
Que mitiguen con bálsamos de olores  
Las ocultas heridas del pesar.»

Y me apartaba, al alumbrar la luna,  
De ti, bañada en moribunda luz,  
Adormecida en tu vistosa cuna,  
Velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba  
Pensando en tu sereno amanecer.  
Y otra vez en tu cáliz divisaba  
Perdidas ilusiones de placer.

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!  
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!  
Ya no hay flores que escuchen mis pesares.  
Ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento.  
Y naufragué con mi doliente amor;  
Lejos ya de la paz y del contento.  
Mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;  
Tal vez moraba una ilusión detrás:  
Mas la ilusión voló con su pureza;  
Mis ojos ¡ay! no la verán jamás.

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero  
Vuelve al hogar que niño le acogió;  
Pero mis glorias recobrar no espero.  
Sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria  
Para dormir tranquilo junto a ti,  
Ya que escuchaste un día mi plegaria.  
Y un ser humano en tu corola vi.  
Ven mi tumba a adornar, triste viola.  
Y embalsama mi oscura soledad;  
Sé de su pobre césped la aureola  
Con tu vaga y poética beldad.  
Quizá al pasar la virgen de los valles.  
Enamorada y rica en juventud,  
Por las umbrosas y desiertas calles  
Do yacerá escondido mi ataúd,  
Irá a cortar la humilde violeta  
Y la pondrá en su seno con dolor,  
Y llorando dirá: «¡Pobre poeta!  
¡Ya está callada el arpa del amor!»

## PADRE JUAN AROLAS

### 82. SÉ MÁS FELIZ QUE YO

SOBRE pupila azul, con sueño leve.  
Tu párpado cayendo amortecido,  
Se parece a la pura y blanca nieve  
Que sobre las violetas reposó:  
Yo el sueño del placer nunca he dormido:  
Se más feliz que yo.  
Se asemeja tu voz en la plegaria  
Al canto del zorzal de indiano suelo  
Que sobre la pagoda solitaria  
Los himnos de la tarde suspiró:

Yo sólo esta oración dirijo al cielo:  
    Sé más feliz que yo.  
    Es tu aliento la esencia más fragante  
De los lirios del Amo caudaloso  
Que brotan sobre un junco vacilante  
Cuando el céfiro blando los meció:  
Yo no gozo su aroma delicioso:  
    Sé más feliz que yo.  
    El amor, que es espíritu de fuego.  
Que de callada noche se aconseja  
Y se nutre con lágrimas y ruego,  
En tus purpúreos labios se escondió:  
Él te guarde el placer y a mí la queja:  
    Sé más feliz que yo.  
    Bella es tu juventud en sus albores  
Como un campo de rosas del Oriente;  
Al ángel del recuerdo pedí flores  
Para adornar tu sien, y me las dio;  
Yo decía al ponerlas en tu frente:  
    Sé más feliz que yo.  
    Tu mirada vivaz es de paloma;  
Como la adormidera del desierto  
Causas dulce embriaguez, hurí de aroma  
Que el cielo de topacio abandonó:  
Mi suerte es dura, mi destino incierto:  
    Sé más feliz que yo.

PABLO PIFERRER

84. CANCIÓN DE LA PRIMAVERA

YA vuelve la primavera:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
Tiende sobre la pradera  
El verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
Las nubes pasan aprisa,  
Y el azur muestran—de la esperanza.  
La flor ríe en su capullo:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
Canta el agua en su murmullo  
El poder santo—de la esperanza.

¿La oís que en los aires trina?  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
—«Abrid a la golondrina,  
Que vuelve en alas—de la esperanza.»—

Niña, la niña modesta:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
El Mayo trae tu fiesta  
Que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
El perfume engendrador  
Al seno sube—de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
Cuanto el son y el verdor crece,  
Tanto más crece—toda esperanza.

Sonido, aroma y color

(Suene la gaita,—ruede la danza)  
Únense en himnos de amor,  
Que engendra el himno—de la esperanza.

Morirá la primavera:  
Suene la gaita,—ruede la danza:  
Mas cada año en la pradera  
Tomará el manto—de la esperanza.

La inocencia de la vida  
(Calle la gaita,—pare la danza)  
No torna una vez perdida:  
¡Perdí la mía!—¡ay mi esperanza!

## GABRIEL GARCIA TASSARA

### 85. HIMNO AL MESÍAS

BAJA otra vez al mundo,  
¡Baja otra vez, Mesías!  
De nuevo son los días  
De tu alta vocación;  
Y en su dolor profundo  
La humanidad entera  
El nuevo oriente espera  
De un sol de redención.  
Corrieron veinte edades  
Desde el supremo día  
Que en esa cruz te vía  
Morir Jerusalén;  
Y nuevas tempestades  
Surgieron y bramaron,

De aquellas que asolaron  
El primitivo Edén.

De aquellas que le ocultan  
Al hombre su camino  
Con ciego torbellino  
De culpa y expiación;  
De aquellas que sepultan  
En hondos cautiverios  
Cadáveres de imperios  
Que fueron y no son.

Sereno está en la esfera  
El sol del firmamento;  
La tierra en su cimiento  
Inconmovible está:  
La blanca primavera  
Con su gentil abrazo  
Fecunda el gran regazo  
Que flor y fruto da.

Mas ¡ay! que de las almas  
El sol yace eclipsado:  
Mas ¡ay! que ha vacilado  
El polo de la fe;  
Mas ¡ay! que ya tus palmas  
Se vuelven al desierto:  
No crecen, no, en el huerto  
Del que tu pueblo fue.

Tiniebla es ya la Europa:  
Ella agotó la ciencia,  
Maldijo su creencia.  
Se apacentó con hiel;  
Y rota ya la copa  
En que su fe bebía,  
Se alzaba y te decía:  
«¡Señor! yo soy Luzbel.»

Mas ¡ay! que contra el cielo  
No tiene el hombre rayo,  
Y en súbito desmayo  
Cayó de ayer a hoy;  
Y en son de desconsuelo,  
Y en llanto de impotencia,  
Hoy clama en tu presencia:  
«Señor, tu pueblo soy.»

No es, no, la Roma atea  
Que entre aras derrocadas  
Despide a carcajadas  
Los dioses que se van;  
Es la que, humilde rea,  
Baja a las catacumbas,  
Y palpa entre las tumbas  
Los tiempos que vendrán.

Todo, Señor, diciendo  
Está los grandes días  
De luto y agonías,  
De muerte y orfandad;  
Que, del pecado horrendo  
Envuelta en el sudario.  
Pasa por un Calvario  
La ciega humanidad.

Baja ¡oh Señor! no en vano  
Siglos y siglos vuelan;  
Los siglos nos revelan  
Con misteriosa luz  
El infinito arcano  
Y la virtud que encierra,  
Trono de cielo y tierra  
Tu sacrosanta cruz.

Toda la historia humana  
¡Señor! está en tu nombre;

Tú fuiste Dios del hombre,  
Dios de la humanidad.  
Tu sangre soberana  
Es su Calvario eterno;  
Tu triunfo del infierno  
Es su inmortalidad.

¿Quién dijo, Dios clemente,  
Que tú no volverías,  
Y a horribles gemonías,  
Y a eterna perdición,  
Condena a esta doliente  
Raza del ser humano  
Que espera de tu mano  
Su nueva salvación?

Sí, tú vendrás. Vencidos  
Serán con nuevo ejemplo  
Los que del santo templo  
Apartan a tu grey.  
Vendrás y confundidos  
Caerán con los ateos  
Los nuevos fariseos  
De la caduca ley.

¿Quién sabe si ahora mismo  
Entre alaridos tantos  
De tus profetas santos  
La voz no suena ya?  
Ven, saca del abismo  
A un pueblo moribundo;  
Luzbel ha vuelto al mundo  
Y Dios ¿no volverá?

¡Señor! En tus juicios  
La comprensión se abisma;  
Mas es siempre la misma  
Del Gólgota la voz.

Fatídicos auspicios  
Resonarán en vano;  
No es el destino humano  
La humanidad sin Dios.

Ya pasarán los siglos  
De la tremenda prueba;  
¡Ya nacerás, luz nueva  
De la futura edad!  
Ya huiréis ¡negros vestiglos  
De los antiguos días!  
Ya volverás ¡Mesías!  
En gloria y majestad.

## GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

### 86. AMOR Y ORGULLO

UN tiempo hollaba por alfombras rosas;  
Y nobles vates, de mentidas diosas  
Prodigábanme nombres;  
Mas yo, altanera, con orgullo vano.  
Cual águila real al vil gusano  
Contemplaba a los hombres.

Mi pensamiento—en temerario vuelo—  
Ardiente osaba demandar al cielo  
Objeto a mis amores;  
Y si a la tierra con desdén volvía  
Triste mirada, mi soberbia impía  
Marchitaba sus flores.

Tal vez por un momento caprichosa  
Entre ellas revolé, cual mariposa.

Sin fijarme en ninguna;  
Pues de místico bien siempre anhelante,  
Clamaba en vano, como tierno infante  
Quiere abrazar la luna.

Hoy, despeñada de la excelsa cumbre.  
Do osé mirar del sol la ardiente lumbre  
Que fascinó mis ojos,  
Cual hoja seca al raudito torbellino.  
Cedo al poder del áspero destino. ..  
¡Me entrego a sus antojos!

Cobarde corazón, que el nudo estrecho  
Gimiendo sufres, dime: ¿qué se ha hecho  
Tu presunción altiva?  
¿Qué mágico poder, en tal bajeza  
Trocando ya tu indómita fiereza,  
De libertad te priva?

¡Miserable esclavo de tirano dueño;  
Tu gloria fue cual mentiroso sueño,  
Que con las sombras huye!  
Di ¿qué se hicieron ilusiones tantas  
De necia vanidad, débiles plantas  
Que el aquilón destruye?

En hora infausta a mi feliz reposo,  
¿No dijiste, soberbio y orgulloso:  
—Quién domará mi brío?  
¡Con mi solo poder haré, si quiero.  
Mudar de rumbo al céfiro ligero  
Y arder al mármol frío!—

¡Funesta ceguedad! ¡Delirio insano!  
Te gritó la razón. .. Mas ¡cuán en vano  
Te advirtió tu locura!  
Tú misma te forjaste la cadena,  
Que a servidumbre eterna te condena,  
Y a duelo y amargura.

Los lazos caprichosos que otros días  
—Por pasatiempo— a tu placer tejías,  
Fueron de seda y oro;  
Los que hora rinden tu valor primero  
Son eslabones de pesado acero.  
Templados con tu lloro.

¿Qué esperaste ¡ay de ti! de un pecho helado,  
De inmenso orgullo y presunción hinchado.  
De víboras nutrido?  
Tú—que anhelabas tan sublime objeto—  
¿Cómo al capricho de un mortal sujeto  
Te arrastras abatido?

¿Con qué velo tu amor cubrió mis ojos.  
Que por flores tomé duros abrojos  
Y por oro la arcilla?...  
¿Del torpe engaño mis rivales ríen,  
Y mis amantes ¡ay! tal vez se engríen  
Del yugo que me humilla!

¿Y tú lo sufres, corazón cobarde?  
¿Y de tu servidumbre haciendo alarde,  
Quieres ver en mi frente  
El sello del amor que te devora?. ..  
¡Ah! vélo, pues, y búrlese en buen hora  
De mi baldón la gente.

¿Salga del pecho—requemando el labio—  
El caro nombre, de mi orgullo agravio.  
De mi dolor sustento!  
¿Escrito no le ves en las estrellas  
Y en la luna apacible, que con ellas  
Alumbra el firmamento?

¿No le oyes, de las auras al murmullo?  
¿No le pronuncia—en gemidor arrullo—  
La tórtola amorosa?  
¿No resuena en los árboles, que el viento

Halaga con pausado movimiento  
En esa selva hojosa?

De aquella fuente entre las claras linfas,  
¿No le articulan invisibles ninfas  
Con eco lisonjero?...

¿Por qué callar el nombre que te inflama.  
Si aún el silencio tiene voz, que aclama  
Ese nombre que quiero?

Nombre que un alma lleva por despojo;  
Nombre que excita con placer enojo,  
Y con ira ternura;  
Nombre más dulce que el primer cariño  
De joven madre al ¡nocente niño,  
Copia de su hermosura:

Y más amargo que el adiós postrero  
Que al suelo damos, donde el sol primero  
Alumbró nuestra vida.  
Nombre que halaga y halagando mata;  
Nombre que hierre— como sierpe ingrata—  
Al pecho que le anida.

¡No, no lo envíes, corazón, al labio!. ..  
¡Guarda tu mengua con silencio sabio!  
¡Guarda, guarda tu mengua!  
¡Callad también vosotras, auras, fuente,  
Trémulas hojas, tórtola doliente,  
Como calla mi lengua!

## EULOGIO FLORENTINO SANZ

### 87. EPÍSTOLA A PEDRO

QUIERO que sepas, aunque bien lo sabes,  
Que a orillas del Sprée (ya que del río  
Se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-alemán, muy señor mío,  
Que entre los rudos témpanos del Norte  
Recuerda la amistad y olvida el frío.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte,  
Ni de ella falto yo porque esté lejos,  
Ni hay una piedra allí que no me importe;

Pues sueña con la patria, a los reflejos  
De su distante sol, el desterrado,  
Como con su niñez sueñan los viejos.

Ver quisiera un momento, y a tu lado,  
Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles  
En carroza triunfal rompe hacia el Prado. . .

¿Ríes?. . . Juzga el volar cuando no vuelas. . .  
¡Átomo harás del mundo que poseas  
Y mundo harás del átomo que anheles!

Al sentir *coram vulgo* no te creas. . .  
Al pensar *coram vulgo*, no te olvides  
De compulsar a solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,  
Donde quiera que estés, ya echarás menos  
Esa patria de Dolfos y de Cides;

Que obeliscos y pórticos ajenos  
Nunca valdrán los patrios palomares  
Con las memorias de la infancia llenos.

Por eso, aunque dan son a mis cantares  
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido  
Recordando a mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!. . . ¡ay! ¿quién no ha oído  
Desde cualquier región, ecos de aquella  
Donde niñez y juventud han sido?

Hoy mi vida de ayer, pálida o bella,

Múltiple se repite en mis memorias,  
Como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en el alma las historias  
De dolor o placer, y allí se hacinan,  
Del fundido metal muertas escorias.

Y, aunque ya no calientan ni iluminan,  
Si al soplo de un suspiro se estremecen.  
¡Aún consuelan el alma!... ¡o la asesinan!

Cuando al partir del sol las sombras crecen,  
Y, entre sombras y sol, tibios instantes  
En torno del horario se adormecen;

El dolor y el placer, férvidos antes,  
Se pierden ya en el alma indefinidos,  
A la luz y a la sombra semejantes.

Y en esta languidez de los sentidos,  
Crepúsculo moral en que indolente  
Se arrulla el corazón con sus latidos,  
Pláceme contemplar indiferente  
Cuál del dormido Sprée sobre la espalda  
Y en lúbrico chapín sesga la gente.

O recordar el toldo de esmeralda  
Que antes bordó el Abril en donde ahora  
Nieve septentrional tiende su falda:

Mientras la luz del Héspero incolora  
Baña el campo sin fin, que el Norte rudo  
Salpicó de brillantes a la aurora.

¡Hijo de otra región, trémulo y mudo  
Con la mirada que por ti paseo,  
Nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de Mayo (casi creo  
Que salta a mi memoria su hermosura  
De este cuadro invernal, como un deseo),

Una tarde de flores y verdura,

Rica de ciclo azul, sin un celaje,  
Y empapada en aromas y frescura;  
    En que, al son de las auras, el ramaje  
Trémulo de los tilos repetía  
De otros lejanos bosques el mensaje;  
    Yo, con mi propio afán por compañía,  
Del recinto salí que nombró el mundo  
Corte del rey filósofo algún día.  
    A su verdor del Norte sin segundo.  
De un frondoso jardín los laberintos  
Atrajeron mi paso vagabundo. ..  
    En armoniosa confusión distintos,  
Cándidos nardos y claveles rojos,  
Tulipanes, violetas y jacintos,  
    De admirar el vergel diéronme antojos;  
Y perdíme en sus vueltas, rebuscando.  
Ya que no al corazón, pasto a los ojos.  
    Y una viola, que al favonio blando  
Columpiaba su tímida corola,  
Quise arrancar. .. Mas súbito, clavando  
    Mis ojos en el césped, donde sola  
Daba al favonio sus esencias puras,  
Respeté por el césped la viola...  
    ¡Guirnalda funeral, de desventuras  
Y lágrimas nacida, eran las flores  
De aquel vasto jardín de sepulturas!  
    Pero jardín. Allí, cuando los llores,  
Aún te hablarán la amante o el amigo  
Con aromas y jugos y colores. . .  
    ¡Y de tu santo afán mudo testigo.  
Algo en aquellas flores sepulcrales,  
Algo del muerto bien será contigo!  
    Dentro de nuestros muros funerales  
Jamás brota una flor. . .Mal brotaría

De ese alcázar de cal y mechinales,  
    índice de la nada en simetría,  
Que a la madre común roba los muertos  
Para henchir su profana estantería;  
    ¡Ruín estación de huéspedes inciertos  
Que ofreciera a los vivos su morada  
Por alquilar los túmulos abiertos!

De tierra sobre tierra fabricadas.  
Más solemnes quizá, por más sencillas,  
Las del santo jardín tumbas aisladas,  
    Con su césped de flores amarillas  
Se elevan... no muy altas... a la altura  
Del que lllore, al besarlas, de rodillas.

    ¡Mas sola allí, sin flores, sin verdura,  
Bajo su cruz de hierro se levanta  
De un hispano cantor la sepultura!...<sup>4</sup>

    Delante de su cruz tuve mi planta. ..  
Y soñé que en su rótulo leía:  
«¡Nunca duerme entre flores quien las canta!»

    ¡Pobre césped marchito! ¡Quién diría  
Que el cantor de las flores en tu seno  
Durmiera tan sin flores algún día!

    Mas ¡ay del ruiseñor que, en aire ajeno.  
Por atmósfera extraña sofocado,  
Sobre extraña región cayó en el cieno!

    ¡Ay del vate infeliz que, amortajado  
Con su negro ropón de peregrino,  
Yace en su propia tumba desterrado!

    Yo, al encontrar su cruz en mi camino,  
Como engendra el dolor supersticiones.  
Llamé tres veces al cantor divino.

    Y de su lira desperté los sonos,  
Y turbé los sepulcros murmurando  
La más triste canción de sus canciones. ..

Y a la viola, que al favonio blando  
Columpiaba allí cerca su corola,

Volví turbios los ojos... Y clavando

La rodilla en el césped (donde sola  
Era airón sepulcral de una doncella)

Desprendí de su césped la viola.

Y al lado del cantor volví con ella;

Y así lloré, sobre su cruz mi mano,

La del pobre cantor mísera estrella:

— Bien te dice mi voz que soy tu hermano;

¿Quién saludara tus despojos fríos

Sin el ¡ay! de mi acento castellano?

Diéronte ajena tumba hados impíos. ..

¡Si ojos extraños la contemplan secos.

Hoy la riegan de lágrimas los míos!

Sólo suena mi voz entre sus huecos,

Para que en ella, si la escuchas, halles

Los de tu propia voz póstumos ecos...

¡Por las desiertas y sombrías calles

Donde duerme tu féretro escondido,

*No pasa, no*, la virgen de los valles!

Una vez que ha pasado no ha venido. ..

Trajéronla con rosas... A tu lado

La virgen, desde entonces, ha dormido. . .

Si su pálida sombra, al compasado

Son de la media noche, inoportuna.

Flores entre tu césped ha buscado,

Bien habrá visto a la menguante luna

Que en el santo jardín, rico de flores.

Solo yace tu césped sin ninguna.

¡No tienes una flor!... Ni ¿a qué dolores

Una flor de tu césped respondiera

Con aromas y jugos y colores?

Sólo al riego de lágrimas naciera,

Y de tu fosa en el terrón ajeno  
¿Quién derrama una lágrima siquiera?  
¡Ay, sí, del ruiseñor, de vida lleno.  
Que, en atmósfera extraña sofocado,  
Sobre extraña región cayó en el cieno!  
Cantor en el sepulcro desterrado,  
Descansa en paz. ¡Adiós!. . . Y si a deshora  
Un viajero del Sur pasa a tu lado,  
Si al contemplar tu cruz, como yo ahora.  
Con su idioma español el viajero  
Te llama aquí tres veces y aquí llora.  
Dígale el son del aura lastimero  
Cuál en los brazos de tu cruz escueta  
Peregrino del Sur lloré primero...  
¡Recibe con mi adiós *tu Violeta!*  
La tumba de la virgen te la envía. ..

¡Y al unirse la flor con su poeta.  
Ya en el ocaso agonizaba el día!

## ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

### 88. EPÍSTOLA A EMILIO ARRIETA

DE nuestra gran virtud y fortaleza  
Al mundo hacemos con placer testigo:  
Las ruindades del alma y su flaqueza  
Sólo se cuentan al secreto amigo.  
De mi ardiente ansiedad y mi tristeza  
A solas quiero razonar contigo:  
Rasgue a su alma sin pudor el velo  
Quien busque admiración y no consuelo.

No quiera Dios que en rimas insolentes  
De mi pesar al mundo le dé indicios,  
Imitando a esos genios imprudentes  
Que alzan la voz para cantar sus vicios.  
Yo busco, retirado de las gentes,  
De la amistad los dulces beneficios:  
No hay causa ni razón que me convenza  
De que es genio la falta de vergüenza.

En esta humilde y escondida estancia.  
Donde aún resuenan con medroso acento  
Los primeros sollozos de mi infancia  
Y de mi padre el postrimer lamento:  
Esclarecido el mundo a la distancia

A que de aquí le mira el pensamiento,  
Se eleva la verdad que amaba tanto;  
Y, antes que afecto, me produce espanto.  
Aquí, aumentando mi congoja fiera.  
Mi edad pasada y la presente miro.  
La limpia voz de mi virtud entera.  
Hoy convertida en áspero suspiro,  
Y el noble aliento de mi edad primera  
Trocado en la ansiedad con que respiro,  
Claro publican dentro de mi pecho  
Lo que hizo Dios y lo que el mundo ha hecho.

Me dotaron los cielos de profundo  
Amor al bien y de valor bastante  
Para exponer al embriagado mundo  
Del vicio vil el sórdido semblante;  
Y al ver que imbécil en el cieno hundo  
De mi existencia la misión brillante,  
Me parece que el hombre en voz confusa  
Me pide el robo y de ladrón me acusa.

Y estos salvajes montes corpulentos.  
Fieles amigos de la infancia mía,

Que con la voz de los airados vientos  
Me hablaban de virtud y de energía,  
Hoy con duros semblantes macilentos  
Contemplan mi abandono y cobardía,  
Y gimen de dolor, y cuando braman,  
Ingrato y débil y traidor me llaman.

Tal vez a la batalla me apercibo;  
Dudo de mi constancia y de esta duda  
Toma ocasión el vicio ejecutivo  
Para moverme guerra más sañuda;  
Y, cuando débil el combate esquivo,  
«Mañana, digo, llegará en mi ayuda»;  
¡Y *mañana* es la muerte, y mi ansia vana  
Deja mi redención para mañana!

Perdido tengo el crédito conmigo,  
Y avanza cual gangrena el desaliento:  
Conozco y aborrezco a mi enemigo,  
Y en sus brazos me arrojo soñoliento.  
La conciencia el deleite que consigo  
Perturba siempre: sofocar su acento  
Quiere el placer, y, lleno de impaciencia,  
Ni gozo el mal ni aplaco la conciencia.

Inquieto, vacilante, confundido  
Con la múltiple forma del deseo,  
Impávido una vez, otra corrido  
Del vergonzoso estado en que me veo,  
Al mismo Dios contemplo arrepentido  
De darme un alma que tan mal empleo:  
La hacienda que he perdido no era mía,  
Y el deshonor los tuétanos me enfría.

Aquí, revuelto en la fatal madeja  
Del torpe amor, disipador cansado  
Del tiempo, que al pasar sólo me deja  
El disgusto de haberlo malgastado;

Si el hondo afán con que de mí se queja  
Todo mi ser, me tiene desvelado,  
¿Por qué no es antes noble impedimento  
Lo que es después atroz remordimiento?

¡Valor! y que resulte de mi daño  
Fecundo el bien: que de la edad perdida  
Brote la clara luz del desengaño  
Iluminando mi razón dormida:

Para vivir me basta con un año,  
Que envejecer no es alargar la vida:  
¡Joven murió tal vez que eterno ha sido,  
Y viejos mueren sin haber vivido!  
Que tu voz, queridísimo Emiliano,  
Me mantenga seguro en mi porfía;  
Y así el Creador, que con tan larga mano  
Te regaló fecunda fantasía,  
Te enriquezca, mostrándote el arcano  
De su eterna y espléndida armonía;  
Tanto, que el hombre, en su placer o duelo  
Tu canto elija para hablar al cielo.

Los ecos de la cándida alborada,  
Que al mundo anima en blando movimiento.  
Te demuestren del alma enamorada  
El dulce anhelo y el primer acento;  
El rumor de la noche sosegada,  
La noble gravedad del pensamiento;  
Y las quejas del ábrego sombrío  
La ronca voz del corazón impío.

Y el gran torrente que, con pena tanta.  
Por las quiebras del hondo precipicio,  
Rugiendo de amargura, se quebranta,  
Deje en tu alma verdadero indicio  
De la virtud, que gime y se abriga  
En las quiebras del rudo sacrificio,

Y en tu canto resuenen juntamente  
El bien futuro y el dolor presente.  
Y en las férvidas olas impelidas  
Del huracán, que asalta las estrellas,  
Y rebraman, mostrando embravecidas  
Que el aliento de Dios se encierra en ellas,  
Aprendas las canciones dirigidas  
Al que para en su curso las centellas,  
Y resuene tu voz de polo a polo,  
De su grandeza intérprete tú solo.

## RAMÓN DE CAMPOAMOR

### 89. ¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

—ESCRIBIDME una carta, señor Cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabéis quién es, porque una noche oscura  
nos visteis juntos? —Pues.

—Perdonad; mas. ..—No extraño ese tropiezo.

La noche... la ocasión. ..

Dadme pluma y papel. Gracias. Empiezo:

Mi querido Ramón:

—¿Querido?... Pero, en fin, ya lo habéis puesto. .

—Si no queréis. ..—¡Sí, sí!

—*¡Qué triste estoy!* ¿No es eso? —Por supuesto.

—*¡Qué triste estoy sin ti!*

*Una congoja, al empezar, me viene. ..*

—¿Cómo sabéis mi mal?

—Para un viejo, una niña siempre tiene  
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un edén.

—Haced la letra clara, señor Cura;  
Que lo entienda eso bien.

—El beso aquel que de marchar a punto  
*Te di.* ..—¿Cómo sabéis?. ..

—Cuando se va y se viene y se está junto  
Siempre... no os afrentéis. ..

*Y si volver tu afecto no procura*

Tanto me harás sufrir. . .

—¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,  
¡Que me voy a morir!

—¿Morir? ¿Sabéis que es ofender al cielo?...

—Pues, sí, señor, ¡morir!

—Yo no pongo *morir*. —¿Qué hombre de hielo!  
¡Quién supiera escribir!

## II

¡Señor Rector, señor Rector! en vano  
Me queréis complacer,  
Si no encarnan los signos de la mano  
Todo el ser de mi ser.

Escribidle, por Dios, que el alma mía  
Ya en mí no quiere estar;  
Que la pena no me ahoga cada día. . .

Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento.

No se saben abrir;

Que olvidan de la risa el movimiento

A fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos.

Cargados con mi afán,

Como no tienen quien se mire en ellos.

Cerrados siempre están.

Que es, de cuantos tormentos he sufrido,

La ausencia el más atroz;

Que es un perpetuo sueño de mi oído

El eco de su voz. . .

Que siendo por su causa, el alma mía

¡Goza tanto en sufrir!...

Dios mío ¡cuántas cosas le diría

Si supiera escribir!. . .

### III

#### EPÍLOGO

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:

*A don Ramón...* En fin,

Que es inútil saber para esto arguyo

Ni el griego ni el latín.

## 90. LO QUE HACE EL TIEMPO

A Blanca Rosa de Osma

CON mis coplas, Blanca Rosa,  
Tal vez te cause cuidados  
Por cantar  
Con la voz ya temblorosa,  
Y los ojos ya cansados  
De llorar.

Hoy para ti sólo hay glorias,  
Y danzas y flores bellas;  
Mas después,  
Se alzarán tristes memorias,  
Hasta de las mismas huellas  
De tus pies.

En tus fiestas seductoras  
¿No oyes del alma en lo interno  
Un rumor,  
Que lúgubre a todas horas.  
Nos dice que no es eterno  
Nuestro amor?

¡Cuánto a creer se resiste  
Una verdad tan odiosa  
Tu bondad!  
¡Y esto fuera menos triste  
Si no fuera, Blanca Rosa,  
Tan verdad!

Te aseguro, como amigo,

Que es muy raro, y no te extrañe,  
Amar bien.  
Siento decir lo que digo;  
Pero ¿quieres que te engañe  
Yo también?

Pasa un viento arrebatado,  
Viene amor, y a dos en uno  
Funde Dios;  
Sopla el desamor helado,  
Y vuelve a hacer, importuno.  
De uno, dos.

Que amor, de egoísmo lleno,  
A su gusto se acomoda  
Bien y mal;  
En él hasta herir es bueno.  
Se ama o no se ama, ésta es toda  
Su moral.

¡Oh! ¡qué bien cumple el amante,  
Cuando aun tiene la inocencia,  
Su deber!  
Y ¡cómo, más adelante.  
Aviene con su conciencia  
Su placer!

¿Y es culpable el que, sediento,  
Buscando va en nuevos lazos  
Otro amor?  
¡Sí! culpable como el viento  
Que, al pasar, hace pedazos  
Una flor.

¿Verdad que es abominable

Que el corazón vagabundo  
Mude así,  
Sin ser por ello culpable,  
Porque esto pasa en el mundo  
Porque sí?

Se ama una vez sin medida,  
Y aun se vuelve a amar sin tino  
Mis de dos.  
¡Cuán versátil es la vida!  
¡Cuán vano es nuestro destino,  
Santo Dios!

Él lleve tu labio ayuno  
A algún manantial querido  
De placer,  
Donde dichosa, ninguno  
Te enseñe nunca el olvido  
Del deber.

Siempre el destino constante  
Nos da cual vil usurero  
Su favor:  
Da amor primero y no amante;  
Después mucho amante, pero  
Poco amor.

Tranquila a veces reposa,  
Y otras se marcha volando  
Nuestra fe.  
Y esto pasa, Blanca Rosa,  
Sin saber cómo, ni cuándo,  
Ni por qué.

Nunca es estable el deseo.

Ni he visto jamás terneza  
Siempre igual.  
Y ¿a qué negarlo? No creo  
Ni del bien en la fijeza,  
Ni del mal.

Este ir y venir sin tasa.  
Y este moverse impaciente.  
Pasa así,  
Porque así ha pasado y pasa,  
Porque sí, y ¡ay! solamente  
Porque sí.

¡Cuán inútil es que huyamos  
De los fáciles amores  
Con horror,  
Si cuanto más las pisamos,  
Más nos embriagan las flores  
Con su olor!

El cielo sin duda envía  
La lucha a la tormentosa  
Juventud;  
Pues ¿qué mérito tendría  
Sin esfuerzos, Blanca Rosa,  
La virtud?

¡Ay! un alma inteligente,  
Siempre en nuestra alma divisa  
Una flor,  
Que se abre infaliblemente  
Al soplo de alguna brisa  
De otro amor.

Mas dirás: —¿Y en qué consiste

Que todo a mudar convida?—  
¡Ay de mí!  
En que la vida es muy triste. ..  
Pero aunque triste, la vida  
Es así.

Y si no es amor el vaso  
Donde el sobrante se vierte  
Del dolor,  
Pregunto yo: —¿Es digno acaso  
De ocuparnos vida y muerte  
Tal amor?—

Nunca sepas, Blanca Rosa,  
Que es la dicha una locura.  
Cual yo sé;  
Si quieres ser venturosa,  
Ten mucha fe en la ventura.  
Mucha fe.

Si eres feliz algún día,  
¡Guay, que el recuerdo tirano  
De otro amor  
No se filtre en tu alegría.  
Cual se desliza un gusano  
Roedor!

Tú eres de las almas buenas,  
Cuyos honrados amores  
Siempre son  
Los que bendicen sus penas,  
Penas que se abren en flores  
De pasión.

Con tus visiones hermosas,

Nunca de tu alma el abismo  
Llenarás,  
Pues la fuerza de las cosas  
Puede más que Hércules mismo,  
¡Mucho más!. ..

Si huye una vez la ventura,  
Nadie después ve las flores  
Renacer  
Que cubren la sepultura  
De los recuerdos traidores  
Del ayer.

¿Y quién es el responsable  
De hacer tragar sin medida  
Tanta hiel?  
¡La vida! ¡ésa es la culpable!  
La vida, sólo es la vida  
Nuestra infiel.

La vida, que desalada,  
De un vértigo del infierno  
Corre en pos:  
Ella corre hacia la nada;  
¿Quieres ir hacia lo eterno?  
Ve hacia Dios.

¡Sí! corre hacia Dios, y Él haga  
Que tengas siempre una vieja  
Juventud.  
La tumba todo lo traga;  
Sólo de tragarse deja  
La virtud.

# JOSÉ SELGAS

## 91. EL ESTÍO

MAYO recoge el virginal tesoro;  
Desciñe Flora su gentil guirnalda;  
La sombra busca el manantial sonoro  
Del alto monte en la risueña falda;  
Campos son ya de púrpura y de oro  
Los que fueron de rosa y esmeralda;  
Y apenas riza su corriente el río  
A los primeros soplos del Estío.

El soto ameno y la enramada umbrosa,  
El valle alegre y la feraz ribera,  
Con voz desalentada y cariñosa  
Despiden a la dulce Primavera;  
Muere en su tallo la inocente rosa;  
Desfallece la altiva enredadera;  
Y en desigual y tenue movimiento  
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma  
La blanca aurora su rosada frente,  
Reparte perlas y recoge aroma;  
Se abre la flor que su mirada siente;  
Repite los arrullos la paloma  
Bajo las ramas del laurel naciente;  
Y allá por los tendidos olivares  
Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando  
La rubia mies en la llanura ondea;  
Del dulce nido alrededor volando  
La alondra gira y de placer gorjea;

Las ondas de la fuente suspirando  
Quiebran el rayo de la luz febea,  
Y en delicados mágicos colores  
El fruto asoma al expirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca  
La niebla tiende su bordado encaje;  
Desde el peñón de la desierta roca  
Lánzase audaz el águila salvaje;  
El seco vientecillo que sofoca  
Cubre de polvo el pálido follaje;  
Y por el monte y por la vega umbría  
Crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata  
La esencia de la flor de los tomillos,  
Y lento el río su raudal desata  
Entre mimbres y juncos amarillos;  
Y si al cubrir sus círculos de plata  
Con sus plumeros blandos y sencillos  
La caña dócil la corriente roza,  
Trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla  
Manso cordero del calor sosiega;  
Se oyen los cantos de la alegre trilla;  
Suenan los ecos de la tarda siega;  
Ardiente el sol en el espacio brilla;  
El cielo azul su majestad despliega,  
Y duermen a la sombra los pastores,  
Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra a la rústica majada  
La noble encina que a la edad resiste;  
En su copa de fruto coronada  
La vid de verde majestad se viste;  
A su pie la doncella enamorada  
Canta de amor, pero su canto es triste,

Que, en el profundo afán que la devora,  
Amores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído  
Más que el tierno arrullar de la paloma.  
Por el monte y el valle repetido,  
Tristes, confusas vibraciones toma;  
Y en las ondas del aire suspendido  
Se escapa al fin por la quebrada loma,  
Y sin que el aura devolverlo pueda  
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;  
No circula ni un átomo de viento;  
Cortadas por el sol lentas y graves  
Caen las hojas del árbol macilento;  
Tenue vapor en ráfagas süaves  
Se levanta con fácil movimiento,  
Y mezclando en la luz su sombra extraña,  
Va formando la nube en la montaña.

Hinchada, al fin, soberbia, se desprende  
Del horizonte azul la nube densa,  
Y el fuego del relámpago la enciende,  
Y gira por la atmósfera suspensa.  
Y ya sus flancos inflamados tiende,  
Ya el vapor de su seno se condensa,  
Y soltando el granizo en lluvia escasa  
La rompe el trueno, y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en Occidente  
De su encendido manto se despoja,  
Y en los blancos celajes del Oriente  
Se pierde el rayo de su lumbre roja.  
Brilla la gota de agua trasparente  
Detenida en el polvo de la hoja,  
Y tendiendo el crepúsculo su planta  
Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado  
Que en la fiebre de amor templó el desvelo,  
Vertiendo en nuestro espíritu agitado  
La misteriosa esencia del consuelo;  
Así por el ambiente reposado  
De estrellas y vapor bordando el cielo,  
Breves y llenas de feraz rocío  
Cruzan las noches del ardiente Estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,  
Y en tibio resplandor la sombra vaga;  
La luz de las estrellas se estremece  
Y en el limpio raudal brilla y se apaga;  
Naturaleza entera se adormece  
En el hondo placer que la embriaga,  
Y lleva el aura en vacilantes giros  
Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Más puro que la tímida esperanza  
Que sueña el alma en el amor primero.  
Su rayo débil desde Oriente lanza,  
Sol de la noche, virginal lucero;  
Triste y sereno por el cielo avanza  
De la cándida luna mensajero,  
Por ella viene, y suspirando ella,  
Síguele en pos enamorada y bella.

Cuanto guardáis la tímida inocencia  
Que a la esperanza y al amor convida;  
Los que en el alma la impalpable esencia  
De su primer amor lloráis perdida;  
Cuanto con dolorosa indiferencia  
Vais apurando el cáliz de la vida;  
Todos llegad, y bajo el bosque umbrío  
Sentid las noches del ardiente Estío.

Las del tirano amor, desengañadas.  
Pálidas y dulcísimas doncellas,

Vosotras que lloráis desconsoladas  
Sólo el delito de nacer tan bellas;  
Mirad entre las nubes sosegadas  
Cómo cruzan el cielo las estrellas;  
Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo  
Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna a mi voz, blanca hermosura.  
Fuente de virginal melancolía,  
Más hermosa a mis ojos y más pura  
Que el rayo azul con que despunta el día;  
Corazón abrasado de ternura,  
Espíritu de amor y de armonía,  
Ven y derrama en el tranquilo viento  
El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena  
Aumenta la inquietud de mi deseo;  
Tu voz perdida en el ambiente suena;  
Donde mis ojos van tu sombra veo;  
De amor y afán mi corazón se llena,  
Porque en tu amor y en mi esperanza creo;  
Y así suspende el sentimiento mío  
La tibia noche del ardiente Estío.

Noche serena y misteriosa, en donde  
Dormido vaga el pensamiento humano,  
Todo a los ecos de tu voz responde,  
La mar, el monte, la espesura, el llano;  
Acaso Dios entre tu sombra esconde  
La impenetrable luz de algún arcano;  
Tal vez cubierta de tu inmenso velo  
Se confunde la tierra con el cielo.

VENTURA RUIZ AGUILERA

## 92. EPÍSTOLA

(A Damián Menéndez Rayén y Francisco Giner de los Ríos)

No arrojará cobarde el limpio acero  
mientras oiga el clarín de la pelea,  
soldado que su honor conserve entero;  
ni del piloto el ánimo flaquea  
porque rayos alumbren su camino  
y el golfo inmenso alborotarse vea.

¡Siempre luchar!. . .del hombre es el destino;  
y al que impávido lucha, con fe ardiente,  
le da la gloria su laurel divino.

Por sosiego suspira eternamente;  
pero ¿dónde se oculta, dónde mana  
de esta sed inmortal la ansiada fuente?. ..

En el profundo valle, que se afana  
cuando del año la estación florida  
lo viste de verdura y luz temprana;  
en las cumbres salvajes, donde anida  
el águila que pone junto al cielo  
su mansión de huracanes combatida,  
el límite no encuentra de su anhelo;  
ni porque esclava suya haga la suerte,  
tras íntima inquietud y estéril duelo.

Aquel sólo el varón dichoso y fuerte  
será, que viva en paz con su conciencia  
hasta el sueño apacible de la muerte.

¿Qué sirve el esplendor, qué la opulencia,  
la oscuridad, ni holgada medianía,  
si a sufrir el delito nos sentencia?

Choza del campesino, humilde y fría,

alcázar de los reyes, corpulento,  
cuya altitud al monte desafía,  
bien sé yo que, invisible como el viento,  
huésped que el alma hiela, se ha sentado  
de vuestro hogar al pie el remordimiento.

¿Qué fue del corso altivo, no domado  
hasta asomar de España en las fronteras  
cual cometa del cielo desgajado?

El poder que le dieron sus banderas  
con asombro y terror de las naciones  
¿colmó sus esperanzas lisonjeras?. ..

Cayó; y entre los bárbaros peñones  
de su destierro, en las nocturnas horas  
le acosaron fatídicas visiones;

y diéronle tristeza las auroras,  
y en el manso murmullo de la brisa  
voces oyó gemir acusadoras.

Más conforme recibe y más sumisa  
la voluntad de Dios, el alma bella  
que abrojos siempre lacerada pisa.

Francisco, así pasar vimos aquella  
que te arrulló en sus brazos maternos,  
y hoy, vestida de luz, los astros huella:

que al tocar del sepulcro los umbrales,  
bañó su dulce faz con dulce rayo  
la alborada de goces inmortales.

Y así, Damián, en el risueño mayo  
de una vida sin mancha, como arbusto  
que el aquilón derriba en el Moncayo,  
pasó también tu hermano, y la del justo  
severa majestad brilló en su frente,  
de un alma religiosa templo agosto.

Huya de las ciudades el que intente  
esquivar la batalla de la vida

y en el ocio perderla muellemente:

que a la virtud el riesgo no intimida;  
cuando náufragos hay, los ojos cierra  
y se lanza a la mar embravecida.

Avaro miserable es el que encierra  
la fecunda semilla en el granero,  
cuando larga escasez llora la tierra.

Compadecer la desventura quiero  
del que, por no mirar la abierta llaga,  
de su limosna priva al pordiosero.

Ebrio, y alegre, y victorioso vaga  
el vicio por el mundo cortesano:  
su canto de sirena ¿a quién no embriaga?

Los que dones reciben de su mano  
himnos alzan de júbilo, y de flores  
rinden tributo en el altar profano.

En tanto, de la fiesta a los rumores,  
criaturas sin fin, herido el seno,  
responden con el ¡ay! de sus dolores.

Mas el hombre de espíritu sereno  
y de conciencia inquebrantable (roca  
donde se estrella, sin mancharla, el cieno)

la horrible sien del ídolo destoca,  
y con acento de anatema inflama  
tal vez un noble ardor la turba loca.

Jinete de experiencia y limpia fama,  
armado va de freno y dura espuela  
donde una voz en abandono clama;

de heroica pasión en alas vuela,  
y en ella clava el acicate agudo  
por acudir al mal que le desvela.

Si un instante de error cegarle pudo,  
los engañosos ímpetus reprime,  
y es su propia razón freno y escudo.

Sin tregua combatir por el que gime;  
defender la justicia y verdad santa,  
llena la mente de ideal sublime;  
caminar hacia el bien con firme planta,  
a la edad consolando que agoniza,  
apóstol de otra edad que se adelanta,  
es empresa que al vulgo escandaliza;  
por loco siempre o necio fue tenido  
quien lanzas en su pro rompe en la liza.

Si a tierna compasión alguien movido  
vio al generoso hidalgo de Cervantes,  
¡cuántos, con risa, viéronle caído!

Acomete a quiméricos gigantes,  
de sus delirios prodigiosa hechura,  
y es de niños escarnio y de ignorantes.

Mas él, dándoles cuerpo, se figura  
limpiar de monstruos la afligida tierra,  
y llanto arranca al bueno su locura.

Así debe sufrir, en cruda guerra  
(sin vergonzoso pacto ni sosiego)  
contra el mal, que a los débiles aterra,  
el que abrasado en el celeste fuego  
de inagotable caridad, no atiende  
sólo de su interés el torpe ruego.

Árbol de seco erial, las ramas tiende  
al que rendido llega de fatiga,  
y del sol, cariñoso, le defiende.

Él sabe que sus frutos no prodiga  
heredad que se deja sin cultivo;  
sabe que del sudor brota la espiga,  
como de agua sonoro raudal vivo,  
si del trabajo el útil instrumento  
hiende la roca en que durmió cautivo.

¡Oh del bosque anhelado apartamiento,

cuyos olmos son arpas melodiosas  
cuando sacude su follaje el viento!

¡Oh fresco valle, donde crecen rosas  
de perfumado cáliz, y azucenas,  
que liban las abejas codiciosas!

¡Oh soledades de armonías llenas!  
en vano me brindáis ocio y amores,  
mientras haya un esclavo entre cadenas.

Que aún pide con sacrílegos rumores  
ver libre a Barrabás la muchedumbre  
y alzados en la Cruz los redentores.

Que del sombrío Gólgota en la cumbre,  
regada con la sangre del Cordero  
sublime en humildad y mansedumbre,  
mártires ¡ay! aún suben al madero  
que ha de ser, convertido en árbol santo,  
patria y hogar del universo entero.

Padecer es vivir; riego es el llanto  
a quien la flor del alma, con su esencia  
debe perpetuo y virginal encanto.

Amigos, bendecid la Providencia  
si mandare a la vuestra ese rocío,  
y nieguen los malvados su clemencia.

¡Qué alegre y qué gentil llega el navío  
al puerto salvador, cuando aún le azota  
con fiera saña el huracán bravío!

Así el justo halla al fin de su derrota  
por el mar de la vida proceloso,  
del claro cielo en la extensión remota  
puerto seguro y eternal reposo.

GASPAR ÑOÑEZ DE ARCE

## 93. ESTROFAS

### I

LA generosa musa de Quevedo  
desbordóse una vez como un torrente  
y exclamó llena de viril denuedo:  
No he de callar, por más que con el dedo,  
ya tocando los labios, ya la frente,  
silencio avises o amenaces miedo.

### II

Y al estampar sobre la herida abierta  
el hierro de su cólera encendido,  
tembló la concusión que siempre alerta,  
incansable y voraz, labra su nido,  
como gusano ruin en carne muerta,  
en todo Estado exánime y podrido.

### III

Arranque de dolor, de ese profundo  
dolor que se concentra en el misterio  
y huye amargado del rumor del mundo,  
fue su sangrienta sátira, cauterio  
que aplicó sollozando al patrio imperio,  
mísero, gangrenado y moribundo.

#### IV

¡Ah! si hoy pudiera resonar la lira  
que con Quevedo descendió a la tumba,  
en medio de esta universal mentira,  
de este viento de escándalo que zumba,  
de este fétido hedor que se respira,  
de esta España moral que se derrumba;

#### V

De la viva y creciente incertidumbre  
que en lucha estéril nuestra fuerza agota;  
del huracán de sangre que alborota  
el mar de la revuelta muchedumbre;  
de la insaciable y honda podredumbre  
que el rostro y la conciencia nos azota;

#### VI

De este horror, de este ciego desvarío  
que cubre nuestras almas con un velo,  
como el sepulcro, impenetrable y frío;  
de este insensato pensamiento impío  
que destituye a Dios, despuebla el cielo  
y precipita el mundo en el vacío;

#### VII

Si en medio de esta borrascosa orgía  
que infunde repugnancia al par que aterra,  
esa lira estallara ¿qué sería?  
Grito de indignación, canto de guerra,  
que en las entrañas mismas de la tierra  
la muerta humanidad conmovería.

## VIII

Mas ¿porque el gran satírico no aliente  
ha de haber quien contemple y autorice  
tanta degradación, indiferente?  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

## IX

¡Cuántos sueños de gloria evaporados  
como las leves gotas del rocío  
que apenas mojan los sedientos prados!  
¡Cuánta ilusión perdida en el vacío,  
y cuántos corazones anegados  
en la amarga corriente del hastío!

## X

No es la revolución raudal de plata  
que fertiliza la extendida vega:  
es sorda inundación que se desata.

No es viva luz que se difunde grata,  
sino confuso resplandor que ciega  
y tormentoso vértigo que mata.

## XI

Al menos en el siglo desdichado  
que aquel ilustre y vigoroso vate  
con el rayo marcó de su censura,  
podía el corazón atribulado  
salir ileso del mortal combate  
en alas de la fe radiante y pura.

## XII

Y apartando la vista de aquel cieno  
social, de aquellos fétidos despojos,  
de aquel lúbrico y torpe desenfreno,  
fijar llorando los ardientes ojos  
en ese cielo azul, limpio y sereno,  
de santa paz y de esperanza lleno.

## XIII

Pero hoy ¿dónde mirar? Un golpe mismo  
hiere al César y a Dios. Sorda carcoma  
prepara el misterioso cataclismo,  
y como en tiempo de la antigua Roma,  
todo cruje, vacila y se desploma  
en el cielo, en la tierra, en el abismo.

## XIV

Perdida en tanta soledad la calma,  
de noche eterna el corazón cubierto,  
la gloria muda, desolada el alma,  
en este pavoroso desconcierto  
se eleva la Razón, como la palma  
que crece triste y sola en el desierto.

## XV

¡Triste y sola, es verdad! ¿Dónde hay miseria  
mayor? ¿Dónde más rudo desconsuelo?  
¿De qué le sirve desgarrar el velo  
que envuelve y cubre la vivaz materia,  
y con profundo, inextinguible anhelo  
sondar la tierra, escudriñar el cielo;

## XVI

Entregarse a merced del torbellino  
y en la duda incesante que la aqueja  
el secreto inquirir de su destino,  
si a cada paso que adelanta deja  
su fe inmortal, como el vellón la oveja,  
enredada en las zarzas del camino?

## XVII

¿Si a su culpada humillación se adhiere  
con la constancia infame del beodo,  
que goza en su abyección, y en ella muere?  
¿Si ciega, y torpe, y degradada en todo,  
desconoce su origen, y prefiere  
a descender de Dios, surgir del lodo?

### XVIII

¡Libertad, libertad! No eres aquella  
virgen, de blanca túnica ceñida,  
que vi en mis sueños pudibunda y bella.  
No eres, no, la deidad esclarecida  
que alumbra con su luz, como una estrella,  
los oscuros abismos de la vida.

### XIX

No eres la fuente de perenne gloria  
que dignifica el corazón humano  
y engrandece esta vida transitoria.  
No el ángel vengador que con su mano  
imprime en las espaldas del tirano  
el hierro enrojecido de la historia.

### XX

No eres la vaga aparición que sigo  
con hondo afán desde mi edad primera,  
sin alcanzarla nunca. . . Mas ¿qué digo?

No eres la libertad, disfraces fuera,  
¡licencia desgreñada, vil ramera  
del motín, te conozco y te maldigo!

## XXI

¡Ah! No es extraño que sin luz ni guía,  
los humanos instintos se desborden  
con el rugido del volcán que estalla,  
y en medio del tumulto y la anarquía,  
como corcel indómito el desorden  
no respete ni látigo ni valla.

## XXII

¿Quién podrá detenerle en su carrera?  
¿Quién templar los impulsos de la fiera  
y loca multitud enardecida,  
que principia a dudar y ya no espera  
hallar en otra luminosa esfera,  
bálsamo a los dolores de esta vida?

## XXIII

Como Cristo en la cúspide del monte,  
rotas ya sus mortales ligaduras,  
mira doquier con ojos espantados,  
por toda la extensión del horizonte  
dilatarse a sus pies vastas llanuras,  
ricas ciudades, fértiles collados.

## XXIV

Y excitando su afán calenturiento  
tanta grandeza y tanto poderío,  
de la codicia el persuasivo acento  
grítale audaz: — ¡El cielo está vacío!  
¿A quién temer? — Y ronca y sin aliento  
la muchedumbre grita: — ¡Todo es mío! —

## XXV

Y en el tumulto su puñal afila,  
y la enconada cólera que encierra  
enturbia y enardece su pupila,  
y ensordeciendo el aire en son de guerra  
hace temblar bajo sus pies la tierra,  
como las hordas bárbaras de Atila.

## XXVI

No esperéis que esa turba alborotada  
infunda nueva sangre generosa  
en las venas de Europa desmayada;  
ni que termine su fatal jornada,  
sobre el ara desierta y polvorosa  
otro Dios levantando con su espada.

## XXVII

No esperéis, no, que la confusa plebe,  
como santo depósito en su pecho  
nobles instintos y virtudes lleve.  
Hallará el mundo a su codicia estrecho,  
que es la fuerza, es el número, es el hecho  
brutal ¡es la materia que se mueve!

## XXVIII

Y buscará la libertad en vano;  
que no arraiga en los crímenes la idea,  
ni entre las olas fructifica el grano.  
Su castigo en sus iras centellea  
pronto a estallar; que el rayo y el tirano  
hermanos son. ¡La tempestad los crea!

## 94. TRISTEZAS

CUANDO recuerdo la piedad sincera  
con que en mi edad primera  
entraba en nuestras viejas catedrales,  
donde postrado ante la cruz de hinojos  
alzaba a Dios mi ojos  
soñando en las venturas celestiales;

Hoy que mi frente atónito golpeo,  
y con febril deseo  
busco los restos de mi fe perdida,  
por hallarla otra vez, radiante y bella  
como en la edad aquélla,  
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,  
prosternaba mi frente  
en las losas del templo sacrosanto!  
Llenábase mi joven fantasía  
de luz, de poesía,  
de mudo asombro, de terrible espanto.

Aquellas altas bóvedas que al cielo  
levantaban mi anhelo;  
aquella majestad solemne y grave;  
aquel pausado canto, parecido  
a un doliente gemido,  
que retumbaba en la espaciosa nave:

Las marmóreas y austeras esculturas  
de antiguas sepulturas,  
aspiración del arte a lo infinito;  
la luz que por los vidrios de colores  
sus tibios resplandores  
quebraba en los pilares de granito;

Haces de donde en curva fugitiva,  
para formar la ojiva,  
cada ramal subiendo se separa,  
cual el rumor de multitud que ruega,  
cuando a los cielos llega,  
surge cada oración distinta y clara;

En el gótico altar inmoble y fijo  
el santo crucifijo,  
que extiende sin vigor sus brazos yertos,  
siempre en la sorda lucha de la vida,  
tan áspera y reñida,  
para el dolor y la humildad abiertos;

El místico clamor de la campana  
que sobre el alma humana  
de las caladas torres se despeña,  
y anuncia y lleva en sus aladas notas  
mil promesas ignotas  
al triste corazón que sufre o sueña;

Todo elevaba mi ánimo intranquilo  
a más sereno asilo:  
religión, arte, soledad, misterio. ..  
todo en el templo secular hacía  
vibrar el alma mía,  
como vibran las cuerdas de un salterio.

Y a esta voz interior que sólo entiende  
quien crédulo se enciende  
en fervoroso y celestial cariño,  
envuelta en sus flotantes vestiduras  
volaba a las alturas,  
virgen sin mancha, mi oración de niño.

Su rauda, viva y luminosa huella  
como fugaz centella  
traspasaba el espacio, y ante el puro  
resplandor de sus alas de querube,  
rasgábase la nube  
que me ocultaba el inmortal seguro.

¡Oh anhelo de esta vida transitoria!  
¡Oh perdurable gloria!  
¡Oh sed inextinguible del deseo!  
¡Oh cielo, que antes para mí tenías  
fulgores y armonías,  
y hoy tan oscuro y desolado veo!

Ya no templas mis íntimos pesares,  
ya al pie de tus altares  
como en mis años de candor no acudo.  
Para llegar a ti perdí el camino,  
y errante peregrino  
entre tinieblas desespero y dudo.

Voy espantado sin saber por dónde;  
grito, y nadie responde  
a mi angustiada voz; alzo los ojos  
y a penetrar la lobreguez no alcanzo;  
medrosamente avanzo,  
y me hieren el alma los abrojos.

Hijo del siglo, en vano me resisto  
a su impiedad, ¡oh Cristo!  
Su grandeza satánica me oprime.  
Siglo de maravillas y de asombros,  
levanta sobre escombros  
un Dios sin esperanza, un Dios que gime.

¡Y ese Dios no eres tú! No tu serena  
faz, de consuelos llena,  
alumbra y guía nuestro incierto paso.  
Es otro Dios incógnito y sombrío:  
su cielo es el vacío,  
Sacerdote el error, ley el Acaso.

¡Ah! No recuerda el ánimo suspenso  
un siglo más inmenso,  
más rebelde a tu voz, más atrevido;  
entre nubes de fuego alza su frente,  
como Luzbel, potente;  
pero también, como Luzbel, caído.

A medida que marcha y que investiga  
es mayor su fatiga,  
es su noche más honda y más oscura,  
y pasma, al ver lo que padece y sabe,  
cómo en su seno cabe  
tanta grandeza y tanta desventura.

Como la nave sin timón y rota  
que el ronco mar azota,  
incendia el rayo y la borrasca mece  
en piélago ignorado y proceloso,  
nuestro siglo—coloso—  
con la luz que le abrasa, resplandece.

¡Y está la playa mística tan lejos!. ..  
a los tristes reflejos  
del sol poniente se colora y brilla.  
El huracán arrecia, el bajel arde,  
y es tarde, es ¡ay! muy tarde  
para alcanzar la sosegada orilla.

¿Qué es la ciencia sin fe? Corcel sin freno,  
a todo yugo ajeno,  
que al impulso del vértigo se entrega,  
y a través de intrincadas espesuras,  
desbocado y a oscuras  
avanza sin cesar y nunca llega.

¡Llegar! ¿Adónde?... El pensamiento humano  
en vano lucha, en vano  
su ley oculta y misteriosa infringe.  
En la lumbre del sol sus alas quema,  
y no aclara el problema,  
ni penetra el enigma de la Esfinge.

¡Sálvanos, Cristo, sálvanos, si es cierto  
que tu poder no ha muerto!  
Salva a esta sociedad desventurada,  
que bajo el peso de su orgullo mismo  
rueda al profundo abismo  
acaso mis enferma que culpada.

La ciencia audaz, cuando de ti se aleja,  
en nuestras almas deja  
el germen de recónditos dolores,  
como al tender el vuelo hacia la altura,  
deja su larva impura  
el insecto en el cáliz de las flores.

Si en esta confusión honda y sombría  
es, Señor, todavía  
raudal de vida tu palabra santa,  
di a nuestra fe desalentada y yerta:  
— ¡Anímate y despierta!  
Como dijiste a Lázaro: — ¡Levanta! —

## GUSTAVO A. BÉCQUER

### 95. RIMAS

DEL salón en el ángulo oscuro,  
De su dueño tal vez olvidada.  
Silenciosa y cubierta de polvo  
Veíase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,  
Como el pájaro duerme en la rama.

Esperando la mano de nieve  
Que sabe arrancarla!

¡Ay! pensé; ¡cuántas veces el genio  
Así duerme en el fondo del alma,  
Y una voz, como Lázaro, espera  
Que le diga: «¡Levántate y anda!»

96.

CERRARON SUS ojos  
Que aun tenía abiertos;  
Taparon su cara  
Con un blanco lienzo;  
Y unos sollozando.  
Otros en silencio,  
De la triste alcoba  
Todos se salieron.

La luz, que en un vaso  
Ardía en el suelo,  
Al muro arrojaba  
La sombra del lecho;  
Y entre aquella sombra  
Veíase a intervalos  
Dibujarse rígida  
La forma del cuerpo.

Despertaba el día  
Y a su albor primero  
Con sus mil ruidos  
Despertaba el pueblo.  
Ante aquel contraste

De vida y misterios,  
De luz y tinieblas.  
Medité un momento:  
*¡Dios mío, qué solos*  
Se quedan los muertos!

De la casa en hombros  
Lleváronla al templo  
Y en una capilla  
Dejaron el féretro.  
Allí rodearon  
Sus pálidos restos  
De amarillas velas  
Y de paños negros.

Al dar de las ánimas  
El toque postrero,  
Acabó una vieja  
Sus últimos rezos;  
Cruzó la ancha nave,  
Las puertas gimieron,  
Y el santo recinto  
Quedóse desierto.

De un reloj se oía  
Compasado el péndulo,  
Y de algunos cirios  
El chisporroteo.  
Tan medroso y triste,  
Tan oscuro y yerto  
Todo se encontraba. ..  
Que pensé un momento:  
*«¡Dios mío, qué solos*  
*Se quedan los muertos!»*

De la alta campana  
La lengua de hierro.  
Le dio, volteando,  
Su adiós lastimero.  
El luto en las ropas,  
Amigos y deudos  
Cruzaron en fila,  
Formando el cortejo.

Del último asilo,  
Oscuro y estrecho.  
Abrió la piqueta  
El nicho a un extremo.  
Allí la acostaron,  
Tapiáronlo luego,  
Y con un saludo  
Despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,  
El sepulturero  
Cantando entre dientes  
Se perdió a lo lejos.  
La noche se entraba,  
Reinaba el silencio;  
Perdido en las sombras,  
Medité un momento:  
«¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

En las largas noches  
del helado invierno,  
Cuando las maderas  
Crujir hace el viento  
Y azota los vidrios

El fuerte aguacero,  
De la pobre niña  
A solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia  
Con un son eterno;  
Allí la combate  
El soplo del cierzo.  
Del húmedo muro  
Tendida en el hueco,  
¡Acaso de frío  
Se hielan sus huesos!. . .

¿Vuelve el polvo al polvo?  
¿Vuela el alma al cielo?  
¿Todo es vil materia,  
Podredumbre y cieno?  
¡No sé; pero hay algo  
Que explicar no puedo,  
Que al par nos infunde  
Repugnancia y duelo,  
Al dejar tan tristes,  
Tan solos los muertos!

VICENTE W. QUEROL

97. CARTA

al Sr. D. Pedro A. de Alarcón, acerca de la Poesía

AMIGO, cedo al fin. Los que dispersos

Entregué al aire vano  
En mi edad juvenil fútiles versos,  
Hoy con piadosa mano  
Recojo y cierro en el modesto libro,  
Que al triste olvido de la edad entrego,  
O al duro fallo de los tiempos libro.  
Lo engendre en la nocturna  
Fiebre de mis pasiones primerizas,  
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,  
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,  
El laurel disputado en arduas lizas,  
De la osada ambición locos empeños,  
Le fe jurada, la esperanza muerta,  
La aspiración incierta,  
Los horizontes del amor risueños:  
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías  
En el oído extraño,  
Ajeno a mi placer, sordo a mi daño,  
Sonarán siempre las canciones mías;  
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro  
Mi gozo entre ellas o mi antigua angustia,  
Cual suele hallarse dentro  
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto  
Mi fe en ti, desdeñada Poesía,  
Ni el ciego amor y el fervoroso culto  
Con que en tus aras me postré algún día:  
No reniego de ti cuando la mofa,  
Cuando el villano insulto  
Responden sólo a tu vibrante estrofa:  
No aparto de mi labio  
De tu cáliz de hiel las negras heces.

Ni te abandono al miserable agravio,  
O a las burlas soeces  
Del vulgo, indigno de tu noble estro;  
Y cuando ante el siniestro  
Tribunal vas de tus inicuos jueces,  
Yo, discípulo tuyo, por tres veces  
No negaré al Maestro.

\*

¡Santa palabra de Jehová!  
Con ella  
Moisés cantó el enojo  
Con que borró de Faraón la huella  
En sus líquidos antros el Mar-Rojo:  
Con ella sobre Nínive, sujeta  
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,  
Y en la ancha plaza de Sidón inquieta.  
Quejumbroso suspiro  
O eterna maldición lanzó el Profeta:  
Con ella junto al cauce  
Del extranjero río, su salterio  
Colgando al tronco del umbroso sauce.  
Lloró Judá su amargo cautiverio:  
Con ella dijo su doliente cuita  
Job a la inmunda fiera del desierto;  
Y con ella la hermosa Sulamita  
Cantó al amor en su cercado huerto.

\*

¡Numen severo de la historia!  
Vive  
Todo lo que el poeta  
Con sabio ritmo sonoro escribe;  
Muere lo que desdeña! Allá, en la vaga  
Muda extensión del páramo infinito.  
La soberbia pirámide naufraga:  
La esfinge de granito  
Se hunde en la arena movediza; el verde  
Musgo los templos de Ática sepulta:  
La corva reja del arado muere  
Las feraces colinas  
Donde su oprobio Babilonia oculta:  
El rebaño del árabe se pierde  
Entre las vastas ruinas  
Que cubren tus llanuras, oh Cartago;  
Mientras que en las vecinas  
Costas de Italia, con el propio estrago,  
Tu egregia vencedora.  
La Reina de las águilas latinas.  
Sola, entre tumbas profanadas llora.

\*

Envuelta en el sudario  
De un vergonzoso olvido,  
Fuera la Tierra el miserable osario  
De las humanas razas, si el gemido  
O el cántico de gloria  
De los antiguos vates,  
Eco veraz de la solemne historia.  
No nos trajera en clamoroso ruido  
Sus fragorosas ruinas y combates,

Ayes de muerte y gritos de victoria.  
De un siglo al otro siglo el viento lleva  
En las vibrantes cuerdas de la lira,  
La predicción de la esperanza nueva  
O el triste llanto de la edad que expira,  
Y como en la callada  
Soledad de las noches de astro en astro  
Vuela el pálido rastro  
De la luz increada,  
Así el vate, en la oscura  
Noche del tiempo que el pasado esconde,  
Habla a los bardos de la edad futura,  
Y Ossian los cantos de Ilion murmura  
Y Dante al salmo de David responde.

\*

¡Hija de la Belleza!  
A la alborada  
De blanca luz ceñida,  
A la aurora de púrpura bañada,  
Y en la tarde apagada  
De húmeda niebla y de vapor vestida.  
Son sus joyas las perlas del rocío,  
Las flores son sus galas,  
Su claro espejo el trasparente río,  
Los céfiros sus alas.  
Las rojas nubes sus movibles tiendas.  
Su blanda cuna las inciertas olas,  
Y el ancho espacio las etéreas sendas  
Por donde marcha a solas.  
Gime en la selva que estremece el viento,  
Triste en la fuente solitaria llora,

Canta del ave en el alegre acento,  
Ríe en la luz de la naciente aurora;  
Y cuando cruza con callado vuelo  
La tierra, el mar o el cielo,  
Todo un ritmo sonoro  
Vibra al compás del cadencioso metro,  
Y en luminoso coro  
Van las estrellas de oro  
Rodando en torno a su extendido cetro.

\*

¡Hija del sentimiento!  
En la indecisa  
Vaguedad del espíritu: en la calma  
De la conciencia justa:  
Del débil niño en la infantil sonrisa;  
En los deliquios lánguidos del alma;  
Del corazón en la soberbia augusta:  
En la ira noble, en el amor materno.  
En la ansia no cumplida,  
En los hastíos de la humana vida  
Y en el místico amor de un bien eterno:  
En el lóbrego abismo,  
Cárcel que la pasión fiera quebranta,  
En el grito febril del heroísmo,  
Y en la oculta virtud, callada y santa.  
Como en el crimen mismo,  
Ella, la Poesía,  
Surge y cruza sombría,  
Y el puñal blande o la oración murmura:  
Ciñe a la virgen los nupciales velos:  
Solloza en la olvidada sepultura,

Y, en los humanos duelos,  
Con la tendida diestra  
A toda angustia inconsolable muestra  
La eterna luz de los abiertos cielos.

\*

Tal, en la edad confusa  
En que a la vida el corazón despierta.  
Yo, la soñada Musa  
Vi en el umbral de la cerrada puerta,  
Que mi ambición ilusa  
Juzgó a la gloria y la esperanza abierta.  
No entré. . .pero en mi oído  
Sonó el grande rüido  
De los santos acordes celestiales;  
Y aun hoy, en este olvido  
Y en esta amiga sombra,  
Donde es la paz un dítamo a mis males.  
Entre el silencio escucho, y aun me asombra,  
El rumor de los himnos inmortales.

\*

Tú, que has unido a ellos,  
Oh dulce amigo, tu canción sonora,  
Y alumbraste con vividos destellos  
Esta noche del alma abrumadora:  
Brioso corazón que en las bastardas  
Horas sin fe que nos legó el destino,  
Inmaculado aun guardas

De una alta estirpe el resplandor divino.  
Abre el libro y no temas,  
Al revolver las hojas  
De mis pobres poemas,  
Que ose en ellos cantar glorias supremas  
Ni supremas congojas.  
El débil numen que mi verso inspira  
Nunca osó ambicionar más noble palma  
Que traducir fielmente con la lira  
La efusión de mi alma.

## 98. EN NOCHEBUENA

A mis ancianos padres

### I

UN año más en el hogar paterno  
Celebramos la fiesta del Dios-niño,  
Símbolo agosto del amor eterno,  
Cuando cubre los montes el invierno  
Con su manto de armiño.

### II

Como en el día de la fausta boda  
O en el que el santo de los padres llega,  
La turba alegre de los niños juega,  
Y en la ancha sala la familia toda  
De noche se congrega.

### III

La roja lumbre de los troncos brilla  
Del pequeño dormido en la mejilla,  
Que con tímido afán su madre besa;  
Y se refleja alegre en la vajilla  
De la dispuesta mesa.

### II

### IV

A su sobrino, que lo escucha atento,  
Mi hermana dice el pavoroso cuento,  
Y mi otra hermana la canción modula  
Que, o bien surge vibrante, o bien ondula  
Prolongada en el viento.

### V

Mi madre tiende las rugosas manos  
Al nieto que huye por la blanda alfombra;  
Hablan de pie mi padre y mis hermanos,  
Mientras yo, recatándome en la sombra,  
Pienso en hondos arcanos.

### VI

Pienso que de los días de ventura  
Las horas van apresurando el paso,  
Y que empaña el oriente niebla oscura,  
Cuando aun el rayo trémulo fulgura  
Último del ocaso.

## VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena  
Las breves dichas el temor del daño!  
Hoy presidís nuestra modesta cena,  
Pero en el porvenir. . .yo sé que un año  
Vendrá sin Nochebuena.

## VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo  
Serán muda aflicción y hondo sollozo.  
No cantará mi hermana, y mi sobrina  
No escuchará la historia peregrina  
Que le da miedo y gozo.

## XI

No dará nuestro hogar rojos destellos  
Sobre el limpio cristal de la vajilla,  
Y, si alguien osa hablar, será de aquellos  
Que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla  
Con sus blancos cabellos.

## X

Blancos cabellos cuya amada hebra  
Es cual corona de laurel de plata,  
Mejor que esas coronas que celebra  
La vil lisonja, la ignorancia acata,  
Y el infortunio quiebra.

## XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo  
La sublime bondad de vuestro rostro,  
Mi alma a los trances de la vida templo.  
Y ante esa imagen para orar me postro,  
Cual me postro en el templo.

## XII

Cada arruga que surca ese semblante  
Es del trabajo la profunda huella,  
O fue un dolor de vuestro pecho amante.  
La historia fiel de una época distante  
Puedo leer yo en ella.

## XIII

La historia de los tiempos sin ventura  
En que luchasteis con la adversa suerte,  
Y en que, tras negras horas de amargura,

Mi madre se sintió más noble y pura  
Y mi padre más fuerte.

#### XIV

Cuando la noche toda en la cansada  
Labor tuvisteis vuestros ojos fijos,  
Y, al venceros el sueño a la alborada.  
Fuerzas os dio posar vuestra mirada  
En los dormidos hijos.

#### XV

Las lágrimas correr una tras una  
Con noble orgullo por mi faz yo siento,  
Pensando que hayan sido por fortuna,  
Esas honradas manos mi sustento  
Y esos brazos mi cuna.

#### XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera  
Pagaros hoy la que en mi edad primera  
Sufristeis sin gemir, lenta agonía,  
Y que cada dolor de entonces fuera  
Germen de una alegría.

#### XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo  
De ver al hijo convertirse en mozo.  
Mientras que al verme yo en vuestra presencia  
Siento mi dicha ahogada en el sollozo  
De una temida ausencia.

### XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo  
Pudiese a vuestra edad, ¿por qué estas penas?  
Yo os daría mi sangre de mancebo,  
Tornando así con ella a vuestras venas  
Esta vida que os debo.

### XIX

Que de tal modo la aflicción me embarga  
Pensando en la posible despedida,  
Que imagino ha de ser tarea amarga  
Llevar la vida, como inútil carga.  
Después de vuestra vida.

### XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,  
Miro acercarse con profundo espanto,  
Y en dudas grita el corazón sensible:  
«Si aplacar al destino es imposible,  
¿Para qué amarnos tanto?»

## XXI

Para estar juntos en la vida eterna  
Cuando acabe esta vida transitoria:  
Si Dios, que el curso universal gobierna,  
Nos devuelve en el ciclo esta unión tierna,  
Yo no aspiro a más gloria.

## XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma  
Será que prolonguéis la dulce calma  
Que hoy nuestro hogar en su recinto encierra:  
Para marchar yo solo por la tierra  
No hay fuerzas en mi alma.

## FEDERICO BALART

### 99. RESTITUCIÓN

ESTAS pobres canciones que te consagro,  
En mi mente han nacido por un milagro.  
Desnudas de las galas que presta el arte.  
Mi voluntad en ellas no tiene parte:  
Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;  
Yo ni aun sé comprenderlas al formularlas;  
Y es en mí su lamento, sentido y grave,  
Natural como el trino que lanza el ave.  
Santas inspiraciones que tú me envías,

Puedo decir, esposa, que no son mías:  
Pensamiento y palabra de ti recibo;  
Tú en silencio las dictas; yo las escribo.  
Desde que abandonaste nuestra morada.  
De la mortal escoria purificada,  
Transformado está el fondo del alma mía,  
Y voces oigo en ella que antes no oía.  
Todo cuanto, en la tierra y el mar y el viento,  
Tiene matiz, aroma, forma o acento,  
De mi ánimo abatido turba la calma  
Y en canción se convierte dentro del alma.  
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,  
Todo está confundido con tu recuerdo:  
¡Sin él, todo es silencio, sombra y vacío  
En la tierra y el viento y el mar bravío!

\*

Revueltos peñascales, áspera breña  
Donde salta el torrente de peña en peña;  
Corrientes bullidoras del claro río;  
Religiosos murmullos del bosque umbrío;  
Tórtola que en sus frondas unes tus quejas  
Al calmante zumbido de las abejas;  
Águila que levantas el corvo vuelo  
Por el azul espacio que cubre el cielo;  
Golondrina que emigras cuando el Octubre,  
Con sus pálidas hojas el suelo cubre,  
Y al amor de tu nido tornas ligera  
Cuando esparce sus flores la primavera;  
Aura mansa que llevas, en vuelo tardo.  
Efluvios de azucena, jazmín y nardo;  
Brisas que en el desierto sois mensajeras

De los tiernos amores de las palmeras  
(¡De las pobres palmeras que, separadas.  
Se miran silenciosas y enamoradas!);  
Pardas nieblas del valle, nieves del monte,  
Cambiantes y vislumbres del horizonte;  
Tempestad que bramando con ronco acento  
Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;  
Solitaria enseñada, restinga ignota  
Donde oculta su nido la gaviota;  
Olas embravecidas que pone a raya  
Con sus rubias arenas la corva playa;  
Grutas donde repiten con sordo acento  
Sus querellas y halagos la mar y el viento;  
Velas desconocidas que en lontananza  
Pasáis como los sueños de la esperanza;  
Nebuloso horizonte, tras cuyo velo  
Sus límites confunden la mar y el cielo;  
Rayo de sol poniente que te abres paso  
Por los rotos celajes del triste ocaso;  
Melancólico rayo de blanca luna  
Reflejado en la cresta de escueta duna:  
Negra noche que dejas de monte a monte  
Granizado de estrellas el horizonte;  
Lamento misterioso de la campana  
Que en la nocturna sombra suena lejana,  
Pidiendo por ciudades y por desiertos  
La oración de los vivos para los muertos;  
Plegaria que te elevas entre la nube  
Del incienso que en ondas al cielo sube  
Cuando al Señor dirigen himnos fervientes  
Santos anacoretas y penitentes:  
Catedrales ruinosas, mudas y muertas,  
Cuyas góticas naves hallo desiertas,  
Cuyas leves agujas, al cielo alzadas,

Parecen oraciones petrificadas;  
Torres donde, por cima de la veleta  
Que a merced de los vientos se agita inquieta,  
Señalando regiones que nadie ha visto  
Tiende inmóvil sus brazos la fe de Cristo:  
Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,  
Transparentes neblinas, espesas brumas,  
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,  
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,  
Vosotros en el fondo del alma mía  
Despertáis siempre un eco de poesía:  
Y es que siempre a vosotros encuentro unido  
El recuerdo doliente del bien perdido.  
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro  
De la tierra y el viento y el mar sonoro?

\*

Ya lo ves: las canciones que te consagro,  
En mi mente han nacido por un milagro.  
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:  
Por eso a ti, de hinojos, las restituyo.  
¡Pobres hojas caídas de la arboleda.  
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero no, que aun te deben mis desventuras  
Otras más delicadas, otras más puras:  
Canciones que, por miedo de profanarlas,  
En el alma conservo sin pronunciarlas;  
Recuerdos de las horas que, embelesado,  
En nuestro pobre albergue pasé a tu lado,  
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza  
Juventud y cariño, fe y esperanza;

Cuando, lejos del mundo parlero y vano,  
íbamos por la vida mano con mano;  
Cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas.  
En una se fundían nuestras dos almas:  
Canciones silenciosas que el alma hieren;  
Canciones que en mí nacen y que en mí mueren;  
¡Hechizadas canciones, con cuyo encanto  
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!

\*

Y aun a veces aplacan mis amarguras  
Otras más misteriosas, otras más puras:  
Canciones sin palabra, sin pensamiento.  
Vagas emanaciones del sentimiento;  
Silencioso gemido de amor y pena  
Que, en el fondo del pecho, callado suena;  
Aspiración confusa que, en vivo anhelo.  
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;  
Inquietudes del alma, de amor herida;  
Vagos presentimientos de la otra vida;  
Éxtasis de la mente que a Dios se lanza;  
Luminosos destellos de la esperanza;  
Voces que me aseguran que podré verte  
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte:  
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres  
En la lengua grosera que hablan los hombres!  
Ésas son las que endulzan mi amargo duelo;  
Ésas son las que el alma llaman al cielo;  
Ésas de mi esperanza fijan el polo,  
¡Y éstas son las que guardo para mí solo!

# MANUEL DEL PALACIO

## 100. AMOR OCULTO

YA de mi amor la confesión sincera  
Oyeron tus calladas celosías,  
Y fue testigo de las ansias mías  
La luna, de los tristes compañera.

Tu nombre dice el ave placentera  
A quien visito yo todos los días,  
Y alegran mis soñadas alegrías  
El valle, el monte, la comarca entera.

Sólo tú mi secreto no conoces,  
Por más que el alma con latido ardiente,  
Sin yo quererlo, te lo diga a voces;

Y acaso has de ignorarlo eternamente,  
Como las ondas de la mar veloces  
La ofrenda ignoran que les da la fuente.

## Notas

1 Colección "Sepan Cuantos...", num. 8. Del mismo autor y en la misma colección: Poesía Mexicana, num. 102. México, 1968.

2 Atribuido a Santa Teresa, a San Francisco Javier, y a Fray Miguel de Guevara.

3 Alude al Duque de Frias, poeta y político español.

4 Enrique Gil Carrasco.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**